

# EL HOMBRE DEL PARQUE

Antonia Serrano

# CAPÍTULO 1

Eran las 7:00 cuando sonó el despertador, me costó un poco levantarme ya que la noche anterior me acosté más tarde de lo habitual. Ponían en la tele *My Fair Lady*, deliciosa comedia musical inspirada en la obra de George Bernard Shaw *Pygmalion*, dirigida magistralmente en 1964 por George Cukor y ganadora de ocho premios Oscar, en la que la encantadora Audrey Hepburn lucía con su habitual elegancia el maravilloso vestuario de Cecil Beaton. Adoro a Audrey, nunca me pierdo ninguna de sus películas. Al ser una de las más largas de su filmografía, terminó muy tarde, pero valió la pena. Mi marido y los niños ya se habían acostado hacía rato. Subí al dormitorio, procurando no hacer ruido para no despertar a Jaime que dormía apaciblemente, después de un duro día de trabajo. Me metí en la cama y me puse a leer un rato. Tengo el hábito de leer antes de dormir, esto me ayuda a conciliar el sueño. Utilizo una pequeña luz con una pinza que sujeto al libro para no alterar el sueño de mi marido.

Abajo oigo las voces de Jaime y de los niños, hoy han madrugado más que yo, se nota que se acostaron temprano. Me doy una ducha rápida, aunque no suelo hacerlo al levantarme, sino cuando vuelvo de andar, pero hoy la necesito para acabarme de despertar. Me visto igual de rápido, para poder desayunar con ellos y llevar a los niños al colegio.

Normalmente los lleva Jaime, pero ayer me pidió que los llevara yo, porque él tenía que ver a un cliente a primera hora y no quería llegar tarde. A estas horas de la mañana el tráfico suele ser complicado. Así que completamente despierta, después de la ducha fría, bajé las escaleras ligeramente y me dirigí a la cocina donde me encontré a mi familia sentada alrededor de la mesa.

—Buenos días madrugadores.

—Buenos días dormilona —contestaron todos a la vez.

—Mira mamá —dijo Olivia—, os hemos preparado el desayuno, espero que sea comestible, a Rita se le han quemado un poco las tostadas, Étienne ha hecho el zumo de naranja y el café, esperamos que os guste.

—Seguro que sí cariño, no sabéis como os lo agradezco.

—Mamá, si os gusta como he hecho las tostadas, las puedo preparar cada día. A ti te he puesto mantequilla, Vegemite y sésamo, y a papá mantequilla de cacahuete —dijo Rita sintiéndose mayor.

—Después de comer tus tostadas, seguro que no vuelven a comer tostadas en la vida —dijo Étienne metiéndose con Rita como de costumbre.

—¿Has visto mamá? ¡siempre se está metiendo conmigo y ahora no le he hecho nada!

—Bueno pero lo hiciste ayer.

—Ya está bien de discutir —intervino Jaime—, ¿es que vosotros dos no podéis estar juntos?

Me enterneció ver como mis hijos intentaban colaborar y sorprendernos a su padre y a mí preparándonos el desayuno.

— ¡Oh, Rita, están buenísimas! Si quieres me las puedes preparar cada día.

— ¿Lo ves Étienne? A mamá le han gustado.

—Y a mí también —dijo Jaime—, y el café está en su punto, bien cargado como a mí me gusta.

—Gracias papá —dijo Étienne.

Jaime comió un par de tostadas y bebió su café rápidamente, me besó a mí y a los niños y se fue a la cita con su cliente.

—Bueno niños, ¿estáis listos? Que se nos hace tarde, y ahora no empecéis a discutir otra vez en el coche, que me ponéis muy nerviosa y podemos tener un accidente.

—Mamá, que Étienne se siente delante contigo y yo iré atrás con Rita —dijo Olivia pacificadora como siempre.

—De acuerdo hija, menos mal que tú siempre pones paz entre estos dos.

— ¡Ah mamá! —dijo Olivia—, esta tarde voy a casa de Martha, estamos haciendo en clase un trabajo en equipo y a mí me ha tocado desarrollarlo con ella. Cuando acabemos os llamaré para que vengáis a recogerme.

—Mamá, no te olvides de mis zapatillas de ballet, que hoy tengo clase, y me dijo la señorita Kim que necesitaba unas nuevas con las punteras reforzadas para empezar los pasos de baile de puntillas —dijo Rita—. La semana pasada se te olvidaron, si se te vuelven a olvidar, la profesora se enfadará conmigo porque cree que soy yo la que me olvido de decírtelo.

—Está bien, está bien, esta vez no se me olvidará, te lo prometo. En cuanto os deje en el colegio iré a comprarlas.

—Y tú, Étienne, ¿necesitas algo?

—No mamá, pero recuerda que esta tarde voy al cine con Lucas. Su padre nos recogerá a la salida y me traerá a casa.

—Primero dejamos a Rita en Warrnambool Primary School, conocido localmente por Jano School por estar situada en Jamison Street, ya que el horario para cerrar la puerta es

más rígido. Aparcamos en Raglan Parade Street porque es más fácil encontrar aparcamiento. A estas horas, es imposible aparcar en la entrada principal.

—Adiós mamá.

—Adiós cariño, hasta la tarde. Pórtate bien y no te pelees con nadie.

Rita es encantadora pero tiene un carácter muy temperamental y si se meten con ella, reacciona mal.

—No mamá, te lo prometo.

Se quedó en la ancha acera diciéndonos adiós con la mano hasta que la perdimos de vista.

Después llevé a Olivia y Étienne al instituto. Allí es más fácil aparcar ya que la mayoría de alumnos va a pie. Ellos también podrían hacerlo, pero como de todas formas tenía que salir a llevar a Rita, no me costaba nada dejarlos de paso.

—Adiós mamá.

—Adiós, que tengáis un buen día.

Les vi alejarse hablando tranquilamente, se llevan muy bien. Étienne ve a su hermana mayor como un ejemplo a seguir, y siempre que tiene un proyecto, problema o duda, lo consulta con ella. Olivia siempre, desde pequeña, se ha caracterizado por su madurez. "Dios mío", pensé, "qué mayores se han hecho". Esperé hasta que llegaron a la entrada en la que se volvieron para saludarme con la mano antes de entrar. Volví a poner el coche en marcha y me dirigí al Gateway Plaza por Princess Highway. En el centro comercial, fui directamente a la sección de deportes para comprar las zapatillas de ballet para Rita. No necesitaba venir para probárselas, es una niña muy alta para su edad y tiene el mismo número de zapato que yo, así que me las probaría yo en su lugar. No quería que se me volvieran a olvidar y tuviera problemas con la profesora. Kim es una excelente profesora, quizás por eso es muy rígida con sus alumnos; es muy exigente en el cumplimiento de las normas, tanto en el vestuario como en la puntualidad y asistencia.

—No puedo retrasar el progreso de toda la clase —me decía—, por algunos alumnos poco motivados que, con cualquier excusa, falten a las clases, lleguen tarde y olviden las zapatillas o el tutú, no es justo para los que se lo toman en serio y trabajan duro.

Así que los que acumulaban faltas de asistencia o comportamiento eran expulsados. De ahí la insistencia de Rita en que no olvidará sus zapatillas, pues a pesar de que Kim sentía un gran cariño por ella, no haría ninguna excepción si no cumplía las normas. Rita ama el ballet, no quería correr riesgos y menos ahora, que se jugaba el poder participar en un ballet que se representaría a final de curso.

—Es muy importante para cualquier disciplina que sea vocacional, y que los niños estén motivados —me dijo Kim—. Hay algunas niñas que vienen a clase porque sus madres quieren que hagan alguna actividad, pero que realmente no sienten la danza, se aburren y distraen al resto. No es el caso de Rita, a ella le encanta el baile, lo lleva dentro, lo siente, lo vive, lo disfruta; y, además, tiene un gran afán de superación, y esa gracia en sus movimientos que la hacen tan especial. Estoy preparando una representación para final de

curso, y el reparto de papeles será para las más cualificadas. Rita está entusiasmada con el proyecto, quiere participar en la obra y se está esforzando mucho.

Llevé las zapatillas al colegio y me disculpé con Kim. Quería dejar claro que no había sido culpa de Rita sino un despiste por mi parte, ella agradeció mi explicación y me rogó que entendiera su postura.

—La disciplina —me dijo— es muy importante si quieren conseguir cualquier objetivo. Yo amo el ballet, y quiero transmitirles a mis alumnos ese amor por la danza, y sacar de ellos los mejores resultados.

Estaba totalmente de acuerdo con ella. En casa también había unas normas que eran inviolables. Los niños necesitan tener un límite y, aunque tienen unos derechos, también tienen unas obligaciones. Y hay que enseñarles desde pequeños que, si quieren ser respetados, tienen que ser respetuosos, no solo con los mayores sino con los de su misma edad, con los animales y con la naturaleza.

Tenía que hacer unas compras pero no eran urgentes, las haría por la tarde cuando fuera a recoger a los niños. Quería volver a casa pronto para ir a andar un rato. Suelo hacerlo cada mañana, después de que Jaime y los niños se hayan ido, me tomo un segundo café, leo el periódico y me voy a andar. Soy muy disciplinada y no me gusta romper los buenos hábitos con cualquier excusa. Ir a caminar por la playa y el parque a diario y trabajar un rato en el jardín, no solo me ayuda a mantenerme en forma física, también a mantener mi equilibrio mental. Cuerpo y mente no van por separado: lo que va bien para uno repercute en el otro y, este rato de paseo o de trabajo en el jardín además de ser muy agradable, me relaja y desconecta de los problemas cotidianos.

Cuando llegué a casa, Pepe, mi gato, estaba en el porche, sentado encima del felpudo de la puerta de entrada, inmóvil, parecía una estatua de porcelana. Me encantan los gatos, son tan limpios y silenciosos, se desplazan suavemente sobre las almohadillas de sus patitas para no hacer ruido e, independientes, no necesitan que les saques a pasear. Por eso lo prefiero a un perro, no me gustan las obligaciones, sería incapaz de tener que sacar cada día al perro para hacer sus necesidades. Además ensucian las calles con sus excrementos. Se dice del perro que es el mejor amigo del hombre, por sus constantes muestras de cariño, que a mí me resultan ostentosas; y, por otro lado, son excesivamente dependientes y siempre requieren tu atención. En cambio, los gatos son todo lo contrario, no requieren tu atención, son limpios, discretos y con su ronroneo te expresan su cariño.

—Hola, Pepe —le dije mientras entraba el coche en el garaje.

Entré en casa, me puse el chándal, me calcé las deportivas y salí a caminar.

Enciendo mi IPOD, escucho mis canciones favoritas, y desconecto por una hora de las cosas que me ocuparan el resto del día. Años atrás, cuando no había tanta inseguridad ciudadana, solía ir a caminar por lugares más solitarios. Cogía el coche y me iba hasta Tower Hill. Me gusta pasear por el bosque, oír el murmullo del aire entre las hojas de los árboles, las tonalidades cambiantes en las distintas épocas del año. Sobre todo en otoño, me encanta caminar sobre el suelo alfombrado de hojas, y el olor del musgo y la tierra

mojada. Oír el canto de los pájaros, ver a los koalas sobre los altísimos eucaliptos, casi siempre durmiendo o comiendo sus deliciosas hojas con parsimonia, y, a veces, con sus bebés a cuestas; a los canguros o *wallabies*, también llamados canguros tamar; emús seguidos de sus crías que, por cierto, no son animales machistas, son los machos los que cuidan de los pequeños; e infinidad de conejos que Rita llama “culillos blancos”, estos son más pequeños que los europeos y tienen una mancha blanca bajo el rabo.

Últimamente no me sentía segura, la prensa y la televisión no paraban de dar noticias alarmantes, casos de mujeres que eran atacadas por maníacos sexuales o drogadictos que eran capaces de pegarte una paliza o, incluso, matarte por cuatro cuartos o alguna pequeña joya. Ahora no me arriesgo, he cambiado mis paseos solitarios por el bosque por un paisaje más urbano. Evidentemente no por el centro de la ciudad, donde el ruido de los coches y el bullicio comercial no es el más adecuado.

Afortunadamente, vivimos a cinco minutos del lago Pertobe. Bajando por la impresionante Pertobe Road, de árboles altísimos y centenarios poblados de aves, especialmente urracas y cuervos llenándolo todo con sus graznidos, el parque queda a la derecha y de la parte izquierda salen varios caminos peatonales y carriles de bicicletas. Algunos de estos caminos conducen a una playa, inmensa, en forma de media luna, de arena blanca y aguas cristalinas de diferentes tonos turquesa, en la que revolotean numerosas gaviotas, formando melodía con sus grititos y el rumor de las olas. Al final de la playa, hay un espigón que forma un puerto sembrado de embarcaciones, algunos yates lujosos, otros más modestos y barcas de pesca. En el espigón siempre hay pescadores, con sus utensilios de pesca, cañas, cajitas de cebos y sus cestas imprescindibles para transportar el generoso regalo que les ofrece el mar.

La estrella del puerto es una foca solitaria que atrae a multitud de curiosos, especialmente a niños acompañados siempre por algún adulto, y a la que no te puedes acercar demasiado por estar protegida. Al otro lado del espigón hay otra playa más pequeña frente a la cual hay una isla donde hay una colonia de pingüinos. Cuando baja la marea se puede acceder a ella. Últimamente han tenido que poner unos perros especiales para proteger la población de pingüinos que estaba siendo mermada por los zorros. Esta playa es menos profunda y se le une un río de largo recorrido. Por su poca profundidad, es idónea para las familias con niños que pueden jugar sin ningún peligro, por lo que en verano está muy concurrida.

Todo tiene sus ventajas, si quieres encontrarlas. En mi nuevo itinerario, siempre encuentro los habituales que, como yo, salen cada día. De tanto vernos, ya somos como viejos conocidos, intercambiamos saludos, comentarios sobre el tiempo... El parque diseñado bellamente tiene un lago navegable y puentes colgantes sobre los canales. Puedes alquilar pequeñas barcas de remo o pedales para pasear con los niños o para un paseo romántico. Dispone de barbacoas y mesas para comidas familiares o para celebrar fiestas de cumpleaños para los niños, que pueden correr a sus anchas sin ensuciar las casas ni molestar a nadie. Hay lavabos, fuentes con agua potable, columpios, tirolinas, toboganes, laberintos y otras atracciones. Incluso hay de algunos aparatos de gimnasia para la gente que prefiere hacer ejercicio al aire libre en vez de ir al gimnasio.

Otro de sus grandes atractivos es la gran cantidad de pájaros y aves acuáticas, gaviotas, patos, cormoranes, cisnes, pelícanos... Este bello parque es el lugar más concurrido de mi recorrido. Allí se puede ver gente de todas las edades, niños con sus abuelos, compartiendo esa complicidad que solo existe entre abuelos y nietos cuando estos son pequeños. Después, crecen y se pierde, y sin que dejen de quererles, se dispersan, los van perdiendo. Hay tantas cosas nuevas, tienen todo un mundo por delante para descubrir, nuevos estímulos, amigos, metas, sueños, y de repente dejan de ser importantes en sus vidas y, a los pobres abuelos, se les apaga la chispa. Esa chispa que les hacía sentirse importantes, necesarios, y les daba sentido a sus vidas. Ahora ya no son necesarios ni importantes, y pronto pasarán a ser una carga.

Personas solitarias que pasean a sus mascotas y que se aferran a ellas para compensar pérdidas, y entregar todo el amor que aún les queda. También están los jóvenes que salen a correr para estar en forma, otros que aprovechan el paseo diario con sus perros para hacer ejercicio; grupos de jubilados que se reúnen para recordar tiempos mejores y explicarse sus batallitas, evidentemente versionadas, en las que siempre quedan como héroes y conquistadores; y, también, de paso, para criticar a sus hijos, quejarse de lo desagradecidos que son, con tanto que han hecho por ellos cuando eran pequeños y, después, para darles una buena educación, para que tuvieran más oportunidades en la vida de las que tuvieron ellos. Hoy, que gracias a su sacrificio ocupan buenos puestos de trabajo y tienen una vida acomodada, no se lo agradecen. ¡Cómo si tuvieran que estar en deuda con ellos toda la vida por haber cumplido con su deber! La obligación de todo padre es cuidar a sus hijos y darles la mejor preparación que esté a su alcance. Ellos también han tenido que trabajar duro para llegar donde están, noches enteras sin dormir para estudiar, preparar exámenes y oposiciones. De nada hubiera servido su sacrificio, si ellos no se hubieran esforzado. Creo que la mejor recompensa para los padres es ver que lo han conseguido y no hacer reproches ni creer que están en deuda con ellos. Siento pena por estas personas que, en vez de disfrutar de los éxitos conseguidos por sus hijos, se amargan la vida auto compadeciéndose.

Hay gente de todo tipo, jóvenes que aprovechan el buen tiempo para tomar el sol mientras estudian o, simplemente, leyendo un buen libro tumbados sobre el césped; gente mayor que calienta sus huesos con el sol tibio, sentados en un banco contemplando como transcurre la vida a su alrededor.

Siempre me ha interesado el pensamiento humano, todos tan parecidos y tan diferentes. Cada persona con su propio mundo interior, sus luchas, sus alegrías, sus penas, sus ambiciones y sus propios ángeles y demonios. A veces me pregunto qué pasa por la cabeza de esta o aquella persona, cómo serán sus vidas. Luego llego a casa y tomo las riendas de mi propia vida, de los muchos quehaceres que comporta el cuidado de una casa y una familia de cinco miembros, cada uno con sus propias necesidades. Con frecuencia tendemos a minimizar los problemas de los niños porque, desde nuestra perspectiva, nos parecen tonterías, pero a ellos les crea verdadera ansiedad. El hecho de escucharles, saber que cuentan con nosotros y que les tienes en cuenta, les da seguridad y hacen que se desvanezcan sus miedos. Es bueno crecer en un ambiente cálido y relajado donde cada

uno de nosotros podamos hablar de nuestras cosas con libertad sabiendo, de antemano, que se van a respetar nuestras opiniones. No siempre estamos de acuerdo, cada uno tiene su propia personalidad y es normal que tengamos distintos puntos de vista. A veces debatimos un tema durante largo rato sin ponernos de acuerdo. Esto es saludable para establecer una buena relación respetando las diferencias.

Hoy tiene que venir el jardinero a recortar el seto, acabo de oír una camioneta aparcar delante de casa.

—Hola George.

—Hola Luisa, espléndido día.

—Cierto.

—Este año parece haberse adelantado la primavera.

—Sí, fíjate como están los árboles en plena floración, esperemos que no venga frío de repente y mate las flores.

—No lo creo, con el cambio climático cada año se adelanta más la primavera, cada vez tenemos los inviernos más cortos y menos fríos, aunque esto también tiene sus desventajas. Al hacer menos frío no mueren las larvas de los insectos y, cada vez, tenemos más plagas. ¿Recuerdas el año pasado el problema que hubo con el pulgón de los rosales? Cada vez hay que emplear insecticidas nuevos porque se hacen resistentes y no hay quien acabe con ellos, y este año creo que vamos por el mismo camino.

—Bueno, ya encontraremos la manera de acabar con ellos.

—¡Por supuesto! no faltaba más, que esos diminutos insectos nos ganaran la batalla.

Dejé a George con su trabajo y me subí al coche que había dejado aparcado frente a la puerta de casa y me dirigí al centro. Tenía que hacer unas gestiones en el banco e ir al supermercado. Primero iría al banco. No me gusta dejar la compra demasiado tiempo en el maletero del coche, especialmente si compro productos congelados. Mis compras suelen ser rápidas, siempre llevo una, así que voy directamente a las cosas que necesito. Casi nunca me paro a mirar estanterías. Es una buena estrategia para no comprar cosas innecesarias y, además, gano tiempo. Valoro mucho el tiempo. Esta es otra de las razones por las que suelo ir a hacer mis compras al mediodía, es la hora a la que menos gente hay en los supermercados. Cerca del banco es imposible encontrar aparcamiento, así que dejé el coche aparcado en el centro comercial y me fui andando hasta el banco, que solo estaba a dos manzanas de distancia.

—Hola Elaine, no esperaba encontrarte hoy aquí, los martes suele estar Karen.

—Sí, pero se le ha puesto la niña enferma y me ha pedido si podía cambiarle el día.

—¿Es algo grave?

—No, es que, desde que va a la guardería, cada dos por tres se pone malita.

—El primer año es normal hasta que se inmunizan, a mí me ocurrió igual con los míos.

—Quería ver cómo tengo el saldo, este mes he tenido unos gastos extra y no quisiera quedarme al descubierto”

—A ver, bueno no estás al descubierto pero casi, te quedan solo cincuenta dólares.



—Hazme un ingreso de trescientos, ya que en unos días vendrán unos cargos, con esto los cubro de sobras.

—Listo, ya está ¿quieres que te imprima el nuevo saldo?

—Sí, por favor ¡Ah dale recuerdos a Karen!, y deseo que se mejore la niña.

—Se los daré de tu parte.

—Adiós Elaine.

—Adiós Luisa.

Salí al cálido sol del mediodía y me dejé acariciar por él, durante mi paseo hasta el parquin. Siempre que puedo evito usar el coche, prácticamente solo lo utilizo para ir al supermercado, o largos desplazamientos, también lo uso para llevar a los niños colegio, aunque muy esporádicamente, ya que casi siempre es Jaime quien los lleva de paso a su trabajo.

“Qué bien”, pensé, “he terminado antes de lo que pensaba”, y aunque no me gusta mucho la cocina, me puse el delantal me arremangué las mangas de la camisa y, después de tomar un tentempié, me dispuse a preparar unas torrijas para el postre de esta noche. Así, le daría una sorpresa a Étienne. Hace tiempo que no las hago. El problema es que cuando hay torrijas Étienne no tiene límites y no para hasta acabar con ellas. A todos nos gustan, pero a él le encantan, sobre todo si son de jerez dulce.

Jaime recogería a Rita a la salida de la clase de ballet, a Étienne le traería el padre de Lucas cuando salieran del cine, y, a Olivia, si no la traían los padres de Martha, ella nos llamaría para que fuéramos a recogerla. Jaime ya estaría en casa, seguro que iría él a buscarla porque a mí no me gusta mucho conducir y menos de noche. Así que cuando acabé con la cocina y hasta que empezaran a llegar todos, me hice un té de bergamota, me serví un trozo de chocolate negro con almendras, y proseguí con la lectura del libro que había empezado días atrás, *Los buscadores de conchas*, de Rosemunde Pilcher. Me gusta el carácter que imprime en sus personajes, describiendo con todo lujo de detalles la personalidad de cada uno. Olivia, atractiva, inteligente y brillante, pero incapaz de renunciar a su tipo de vida por nada ni por nadie; Noel, guapísimo, seductor y oportunista que mira siempre de sacar el mayor provecho de cualquier situación; Nancy, la clase de señora burguesa frustrada a la que le gusta aparentar y brillar en sociedad, que vive por encima de sus posibilidades y se preocupa en exceso por todo. Aunque adoro a mi familia y disfruto de su compañía, necesito mi espacio y mi tiempo. Estos ratos de soledad son vitales para mí, hacer cosas por y para mí me hace sentir bien conmigo misma, y me prepara para dar lo mejor de mí a los demás. Mis amigas me preguntan cómo soy capaz de pasarme dos horas leyendo, viendo una vieja película o, simplemente, tumbada al cálido sol de un día de primavera. ¿Qué de dónde saco el tiempo?, con tanto que hay que hacer en las casas no puede haber tiempo para una misma. Yo intento sacarlo de dónde sea y todos salimos ganando, estoy segura de que ni mi marido ni mis hijos se darían cuenta si he limpiado el polvo o no. Pero sí, si estoy estresada, malhumorada y sin tiempo ni humor para escucharles. Incluso mis amigos, apreciarán más que les dedique un rato de charla o tomar un café, que el que tenga la casa impecable. Es cuestión de prioridades. Cuando era

más joven, era mucho más exigente y mucho menos feliz. Afortunadamente el tiempo no solo te hace más vieja, sino también más sabia.

Los primeros en llegar fueron Jaime y Rita, media hora más tarde llegó Étienne. Cuando oí el coche del papá de Lucas, salí al porche para saludarle y agradecerle el haberle traído a casa.

—Hola William.

—Hola Luisa, ¿qué tal estáis?

—Bien, y tú qué, ¿haciendo de taxista con los niños?

—Como siempre, es lo que toca.

—¿Y cómo lo han pasado?

—De película, y nunca mejor dicho, creo que no será la última vez.

—Bueno la próxima vez los recogeré yo.

—Ah, no te preocupes quizás la próxima vez, con la excusa de recogerles me apunte yo también. Saluda a Jaime y dile que no me puedo parar, esta noche tenemos unos amigos a cenar y Asu me ha pedido que le eché una mano.

—Vale, salúdala de mi parte, dile que un día de estos la llamo y quedamos para tomar algo.

—De acuerdo, adiós.

—Adiós William.

Justo cuando entrábamos en casa sonó el teléfono. Levanté el auricular.

—Sí, ¿diga?

—Hola mamá, soy Olivia, ¿me puedo quedar a dormir en casa de Martha?, aún no hemos acabado el trabajo y tenemos que entregarlo mañana. Es posible que acabemos un poco tarde. Sus padres me han invitado a cenar y me han dicho que puedo quedarme a dormir, así no tendréis que venir a buscarme a las tantas. Mañana su madre nos llevará al instituto.

—Supongo que no hay problema, espera que le pregunto a papá.

—Jaime.

—¿Sí, cariño?

—Es Olivia, pregunta si puede quedarse a dormir en casa de Marta.

—¿Por qué? Sabes que no me gustan que se queden a dormir fuera. Cuando cierro la puerta de casa por las noches, me gusta que toda mi familia esté dentro.

—Es que aún no han acabado el trabajo, y tienen que entregarlo mañana.

—Está bien, pero que no sirva de precedente. La próxima vez que tengas que hacer un trabajo con Martha o cualquier otra que vengan ellas a casa.

—Olivia, dice papá que sí; dale las gracias a los papás de Martha y salúdales de mi parte.

—Vale mamá, así lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches cariño.

—Colgué el auricular, me dirigí a Jaime.

—Jaime, eres demasiado intransigente y proteccionista, Olivia tiene dieciséis años y es muy responsable. Nunca nos ha dado problemas, cosa poco corriente entre los adolescentes. ¿No crees que merece nuestra confianza? Su amiga Martha es una niña encantadora y formal, de ahí que sean tan amigas porque ambas están en la en la misma onda. Si no fuera así, Olivia no la tendría como amiga. Conozco a sus padres, son gente seria, y han sido muy gentiles invitándola. Hubiera sido una descortesía por nuestra parte no dejar que se quedara.

—Lo siento cariño, tienes razón. Olivia es ya casi una mujer, pero yo la sigo viendo como una niña.

—Pues tendrás que ir haciéndote a la idea. Dentro de unos años emprenderá el vuelo para coger las riendas de su propia vida. Los hijos no nos pertenecen, son un regalo que Dios nos da en préstamo para que los cuidemos y guíemos con amor mientras son pequeños y dependientes. Pero una vez que alcanzan la madurez, solo ellos son dueños de sus propias vidas.

—Sí claro, pero ella siempre será nuestra hija.

—Evidentemente, pero por amor y en libertad. No porque le dimos la vida, ¿realmente crees que debemos pasarles factura?

—Visto de esa manera, claro está, no son un perro, un gato o cualquier objeto inanimado como un mueble o un libro al que puedas poseer.

—Yo, por mi parte, me siento más que pagada con la felicidad que me dieron; con el tiempo que los tuve de pequeños, rodeando mi cuello con sus bracitos rechonchos, regalándome sus sonrisas y haciéndome reír con sus ocurrencias, y cuando empezaron a dar sus primeros pasos, con sus piernecitas arqueadas e inseguras, o cuando me dijeron mamá por primera vez. Es el mejor regalo que me ha dado la vida, no lo cambiaría por nada.

—¿Ni por mí?

—No seas tonto, sin ti no estarían ellos. Ellos forman parte de ti, por eso les quiero tanto.

Podíamos haber seguido hablando sobre el tema, pero tenía que preparar la cena. Me dirigí a la cocina. Sentados a la mesa estaban los niños haciendo los deberes, les gusta hacer los deberes en la cocina, pues a parte de compartir espacio y tiempo conmigo, estoy más a mano para ayudarles si tienen alguna duda.

No sé qué encanto tiene la cocina, el caso es que todos nos sentimos muy cómodos en ella. De hecho, a no ser que tengamos invitados o sea un día muy especial, en que celebremos algo, siempre comemos en la cocina. Cuando compramos la casa, una de las cosas que más influyó en su adquisición fue la cocina. Me enamoré nada más verla, espaciosa, muy soleada y con vistas al jardín. Aunque, a veces, nos cuesta ponernos de acuerdo, en esto fue una decisión unánime, a todos nos gustó. Lo de no instalar un televisor en ella no fue tan fácil, hubo que repetir las votaciones. Al principio yo estaba en minoría. Solo contaba a mi favor con la votación de Jaime, en la segunda votación. Olivia se sumó a nuestro bando y todos salimos ganando. El tiempo que compartimos en

la mesa es cuando más discutimos los temas que nos interesan a cada uno. Es muy saludable mantener estas charlas, esto nos permite irles conociendo sin que se sientan controlados, de ir viendo su evolución y, como todos opinamos sobre todo, sutilmente con nuestras opiniones vamos marcando pautas para ayudarles a crecer con unos principios sólidos, sin que suenen a sermón. También hablamos de cómo nos ha ido el día y, el conocer ellos nuestros problemas o dificultades cotidianas, hacen que sepan asumir los suyos, y que las cosas no siempre salen a medida de nuestros deseos.

A veces nos ocurren situaciones graciosas que, aunque al principio nos molestan, después, al compartirlas, nos hacen reírnos de nosotros mismos. Otras veces, los niños han tenido algún problema con algún compañero, o con el profesor que les hace sentirse realmente mal. Cuando lo comparten con nosotros, les damos nuestra opinión, miramos el problema desde diferentes perspectivas y el problema se minimiza, pierde importancia, hace que el niño se sienta mejor comprendido y reconfortado. Cuando los temas son interesantes, la sobremesa se alarga y es realmente muy enriquecedor para todos. Le recomiendo a las familias que desconecten el televisor y disfruten de estas tertulias.

Empecé a preparar la cena. Jaime vino a echarme una mano. Mientras yo andaba entre ollas y cazuelas, él preparó la ensalada y se preparó un gin-tonic.

—Nena, ¿te preparo uno? —me preguntó.

—Sí gracias.

—¿Qué tal te ha ido con el cliente de esta mañana?, según me dijiste es muy importante.

—Sí, pero todavía está muy verde. Tiene que hacer un estudio de mercado y estudiar otras ofertas. No será fácil, pero confío en que finalmente se incline por nosotros, ya que la zona es inmejorable. Cada vez quedan menos terrenos en el centro, de las dimensiones que ellos necesitan, y, desde luego, allí tendrían la clientela asegurada. Hasta ahora los grandes superficies han sido instaladas en polígonos, en parte porque los terrenos en las periferias son más baratos y, también, porque al agruparse diferentes tipos de comercio tienen mucha afluencia. Pero hay otro tipo de clientela que valora la cercanía, gente que prefiere no coger el coche, personas mayores que ya no conducen, y es muy importante tener cerca de casa uno de estos grandes centros que te ofrezca de todo. Y, aunque la compañía para la que trabaja mi cliente ya tienen este tipo de centros en polígonos de todas las ciudades, quieren llegar también a este otro tipo de clientela nada despreciable, ya que la esperanza de vida cada vez es más larga y crece la población de personas mayores que viven independientes mientras pueden valerse por sí mismas.

—Así que hay muchas posibilidades de que puedas cerrar el trato.

—Sí, creo que sí. Prefiero ser optimista.

—Bueno niños la cena está lista, así que recoged las cosas y empezad a preparar la mesa.

—Yo pongo la mesa sola, si Étienne saca luego la basura —dijo Rita.

—Vale —dijo Étienne, pero mañana te toca a ti.

—No, mañana le toca a Olivia.

—Bueno, no os pongáis a discutir ahora que la cena se enfría.

Mientras cenábamos, Étienne comentó la película; Rita estaba muy contenta porque la profesora de ballet estaba preparando el *Cascanueces* para representarlo a final de curso, y había contado con ella para que interpretara a Clara el personaje principal. Cuando llegamos al postre...

—¡Oh mamá que callado te lo tenías!

—Quería darte una sorpresa.

—¡Qué bien! Hoy ha sido un día redondo, he ido al cine con mi amigo, la película ha sido chulísima y las torrijas han sido la guinda del pastel de un día perfecto. ¿Lo puedo repetir la semana que viene?

—Bueno, ya veremos, las cosas hay que ganárselas. Y ahora demostrad que merecéis lo que pedís, y empezad a retirar los platos de la mesa y colocarlos en el lavavajillas.

Nos fuimos al salón, Jaime y Étienne se acomodaron en el sofá para ver una película de acción y aventuras. Como a Rita y a mí no nos gusta ese tipo de películas, hicimos una partida de ajedrez. Últimamente Rita está haciendo muchos progresos. No puedo bajar la guardia, si no quiero que me gane. Aunque, a veces, la bajo un poquito sin que lo note para que gane, esto la estimula a seguir progresando. Acabamos nuestra partida antes de que acabara la película, Rita tenía sueño y se fue a dormir. Yo no tenía sueño, pero me prepararía una infusión relajante y me iría a la cama a leer hasta que viniera Jaime.

—Étienne, no tardes en acostarte que mañana no habrá quien te levante.

—Vale mamá, pero deja que acabe de ver la película. Te prometo que mañana me levantaré a la primera.

—Está bien, buenas noches.

—Buenas noche mamá, que descanses.

Me preparé una infusión de tila y melisa con una cucharadita de miel de azahar. Puse el CD de *La vida Breve* de Manuel de Falla aunque mi favorita es el *Amor brujo*, a estas horas es más adecuada la primera. Y me sumergí en la lectura de mi libro, que estaba muy interesante y me tenía enganchada. Al día siguiente Étienne cumplió su promesa.

## CAPÍTULO 2

Como cada mañana, después de desayunar, Jaime se fue al trabajo y de paso llevó a los niños al colegio.

Una vez se han ido todos y me quedo sola, me hago otro café y leo el periódico, para estar al corriente de lo que ocurre en el mundo y en nuestro país. También ojeo el periódico local para saber qué pasa en nuestra comunidad, mientras Pepe come su bol de galletitas.

Cuando acaba de comer y después de frotarse durante un rato en mis piernas, empieza a maullar para que le abra la puerta del jardín; le encanta correr tras las lagartijas que están tomando el sol y corren despavoridas a esconderse entre las piedras del muro, cuando detectan su presencia. Mientras ordenaba la casa, puse una lavadora. Hacía un día espléndido para secar la ropa, pensé que si la tendía antes de irme a andar, la tendría seca antes de la puesta del sol. Me gusta secar la ropa al aire libre y al sol, además no se arruga como en la secadora, que solo utilizo en los lluviosos días de invierno o si tengo una urgencia. Como no me gusta ver la ropa tendida en el jardín, cuando compramos la casa, aprovechando un rincón entre la casa y el garaje, hice levantar dos paredes formando un amplio rectángulo con la puerta que daba al jardín. Hice colocar unas cuerdas donde tender la ropa sin ser vista. Como había espacio suficiente, se cubrió una parte de este con una puerta corredera, donde coloqué la lavadora, un lavadero, una estantería y, bajo el lavadero, un pequeño armario para los productos de limpieza.

Después de recoger la casa y tender la ropa, me puse el chándal y las deportivas y salí hacia Pertobe Road para coger uno de los caminos peatonales hasta la playa. La mañana era cálida y una ligera brisa me acariciaba el rostro, el cielo era totalmente azul sin una sola nube; los árboles, en sus distintas tonalidades de verdes, y las tempranas flores ofrecían un maravilloso espectáculo de colores que era un verdadero regalo para la vista. Hasta los pájaros parecían dar la bienvenida a la adelantada primavera. Me sentía eufórica. Creo que soy una persona muy afortunada, tengo una familia sana que me quiere y a la que quiero, una casa bonita y una economía saneada. Con estos pensamientos positivos empecé mi circuito. Siempre hago el mismo recorrido. Camino las dos manzanas que separan mi casa de Pertobe Road y cojo uno de los caminos peatonales que conducen a la playa, donde me quito las deportivas, me arremango el pantalón del chándal, y camino descalza por la arena que mantiene mis pies limpios de asperezas, mientras las olas me masajean suavemente las piernas activando mi circulación. Una forma económica y agradable de hacer salud y mantener un bonito color dorado todo el año.

Después de un largo y frío invierno, el buen tiempo había sacado a la gente de sus casas, grupos de jóvenes mamás paseando a sus bebés en sus cochecitos, charlando alegremente; niños con patines o bicicletas de tres ruedas acompañados por sus mamás o abuelos, y algunos pescadores que se dirigían al puerto o al espigón, montados en sus bicicletas o a pie, con sus cañas y sus cestos a la espalda en bandolera. Al llegar a la pequeña playa, detrás del espigón y frente a la isla de los pingüinos, había un grupo de niños acompañados por monitores. Se trataba seguramente de una excursión escolar. Buscaban conchas, hacían castillos de arena y corrían alegremente por la playa, se metían en el agua salpicándose mutuamente con alegre algarabía. Dejé atrás el bullicioso grupo y tomé el camino hacia el lago Pertobe, para completar el circuito y volver a casa. En el parque, casi siempre hay las mismas personas, jubilados con los nietos más pequeños que aún no van al colegio y los cuidan, para que sus padres puedan trabajar; grupos de jóvenes que celebran algo, los que salen a hacer *footing*...

De vez en cuando hay algún forastero que está de paso en la ciudad por negocios, o gente que viene a pasar unos días de vacaciones para visitar los sitios de interés y gozar de sus playas. En el mes de mayo, las famosas carreras de caballos atraen a gran cantidad de gente que disfruta del excitante espectáculo de la equitación, y que apuesta grandes cantidades de dinero.

Warrnambool dispone de una gran oferta hotelera, hoteles, bonitas pensiones, apartamentos, *beds & breakfast*, y el nuevo hotel Deep Blue de aguas termales a cinco minutos del lago, y a tres de la playa, desde donde se puede disfrutar de preciosas vistas. En verano, su población se multiplica por dos, sobre todo chinos y gente de Melbourne que acuden a Warrnambool por su proximidad y atractivos. De junio a septiembre se pueden ver las ballenas francas australes, desde Logan's Beach, donde dan a luz en un criadero cercano a la orilla. Permanecen aquí varias semanas, entrenando a sus ballenatos para el largo viaje a las aguas subantárticas, y en Lady Bay, donde se acercan tanto que pueden salpicarte desde el rompeolas.

Toda esta gente que está de paso, la ves unos días por el parque del lago Pertobe y, luego, desaparece y aparecen otros. Hoy, en uno de los bancos del parque cerca del laberinto, hay un hombre que no había visto nunca. Aparenta unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Nunca he sido muy buena en adivinar la edad de la gente. Tiene una apariencia agradable. Aunque está sentado, por la longitud de sus piernas debe medir metro ochenta, delgado, pero no en exceso, y de cabello oscuro y un aspecto pulcro. Aunque no parece un hombre de negocios por su aspecto más bien informal. Pero nunca se sabe, actualmente no existen los estereotipos tan marcados de antes. En el pasado, era muy fácil saber a qué se dedicaban según el atuendo. Antes, por ejemplo, un médico, un abogado, un agente comercial iba siempre muy encorsetado, con traje corbata y ese aire de gente importante. Actualmente, aunque, a veces, lleven corbata y americana la combinan con tejanos, lo que les da un aire más informal y juvenil. A mí personalmente me gusta más este nuevo estilo.

Para ser una persona relativamente joven y bastante atractiva, tiene un expresión triste, quizás haya hecho un viaje largo y esté cansado. Seguí mi camino sin darle más importancia. Lo más seguro es que mañana haya desaparecido. Salí del parque y me dirigí a casa. Empecé a pensar en las cosas que tenía que hacer y a priorizar. La ropa que dejé tendida antes de salir ya estaba casi seca, así que iría a la tintorería y al supermercado, y la recogería a la vuelta. Tenía que recoger un traje de verano y dos americanas de Jaime, que con el buen tiempo que hace no tardará en necesitar; de paso, llevaría el abrigo y un chaquetón que, a estas alturas, ya no se pone, y así dejo espacio para lo que voy a recoger. Suelo llevar la ropa a la tintorería a final de cada temporada y me la guardan hasta la próxima estación, de esa forma no está apretada en el armario, ni tengo que meterla en cajas con lo que no se arruga ni se deforma. Por último, iría al supermercado.

Uno de estos días tengo que llamar a Asu para tomar algo y charlar un rato. Hace tiempo que no lo hacemos y me apetece muchísimo. Siempre que nos vemos nos enzarzamos en conversaciones tan interesantes que se nos pasa el tiempo volando, y

siempre se nos queda algo en el tintero. Asu es una de esas personas que, si no existieran, habría que inventarlas.

Conocí a Asu en el instituto y desde el primer día nos caímos bien. Debe ser cierta la teoría de que los seres humanos emitimos unas frecuencias distintas unos de otros, y que, cuando dos personas se atraen y se encuentran bien juntas, es que están en la misma frecuencia. ¿Por qué si no? A veces una persona con la que ni siquiera hemos hablado nos cae mal, posiblemente ahí esté la explicación. Esa persona no está en nuestra frecuencia.

A William le conocimos en un concierto de Spandau Ballet en Barcelona, él estaba en España aprendiendo español y para vivir daba clases de inglés en una academia. Fue un verdadero flechazo por parte de los dos. Él había venido a Barcelona por un año y ya no se fue. Se casaron, nació Lucas y, después de vivir unos años en España. Decidieron fijar su residencia en Australia, su país de origen. Sabía que la iba a echar mucho de menos, tenía otras amigas pero Asu era irremplazable. Cada mañana nos encontrábamos en la puerta del colegio, ya que Lucas y Étienne iban al mismo colegio y a la misma clase. Un día, después de dejar a los niños en clase, me propuso para ir a tomar un café. Tenía algo importante que decirme. Fuimos a una granja que hay cerca de la escuela.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Verás, no sé cómo empezar, porque sé que te vas a disgustar, pero tarde o temprano tienes que saberlo. Ya sabes que hace tiempo que William quiere volver a Australia y que nos instalemos definitivamente en su país. No es que no le guste España, pero allí tiene más oportunidades de trabajo y quiere que nos vayamos, antes de que Lucas sea mayor para que la adaptación sea más fácil.

—Bueno, ¿pero no será de inmediato?

—Pues me temo que sí, ahora tiene una buena oferta y tiene que incorporarse cuanto antes.

—O sea ¡que ya!

—Sí, es cuestión de un mes. El tiempo que tardemos en arreglarlo todo.

—¿Y qué dice Lucas?

—Ya ves, él está excitadísimo. Lo ve como una gran aventura y está deseando contárselo a todos sus amigos, por eso quería decírtelo antes de que te enteraras por Étienne.

—¡Oh, Asu, te voy a echar tanto de menos!

—Y yo a ti. Piensa que para mí va ser más difícil, porque además de echar de menos a la familia y a los amigos, tengo que adaptarme a un nuevo país con una cultura muy diferente a la nuestra.

—Va, no nos pongamos tristes, siempre he querido visitar Australia y ahora tendremos una excusa para hacerlo. Iremos a visitaros, y en las vacaciones de verano puedo mandar a los niños para que aprendan inglés.

—¡Ah, qué buena idea!



La cara de Asu se iluminó con una sonrisa.

Y así fue como Asu y William se fueron a Australia, se instalaron en Warrnambool y yo me quedé huérfana de amiga.

Al año siguiente fuimos a visitarles y nos enamoramos de esta ciudad, de amplias casas ajardinadas, espaciosas calles con amplísimos márgenes de césped a ambos lados, sin edificios altos y una gran seguridad ciudadana, en la que los niños podían ir solos sin ningún peligro, y que ofrecía una gran oferta médica y cultural. A parte de varios colegios e institutos públicos y privados, contaba con universidad, hospital, teatro, cine, centros comerciales, gimnasios, escuela de música, escuela de ballet, biblioteca, etc., y pensamos que sería estupendo para los niños poder vivir en lugar como este. La empresa de Jaime se estaba expandiendo a otros países, entre ellos Australia, concretamente en el Estado de Victoria. Jaime habló con los directivos interesándose en caso de que hubiera que cubrir alguna plaza, ya que su inglés era excelente. Le dijeron que a corto plazo necesitarían a alguien que se hiciera cargo de la sucursal en Port Fairy, y que estarían encantados de contar con él.

En el plazo de seis meses nos estábamos preparando para dar el salto a las antípodas. En principio, nos quedamos a vivir en Port Fairy, precioso pueblo costero donde la gente acaudalada tenía sus yates y pasaba sus vacaciones; aunque con muchos menos servicios, por lo que decidimos trasladarnos a Warrnambool donde teníamos más oferta escolar para los niños, y un amplio abanico de posibilidades para otras disciplinas; y, además, teníamos la ventaja de estar cerca de nuestros amigos. Esto suponía para Jaime cubrir en coche los 22,5 km que separa estas dos poblaciones, pero valía la pena. Cuando vivíamos en Barcelona también tenía que conducir hasta su trabajo. Ya estaba acostumbrado. Así fue cómo se cumplió nuestro sueño de vivir en Warrnambool y reencontrarnos con Asu, William y Lucas.

La llamaré mañana sin más tardar. Si la llamo ahora, aunque sea para quedar, nos pondremos a hablar como siempre y se me hará tarde para preparar la cena. No sé qué voy a hacer para cenar. A parte de que no me gusta cocinar, odio tener que pensar qué hacer para complacer a todos. Cuando se trata de hacer una cocina sana y equilibrada, tengo que echarle mucha imaginación y no repetir mucho para que no se aburran. Seguro que si les diera cada día pizzas, patatas fritas, pasteles de carne, pollo y pescado frito, rebozados, hamburguesas y, para postre, helados y pasteles, no se cansarían. En eso, todos estarían de acuerdo. Pero yo no. Mi obligación es alimentarles bien de una forma racional y crearles buenos hábitos. En la alimentación, como en todos los aspectos de la vida, en la formación y educación de los niños, cuanto antes se empiece mejor.

De vez en cuando, sobre todo cuando vienen a cenar algunos de sus amigos, rompo las reglas y hago alguna excepción. Estoy segura de que si les diera verdura, ningún amigo aceptaría la invitación. Es increíble con que facilidad se adquieren los malos hábitos. Algunas madres, con tal de que coman, les dan lo que a los niños les gusta, que no siempre es lo que más les conviene. Educar bien a los hijos no es tarea fácil, entran en contradicción el deber, con los sentimientos. Como les quieres y deseas que sean felices, cuesta negarles algo que sabes que, en aquel momento, es lo que más desean, pero que no

es lo mejor para ellos. El corazón te dice una cosa y el sentido común otra. Por eso es tan gratificante la labor de los abuelos. Ellos se dejan llevar por el corazón, les miman, les malcrian, y no es por falta de sentido común, saben positivamente que lo que ellos entuertan los padres lo van a enderezar. Por otra parte, los niños saben que lo que los abuelos les consienten no se lo van a consentir en casa, y se crea esa maravillosa complicidad, tan saludable para ambas partes, y que sienta las bases para su futuro de personas adultas. Y los padres tienen que buscar ese equilibrio de estira y afloja, ni demasiado rígidos ni demasiado permisivos; si hay que decir no, se dice no. Hablar, hablar y hablar. Y ellos acaban entendiendo.

Durante la cena, como siempre, cada uno explicó cómo le había ido el día. Olivia estaba muy contenta, pues el trabajo que habían presentado ella y Martha le había gustado mucho a la profesora, e iban a participar en una competición en la que los tres trabajos finalistas tendrían premio. El primer premio era un viaje a Nueva Caledonia, que les daría la oportunidad de practicar francés, el segundo un lote de libros, y el tercero un lote de productos para el cuidado del cabello. A Olivia le gustan mucho los viajes y los libros.

—Ojalá quedemos en el primer o en segundo lugar —dijo.

Yo les conté lo del hombre del parque, Jaime bromeó.

—A ver si voy a tener que ponerte un detective, que con el cuento de hacer ejercicio no te vayas de ligue.

—Calla tonto, ya sabes el interés que despiertan en mí las personas.

—Sí, creo que tendrías que haber acabado la carrera de psicología, hubieras sido una buena psicóloga.

—Bueno, todavía estoy a tiempo. Quizás cuando los niños sean mayores me plantee volver a estudiar, y la acabe. Siempre me ha interesado descubrir el alma humana, y penetrar en el intrincado mundo de la mente y de los sentimientos.

A la mañana siguiente, como de costumbre, salí a hacer mi circuito. Había cambiado el tiempo. Es lo que tiene la primavera. Había algunos nubarrones y amenazaba lluvia. Pensé que menos mal que ayer pude secar la ropa. Hice, a paso ligero, las dos manzanas hasta llegar a Pertobe Road y giré a la izquierda para tomar el camino que lleva a la playa. Mientras, pensaba que si fuera una persona importante y me quisieran extorsionar o atacar contra mí, les sería fácil porque siempre hacía el mismo itinerario. ¿Quizás no sea bueno ser tan metódica? Me quité las deportivas, me arremangué los pantalones y empecé a andar hasta el puerto donde me secaría los pies, me volvería a poner las bambas, e iría a ver a mi amiga la foca, antes de coger el camino hacia el parque pasando frente a la isla de los pingüinos.

Atravesé el parque en el que había menos gente de lo habitual, quizás por la amenaza de lluvia; y, al llegar a la altura del laberinto, allí estaba él, sentado en el mismo banco de ayer y con la misma actitud, mirando al vacío y con una inmensa tristeza reflejada en su atractivo rostro.

Sentí pena por él y pensé que quizás estaría pasando por algún problema familiar, un divorcio, la quiebra de su negocio, la pérdida de un ser querido, qué sé yo, mi imaginación

volaba como siempre. Salí del parque en dirección a casa, las nubes empezaron a desaparecer, el sol hizo acto de presencia y, otra vez, la tan esperada lluvia no llegó.

Llamé a Asu para quedar, pero no había nadie en casa y le dejé un mensaje en el contestador.

—Hola Asu, soy Luisa. Llámame cuando puedas. Hoy voy a estar en casa todo el día.

Me puse unos viejos vaqueros, una camiseta ancha y descolorida muy cómoda, y me dirigí al cobertizo donde guardo los utensilios de jardinería. Quería aprovechar que no tenía que ir a ningún sitio para plantar los parterres con las flores de temporada. Me puse un sombrero ancho de paja, para proteger mi pelo del sol y unos guantes, para proteger las uñas de la suciedad y evitar que me salgan padrastrós. Me gusta mucho la jardinería, me relaja el trabajo al aire libre en contacto con la naturaleza, así doy rienda suelta a mi pasión de combinar flores de distintos colores. George me había traído las plantas que le encargué la semana pasada, en pequeñas macetas de plástico. Prímulas rojas y amarillas que planto en franjas, formando la bandera española para recordar nuestro país, petunias blancas, rojas, moradas y rosas. Me encanta combinar las rosas con las moradas. Además, las moradas son las que huelen mejor, las pongo en los lugares más altos para que caigan en cascada. Junquillos, lirios y hortensias, también forman parte del jardín y, por supuesto, un lilo y una mimosa. Tengo un tilo, un arbusto de maría luisa, y un parterre dedicado a las plantas aromáticas con las que luego hago mis mezclas para las tisanas. Cultivo plantas relajantes, como manzanilla, albahaca, melisa, violetas, salvia, tomillo y lavanda, y, también, estimulantes y digestivas, como menta, poleo, ajedrea y romero. A veces cuando quiero darles un toque sofisticado a las infusiones, les añado pétalos de rosas rojas, sobre todo las de terciopelo que les dan un bonito color rojo. Disfruto mucho de este tiempo, en el que el sol es cálido pero no ardiente como en verano. Y, desde luego, paso todo el tiempo que puedo fuera y, de paso que cuido mis plantas y oigo cantar a los pájaros, cojo ese bonito color bronceado para poder lucir la ropa de verano sin tener que achicharrarme tomando el sol, inactiva boca arriba y boca abajo, como si estuviera en una parrilla. Estaba aún en el jardín cuando sonó el teléfono. Entré para cogerlo.

—Diga.

—Hola Luisa soy Asu. Acabo de llegar y visto tu mensaje.

—Ah sí, te he llamado para ver si te va bien que quedemos un día de estos, hace siglos que no nos vemos.

—Es verdad, hay que ver cómo pasa el tiempo. Últimamente he estado muy liada, pero intentaré buscar un hueco. Hace tiempo que no hablamos.

—Sí, y tengo que explicarte algo.

—¿De qué se trata?, ¿problemas domésticos?

—No, nada de eso. Afortunadamente siempre solemos resolverlos hablando. Cuando surge un problema, hablamos hasta la saciedad. Le damos la vuelta, lo ponemos patas arriba hasta que se diluye. No hay nada peor que las cosas no dichas. Si se quedan dentro duelen y acaban pudriéndose.

—Está bien, ¿no me puedes adelantar algo?

—No, prefiero hablarlo personalmente.

—Está bien, ¿qué día quedamos?

—Escoge tú que yo intentaré organizarme.

—¿El martes?

—Vale, ¿a qué hora?

—Podríamos quedar a la 13:30 para ir a comer.

—Perfecto, podemos ir a el pequeño restaurante italiano que han abierto hace poco. Georgia ha ido varias veces a cenar con su novio, y me ha dicho que tienen una cocina excelente. Si te parece bien, llamaré para reservar mesa.

—Sí, sí, me parece estupendo. Pero me tendrás que dar la dirección, porque no sé exactamente por dónde cae.

—No es necesario, paso yo a recogerte.

—Pues entonces, hasta el martes.

—Adiós, hasta el martes.

Colgué el teléfono. Tenía un poco de hambre. Me dirigí a la cocina, cogí una naranja y un kiwi, los pelé, los puse en un plato cortados a trocitos, en un bol puse un yogur natural y le añadí una cucharadita de mermelada de arándanos. Me encantan los arándanos; además, el óptico me dijo que eran buenos para proteger la visión y, como soy bastante miope, no me irán nada mal. Me senté a la mesa de la cocina y hojeé una revista del corazón mientras comía. Me reconozco un poco cotilla. Me gusta seguir las vidas frívolas de los ricos y famosos, estrellas de cine, cantantes, deportistas de élite, modelos; y de los famosos sin méritos propios, solo porque son parejas de algún famoso de turno o millonario. Se pasan la vida de fiesta en fiesta, luciendo vestidos alucinantes, viajes de ensueño en yates de súper lujo, vendiendo su vida como un cuento de hadas. Vanidad de vanidades, van de boda en divorcio y de divorcio en boda, y algunos acaban mal.

Me pregunto qué instinto les lleva a la autodestrucción, ¿no lo tienen todo para ser felices? O, quizás no. Quizás buscan la felicidad solo en lo material, y en lo mundano, en vez de buscar dentro de sí mismos y disfrutar de las pequeñas cosas que nos rodean y que, a muchos, les pasan inadvertidas. No hago apología de la pobreza. Mi abuela siempre decía que “donde no hay harina todo es mohína”, y estoy totalmente de acuerdo. Nadie puede ser feliz en la pobreza. Me horroriza la pobreza, el hambre y la miseria, no solo la física, sino también la espiritual. A mí también me gusta darme algún lujo de vez en cuando, que precisamente por no ser cotidiano lo disfruto mucho más; pero, lo que está claro, es que el dinero por sí solo no da la felicidad. El mejor activo que tenemos somos nosotros mismo.

El día se había arreglado totalmente, ni una sola nube. Lucía un sol espléndido que entraba a través de las amplias cristaleras de la ventana. Adoro estos momentos que paso conmigo misma en compañía de Pepe. Durante el invierno, me encanta sentirlo cerca, me acompaña con su ronroneo, mientras me sumerjo en la lectura de un buen libro frente a la chimenea, saboreando una deliciosa taza de té de bergamota. Son momentos felices, de una paz infinita, son todo un lujo. Luego estoy de mejor humor para compartir mi tiempo

con los demás. Y todos salimos ganando. Mi familia, mis amigos, mis vecinos, George el jardinero, y hasta la cajera del supermercado o los empleados del banco. Es sumamente saludable invertir tiempo en uno mismo. Personalmente necesito mi espacio y mi tiempo, esto me hace más sociable, y el tiempo que luego le dedico a los demás es de mejor calidad.

—Aún puedo seguir trabajando en el jardín un rato más, antes de entrar a preparar la cena —pensé mientras terminaba de merendar. Me sentía llena de energía. Pepe, también; había salido del letargo del invierno y se ejercitaba dando saltos, intentando atrapar a las mariposas, y persiguiendo a las pobres lagartijas que corrían, aterrorizadas, a meterse entre las piedras del muro, donde ya florecían las alteas blancas. Después se tendió perezosamente al sol. A veces pienso que las mascotas acaban pareciéndose a sus amos. Yo me identifico con Pepe, aunque no soy rubia como él y tengo los dos ojos iguales. Pepe tiene un ojo azul y otro verde y esto lo hace muy exótico. Salí de nuevo al jardín. Los lirios ya habían empezado a florecer, la mimosa aún conservaba algunas de sus algodonosas flores amarillas que la brisa mecía suavemente; y, por supuesto, la glicina que, como cada año para Semana Santa, se cubre de perfumadas flores lila pálido que, con el sol del atardecer, parecen plateadas, creando una visión irreal y bellísima. Es curioso cómo esta bella planta pasa de la desnudez del invierno a vestirse totalmente de flores; que, pasadas unas semanas, como si se tratara de una mujer coqueta, cambia su vestido lila por el verde de sus hojas. Corté tres lirios que pondría en un jarrón alto y colocaría en el mueble auxiliar de la entrada; también corté un par de flores de la mimosa para adornar la mesa de la cena, y que después colocaría en la mesita del salón. Me gusta tener flores frescas dentro de casa, porque, además, de adornar, sirven de ambientador natural.

En los días siguientes, durante mis paseos matinales, cada día me preguntaba si encontraría al misterioso hombre del parque. Y allí estaba, sentado en su banco habitual como no queriendo faltar a la cita que mentalmente yo había creado, y que estaba convirtiéndose en una obsesión. Tenía ganas de hablar con Asu de este asunto y que ella me diera su opinión, que sería valiosísima como siempre. Con mi familia, ya no me atrevía a hacer ningún comentario, pues me decían que tenía demasiada imaginación y siempre acababan riéndose de mis historias.

Afortunadamente ya estábamos a sábado. Los sábados y domingos no salgo a hacer mis caminatas, ya que, estando Jaime y los niños en casa, prefiero compartir mi tiempo con ellos y hacer actividades juntos. El lunes saldría de dudas. Quizás se habría desvanecido, como tantos otros forasteros de paso por la ciudad, pero este no era como los demás. Tenía un halo de misterio que lo hacía diferente. Sea como sea, el lunes saldré de dudas; y, si continúa allí, el martes cuando me encuentre con Asu le contaré toda esta historia. Es con la única que me atrevía a hablar del tema sin que me tomara el pelo.

El fin de semana hizo un tiempo espléndido. El sábado, los niños querían ir al lago Pertobe a hacer una barbacoa, pero a Jaime y a mí no nos apetecía porque los fines de semana suele haber demasiada gente; a veces, es difícil encontrar una barbacoa o una mesa libre, incluso es difícil encontrar una barca disponible para dar un paseo. Sugerimos ir a Tower Hill. Al principio, no estaban muy convencidos, pues ya se habían hecho a la idea de ir al

Parque. Rita y Étienne querían alquilar una barca de remos para pasear por el lago, pero Jaime no le apetecía hacer cola para conseguir una barca. Y les prometió llevarlos una tarde entre semana, cuando hay menos gente.

—¿Qué os parece si, a la vuelta de Tower Hill, nos vamos un rato al mini golf? —les dije.

Esto fue lo que acabó de convencerles. A Olivia, Étienne y a mí nos gusta mucho el minigolf, a Jaime no tanto, pero disfruta viéndonos competir y siempre se mete conmigo cuando fallo un hoyo. Yo creo que, el que él no participe, es porque no está tan seguro de no fallar más que yo, con lo que su prestigio quedaría mal parado. A Rita le encanta dar saltos en la enorme cama elástica del minigolf donde, además, casi siempre encuentra a alguna de sus amigas.

Así que, una vez todos de acuerdo, empezamos a preparar un picnic para comer en Tower Hill. Étienne y Rita prepararon unos bocadillos, Olivia preparó un termo de café y, mientras Jaime sacaba el coche, yo puse algo de fruta en una bolsa y, en una nevera portátil, unas botellas de coca cola, limonada para los niños, y una de vino tinto para Jaime y para mí. Con una botella para los dos, y dejando pasar unas horas antes de coger el coche de nuevo, no creo que hubiera ningún problema, en caso de tener que pasar algún control de alcoholemia. Todos se sentían felices, especialmente yo. Prefiero que el tiempo que paso con mi familia sea compartiendo alguna actividad en contacto con la naturaleza, que se diviertan descubriendo especies de vegetación y animales, que anden, que corran, que se cansen, y sacarlos de delante de la tele o el ordenador. Pero todo esto hay que vendérselo como algo atractivo, como una aventura.

—¿A ver Rita, ya has cogido la cámara para fotografiar a los culillos blancos?

—Sí mamá, ya la tengo.

—Y tú Étienne, ¿ya tienes la cámara de video para filmar a los emús con sus crías, y a los cisnes negros?

—Sí, mamá, ya la he cogido. Tengo intención de hacer un reportaje de su fauna y flora y presentarlo en un concurso sobre el volcán. ¿Sabías, mamá, que Tower Hill se formó hace unos 30.000 años a causa de una violenta erupción del volcán?

—Sí, algo había oído. Cuesta creer que esta tierra tan fértil y llena de vida en la actualidad, en un tiempo remoto, estuvo cubierta de lava y ceniza, sin vida.

Desde fuera se oyó la voz de Jaime.

—¡Vamos niños que es para hoy!, ¿tanto cuesta hacer unos bocadillos?

—¡Ya vamos papá! —dijo Olivia llevando el cesto de la comida hacia el coche.

Finalmente entramos en el coche, Olivia se sentó entre Étienne y Rita, para evitar problemas, mientras Rita se abrochaba el cinturón de seguridad y se aseguraba de que todos lo hicieran. En esto era sumamente rigurosa.

Por la estrecha carretera que desciende desde el cráter, al fondo del volcán, se puede disfrutar de unas vistas incomparables, detenidamente, sin temor a encontrarte con otro coche de frente; al haber dos carreteras, una de acceso y otra de salida, los coches pueden circular despacio para ver las bellas paredes formadas por estratos milenarios. También

desde el coche se pueden ver a los canguros, *wallabies*, emús, echidnas, conejos y koalas. Algunos koalas están en las partes bajas de los altísimos eucaliptos con lo que te puedes acercar a ellos e, incluso, sacarte una foto, pues son animales muy tranquilos. Pero, a veces, si están en las partes más altas, para verlos hay que bajar del vehículo.

Dejamos el coche en el parquin cerca del centro de artesanía aborigen, donde venden todo tipo de cosas hechas por ellos: bumeranes, camisetas, tejidos con sus originales dibujos punteados... Al lado del parquin, hay una especie de parque con unas mesas para hacer picnic. Era pronto todavía para comer, así que decidimos primero ir a dar una vuelta. Rita quería hacer alguna foto de los canguros y los culillos blancos, pero Étienne no había desayunado y tenía hambre.

—¿Mamá puedo coger un bocadillo para comerlo por el camino?

—Sí claro, pero solo uno que dentro de una hora volveremos para comer.

Abrió el maletero del coche, cogió un bocadillo, y emprendimos el camino por medio del bosque hasta la cumbre, desde donde se divisan unas magníficas vistas con el mar al fondo. Los niños iban felices, Rita no paraba de hacer fotos a los culillos blancos y a los emús con sus crías que pasaban por nuestro lado sin inmutarse. Étienne, con su cámara en bandolera, iba comiéndose su bocadillo tan feliz, hasta que un emú se lo arrebató de la mano y salió corriendo.

—¡Maldito bicho, ladrón así se te indigeste!

El pobre Étienne estaba muy frustrado, hambriento y de mal humor, así que decidimos adelantar un poco la hora de la comida. Después, con el estómago lleno y de mejor humor, seguimos la excursión de la que Étienne sacó buen provecho, pues no paró de filmar todo el rato. A la tarde, tal como les prometí, fuimos al minigolf y gané una tarjeta por hacer el máximo de hoyos. Así que el que se frustró fue Jaime que no pudo meterse conmigo.

Normalmente los domingos hacíamos un copioso desayuno a base tostadas, salchichas y huevos fritos. Pero hoy les había prometido un desayuno español, chocolate con churros.

Había comprado en la tienda on line de Alicia que está en Melbourne los ingredientes y la manga para hacerlos. La tienda está especializada en productos españoles. Aproveché para comprar otras cosas, para que el envío me saliera más económico, entre ellas bacalao salado, porque en Warrnambbol no se encuentra. También compré un jamón, porque el que llega hasta aquí es el *prosciutto* italiano que no tiene nada que ver con nuestro jamón ibérico.

A todos se les estaba haciendo la boca agua, mientras esperaban sentados alrededor de la mesa. Olivia y yo estábamos frente a los fogones metidas en faena.

—Eso huele a gloria —dijeron.

—Pues sabe mejor que huele; si no, ya me lo diréis.

Una vez estuvo el chocolate bien espeso y los churros bien dorados, se colocaron ambas cosas sobre la mesa y empezó el festín.

—Tenías razón mamá, están buenísimos —dijeron los niños.

—Sí —dijo Olivia— pero cuidado que engordan.

Las caras de Étienne y Rita cambiaron rápidamente de expresión, de felicidad a frustración.

—¡Jo, no es justo que todo lo que está bueno engorde!

—Va, no os preocupéis y disfrutad el desayuno. Después, ayudáis a papá en el jardín y quemáis calorías, ¿o es que creéis que las salchichas y los huevos no engordan? Lo que no podéis hacer es sentaros frente a la tele o el ordenador todo el día, pero si trabajáis necesitáis comer.

En sus caras se volvió a dibujar una sonrisa. Después del desayuno Jaime salió al jardín a cortar el césped. Él cortaría la parte delantera y Étienne la parte de atrás, mientras Rita se cuidaba de cortar las flores secas de las plantas y del riego. Olivia y yo empezamos a poner la casa en orden.

—¿Has visto mamá cómo ha funcionado lo del desayuno para que hagan el trabajo sin protestar? —dijo Olivia.

—Sí, desde luego les conoces bien, y sabes tener mano izquierda con ellos.

La tarde, la dedicamos a ver películas en familia. Vamos al video club y cada uno elige una. Olivia y yo, casi siempre coincidimos, con lo que nos sale más barato porque, en vez de alquilar cinco, alquilamos cuatro, y hacemos unas bolsas de palomitas que, de paso, nos sirven de tentempié hasta la hora de la cena.

## CAPÍTULO 3

Llegó el lunes con la incógnita de si estaría o no el hombre misterioso. El día era espléndido, el sol brillaba en un cielo azul sin nubes, y corría una suave brisa que se prestaba al paseo o, simplemente, a sentarse en un banco del parque y contemplar la vida que te rodea. Aunque esto no parecía interesarle mucho al misterioso desconocido. Pronto saldría de dudas. Salí de casa en dirección a Pertobe Road; cogí, como siempre, el camino de la playa e hice el recorrido diario que, como de costumbre, finalizaba en el parque; lo atravesé y, al llegar, al banco en el que solía sentarse, allí estaba. Parecía como si ya formara parte del paisaje. Al pasar por su lado, le miré y le saludé. Fue un acto reflejo, a fuerza de verle cada día se había convertido en un viejo conocido, como los que solía encontrar a diario y con los que intercambiaba saludos. Él levantó levemente la mirada y me devolvió el saludo. Tenía una voz grave, bien timbrada y con acento extranjero; esto reforzaba mi teoría de que estaba de paso en la ciudad. ¿Pero por qué estaba tan triste?



No se porqué, pero sentía una gran lástima por aquel desconocido. Parecía tan solo y falto de afecto...

Por fin llegó el martes. Hoy hablaría con Asu del hombre misterioso del parque, suponiendo que aún siguiera allí. Ella pasaría a recogerme a las 13:30, así que después de ordenar un poco la casa, aún disponía de tiempo suficiente para hacer mi recorrido diario. Salí de casa con mi atuendo deportivo y mi IPOD. Cuando salgo a caminar me gusta escuchar canciones de mis cantantes preferidos, entre ellos a Frank Sinatra. Adoro a Frank, me gustan todas sus canciones; claro está, unas más que otras; y, de tanto oírlas, ya me sé la letra y las tarareo mientras camino, con lo que de paso perfecciono mi inglés. Mis preferidas son *Extraños en la noche*, *El mundo que conocimos*, *A mi manera*, *Forget domani*, y un largo etc. También me gusta mucho Matt Monro; la que más me gusta de Matt es *No puedo quitar mis ojos de ti*, canción que canta el grupo de amigos en la película *El cazador*; y, le siguen, *Melodía desencadenada*, tema musical de la película *Ghost*, *El amor es algo Maravilloso*, tema de la película *La colina del adiós*, *La sombra de tu sonrisa*, *Las hojas verdes*, y muchas más. En mi IPOD incluyo también canciones de Nat King Cole, Paul Anka, Neil Sedaka, Elvis Presley, y una larga lista de carrozas que aunque no son de mi generación, era la música de mi infancia, por ser la que se escuchaba en casa. Y no podía faltar *Moon River* de la película *Desayuno con diamantes*, en la deliciosa voz de Audrey Henburn. Y, de las de mi época, de joven y adolescente, hay una gran lista, pero solo nombraré a mis grupos favoritos en orden de preferencia: el grupo australiano The Southern Sons, los británicos Spandau Ballet, el canadiense Bryan Adams, y U2, Bruce Springteen, Bob Dylan y muchos más que harían la lista interminable. La música forma parte de mis muchas aficiones, y tengo una música para cada momento, dependiendo del estado de ánimo y de la actividad o del momento del día.

Por la noche, para crear un ambiente relajado y disfrutar de un buen libro, prefiero la música clásica, pues la letra de las canciones me distraen de la lectura. También evito, por ejemplo, la *Quinta* de Beethoven, las *Danzas del príncipe Igor*, de Borodin; o *Titán* de Mahler. No es que no me gusten, me encantan, sobre todo las *Danzas del príncipe Igor*, que es una de mis partituras favoritas, pero no resultan adecuadas para relajarme por sus altos y bajos tan acusados. A esa horas de la noche, me gusta crear un ambiente tranquilo. De ahí mi costumbre de tomar tisanas relajantes para favorecer el sueño, leer un buen libro y escuchar los *Conciertos de Brandenburgo* de Johan Sebastian Bach; los *Nocturnos*, de Frederic Chopin; *Claro de luna*, de Beethoven, o el *Adagio* de Albinoni, entre otros.

Al salir de casa, pude ver a mi vecino con su perro, al que acostumbraba a sacar a pasear todos los días. Decía que esto le obligaba a salir de casa y estirar las piernas. Iba casi una manzana delante de mí, se había hecho mayor y el pobre caminaba arrastrando los pies. El perro, solidario, adaptaba su paso al de su amo. Pronto le alcancé.

—Buenos días Frank. ¿Qué?, ¿paseando al perro?

—Sí, hija, y de paso me paseo yo también que falta me hace. Cada día me da más pereza salir.

—Pero hoy hace un día bonito, este tiempo invita a salir.

—Cierto, ya veremos qué pasa cuando llegue el invierno.

—Bueno, no piense ahora en eso y disfrute del día, aún queda toda la primavera y todo el verano por delante. Cuando llegue el invierno, Dios dirá.

—Tienes razón hija, no hay que adelantar acontecimientos, sobre todo si no son buenos.

—Hasta luego Frank, que disfrute del paseo.

—Y tú también, Luisa, hasta luego.

Hoy hice mi recorrido algo más corto. Tenía una cita con Asu y no quería llegar tarde, por eso, cuando llegué al parque, en vez de cruzarlo como de costumbre cogí un atajo. Podía haberlo evitado pero sentía una gran curiosidad por ver si el misterioso caballero seguía allí. Y allí estaba. Pasé por su lado y le saludé; él respondió a mi saludo con una leve sonrisa. Me sentí feliz, pues, aunque muy tímidamente, el hombre esbozó una sonrisa. Al menos por un momento, desapareció la inmensa tristeza que ensombrecía su atractivo rostro.

Llegué a casa a las 12:30. Estaba sudando de la caminata. Me di una ducha, me arreglé un poco el pelo y me vestí; escogí un pantalón *beige* y una camiseta marrón que me sienta muy bien. Me puse unas botas marrones, de medio tacón, que combina a la perfección y que son súper cómodas. Me gusta ir cómoda pero sin renunciar a estar atractiva. Soy un poco coqueta y, para dar un toque más femenino, si cabe, me puse un colgante de marfil en forma de rosa con un cordón de cuero marrón, a conjunto con mi atuendo. Me puse unas gotas de Chanel N° 5, que es otro de mis lujos al que no me gusta renunciar, y aunque hay quien lo encuentra demasiado perfumado para verano, yo lo uso todo el año. En verano, la *eau de toilette*, y, en invierno, el perfume. He probado otros pero no me identifico con ellos; sigo siéndole fiel desde el primer día que lo usé. Nunca salgo de casa sin unas gotas de mi perfume. Me miré al espejo y me aprobé.

Bajé las escaleras, faltaban 10 minutos para que viniera Asu. Para matar el tiempo me puse a hacer un sudoku. Soy incapaz de estar sin hacer nada, pero no creo que sea hiperactiva. Simplemente, tengo que llenar mi tiempo con algo. No me dio tiempo de acabarlo, cuando sonó el claxon. Asu había llegado cinco minutos antes, así que cogí el bolso y las llaves y, cerrando la puerta de golpe, salí a su encuentro.

—¡Hola! ¡Por fin, ya era hora de que nos viéramos! Si seguimos alargando tanto nuestros encuentros, la próxima vez que nos veamos seremos abuelas.

—No, no lo creo. Al paso que llevan nuestros hijos, no los echamos de casa antes de los treinta años.

—Sí, tienes razón; pero tenemos que quedar más a menudo.

—En eso estoy de acuerdo. Tenemos que sacar tiempo de dónde sea. Bueno, y ¿qué es eso tan interesante que me tienes que explicar? Estoy sobre ascuas.

—En cuanto llegemos al restaurante te lo cuento. Es un poco largo y quiero estar cómoda y relajada para explicártelo con detalle.

Tuvimos suerte. Pudimos aparcar solo a una amanzana del restaurante; cosa rara, ya que a la hora del almuerzo y la cena es casi imposible encontrar una plaza de aparcamiento cerca. Una vez dentro, vino una camarera a nuestro encuentro y nos acompañó a la mesa que ya teníamos reservada de antemano. Estaba cerca de una ventana, en un extremo del salón, y frente a la chimenea que evidentemente estaba apagada. El salón no era muy grande, pero no daba la sensación de claustrofobia, era íntimo y acogedor; estaba decorado con ese lujo sobrio que trasmite confort. La camarera nos trajo la carta.

—¿Qué vas a pedir? —me preguntó Asu.

—Creo que tomaré una parrillada de verduras y atún a la plancha. ¿Y tú?

—Tomaré también la parrillada de verduras, me la han recomendado; las cultivan ellos mismos y son muy gustosas. Hoy en día es todo un lujo, ya que la mayoría de las hortalizas son de invernadero y no tienen sabor a nada; y, de segundo, tomaré unas costillitas de cordero rebozada.

—Tú te lo puedes permitir todo, con tu figura. Yo, en cambio, a la que me paso un poco, todo se me pone en la cintura.

—Va, eres una exagerada. Estás la mar de bien.

—Mi trabajo me cuesta.

—¿Han escogido ya? —nos preguntó la camarera.

—Sí —contesté—, dos parrilladas de verduras, un atún a la plancha para mí, y las costillitas de cordero rebozadas para ella.

—¿Van a beber algo mientras?

—Yo prefiero empezar con vino, para no mezclar.

—Asu, ¿tú qué dices?

—Me parece bien, pero ¿blanco o tinto? Yo tomo carne, y tú, pescado.

—Ah, no importa. Yo tomo tinto con todo. Sé que no es lo correcto, pero lo prefiero al blanco.

—Tráiganos dos copas de vino tinto, por favor.

—¿Les traigo el de la casa?

—¿Qué tal es?

—Es un cabernet sauvignon muy bueno. Procede de una bodegas de Geelong que quieren introducirse en el mercado. Nos lo embotellan para darse a conocer pero, en cuanto abran mercado, nos lo quitarán, y en la carta de vinos costará el doble.

—Vale —dijimos las dos a la vez.

Se fue la camarera y, a los pocos minutos, trajo una botella de vino con la que llenó las dos copas que había sobre la mesa.

—Bueno, ya estamos sentadas y tranquilas. ¿Cuándo me vas a explicar de qué va la historia?

—No sé por dónde empezar, el caso es que igual es una tontería pero me tiene intrigada.

—Pues no es tan difícil, empieza por el principio.

—Ya sabes que cada día voy a caminar para mantenerme en forma, y en mi recorrido atravieso el parque del lago Pertobe. Pues bien, hace una semana que apareció, en uno de los bancos cercanos al laberinto, un forastero.

—Bueno, y eso ¿qué tiene de particular?, ya sabes que nuestros entornos son de gran interés y siempre tenemos visitantes.

—Sí, pero suelen ir acompañados.

—Puede que sea un hombre de negocios, y esté de paso.

—Eso es lo que yo pensé al principio, pero ahora no sé qué pensar. Primero, si fuera un hombre de negocios, no estaría tanto tiempo, ya sabes como van los ejecutivos, un día aquí, dos días allá. Nunca paran tanto tiempo en un sitio. Y, luego, ese aire misterioso, esa tristeza infinita, ese mirar al vacío, esa ausencia que estando parece no estar. No sé, no lo veo normal. ¿Tú qué piensas?”

Nuestra conversación, se interrumpió al venir la camarera con nuestros platos.

—Que aproveche —nos dijo.

—Gracias —contestamos las dos a la vez, de nuevo.

—¿Les traigo la carta de los postres?

—Sí, por favor —esta vez solo contesté yo. Y seguimos con nuestra conversación.

—No sé, tal como lo cuentas parece raro. Salúdale a ver cómo reacciona.

—Sí, ya lo he hecho. Le saludé ayer y también lo he hecho esta mañana.

—¿Y qué tal?

—Bueno, ayer reaccionó de una forma automática, levantó la vista y me devolvió el saludo. Fue como si se sorprendiera de ser visto, como si se creyera invisible; pero hoy, al saludarle, ha esbozado una ligera sonrisa al responder, y por su acento parece extranjero.

—Pues roto el hielo, ¿a qué esperas para entablar conversación? Eres una persona cercana y extrovertida, no creo que te sea tan difícil.

—¿Así tú no crees que estoy loca y que todo es fruto de mi fantasía?

—Para nada, tú siempre has sido una persona con los pies en el suelo, y, si preocuparse por los demás, es una locura, ojalá y hubiera más locos.

De nuevo vino la camarera a recoger el pedido de los postres.

—¿Han elegido ya?, ¿qué van a tomar?

—Para mí —dije yo— el sorbete de limón con Marc de Champagne.

—Yo tomaré la tarta de la casa —dijo Asu— que tengo conducir y ya he bebido bastante.

—Ha hecho una buena elección, nuestro cocinero tiene la mano rota para los repostería, y esta tarta, es la estrella de la casa.

—Sí, una amiga mía me la recomendó entusiasmada.

Recogió las cartas y se fue, a los pocos minutos estaba de vuelta con los postres.

—Menos mal que no tengo que conducir, se me ha subido el vino a la cabeza y ahora para acabarlo de rematar el sorbete con el Marc de Champagne.

—Haces bien si te apetece. Pero el próximo día me toca a mí, y conduces tú.

Acabamos nuestro postre y llamamos a la camarera para que nos pasara la cuenta.

—¿Qué tal, le ha gustado la tarta?

—Exquisita, felicite al cocinero.

—Lo haré, gracias.

Le dimos la tarjeta para que cobrara, y al rato volvió con la tarjeta y la cuenta en un platito.

—Espero verlas de nuevo por aquí —nos dijo al retirarse.

—Por supuesto que volveremos —dijo Asu—, la próxima vez le toca a ella probar la tarta.

Dejamos sobre el platito unas monedas de propina, cogimos nuestros bolsos, que habíamos dejado colgados en el respaldo de las sillas, y salimos del restaurante. Nos dirigimos hacia donde habíamos dejado el coche y Asu me acompañó a casa.

—Oye, ¿por qué no entras y tomamos un café? Los niños todavía tardarán en salir del colegio.

—Vale, me quedaré hasta que sea hora de recoger a Lucas del colegio. Le he dicho a Georgia que esta tarde no pasará por la tienda, que cierre ella. Hoy me he tomado la tarde libre.

—Debes hacerlo más a menudo, necesitas delegar un poco y tener un poco más de tiempo para ti.

—Sí, chica tienes razón, pero es que me cuesta tanto dejar las cosas en manos de los demás. Parece que si no estoy yo en todo, las cosas no funcionan y no es así; la verdad es que con Georgia he tenido mucha suerte, es muy eficiente; le encanta el trato con la gente, y los clientes están encantados con ella. No tengo excusa para no delegar, y dedicar más tiempo a mi familia, a los amigos y a mí misma.

—¿Qué te parece si tomamos el café en el jardín? Hace una tarde estupenda.

Después de preparar el café y colocarlo en una bandeja junto a las tacitas y el azúcar candi, coloqué un platito con unas cuantas galletas de naranja y almendras que me salen muy buenas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Asu— A este paso hasta me voy a engordar, se trata de tomar solo café. Ya hemos comido bastante, sobre todo yo, que me he pasado con la tarta.

—Tienes que probar mis galletas, aunque sea solo una. Déjame lucirme. Me vas a pedir la receta en cuanto las pruebes y, además, su elaboración es muy fácil. De no ser así no las haría.

—¿Desde cuándo te dedicas a hacer galletas? A ti nunca te ha gustado la cocina.

—De hecho no me dedico mucho, pero ya te he dicho que son muy fáciles de hacer; son una receta de Olivia. Un día las hizo ella, y me gustaron tanto que decidí aprender a hacerlas. La siguiente vez que las hizo, quise estar con ella para ver qué tal. Como me pareció fácil, cuando se acabaron las hice yo y fue todo un éxito. Así que ahora puedo presumir delante de familiares y amigos de mis dotes culinarias.

—Ah, ¿pero a Olivia le gusta la cocina?

—Le encanta, sobre todo la repostería. Tiene un montón de recetas que va recopilado de todos sitios. Así que si no triunfa como diseñadora, escritora, o actriz, puede triunfar como cocinera, que hoy los cocineros se ganan muy bien la vida.

—Ya lo creo que se la ganan, y quién sabe quizás algún día tenga su propio restaurante y programa de cocina en la tele.

—Mira nunca se sabe, pero lo más importante es que se dedique a lo que se dedique, lo haga a gusto. Y la cocina le gusta, en eso se parece a Jaime, ya sabes como disfruta en la cocina.

—Ya, ya lo sé. Cada vez que venimos a comer a vuestra casa es un festín, siempre nos sorprende con algo nuevo.

—Y yo encantada, porque no tengo que pensar en el menú ni cocinarlo. Él se encarga de ir al mercado, confeccionar el menú y cocinarlo. Yo solo tengo que disfrutarlo. Aunque no me gusta guisar, me encanta comer, sobre todo, si me lo dan hecho.

Salimos fuera, nos sentamos cómodamente a disfrutar, no solo del café y las galletas, sino de nuestra mutua compañía. Pepe también quería participar. Salió tras nosotras y, después de frotarse unos minutos en nuestras piernas, se tendió perezosamente a nuestro lado. Los gatos son animales muy sensitivos, les gustan los ambientes tranquilos. Por sistema huyen de los lugares ruidosos y alborotados, al igual que yo. Quizá en una vida anterior fui gato.

Con la brisa de la tarde, se acentuó el perfume de las flores. El jazmín y la glicina desplegaron su perfume ostentadamente, como si quisieran agasajar a mi amiga. Y lo lograron, ya que Asu quedó gratamente sorprendida al contemplar como lucía mi jardín.

—No sé cómo lo haces para tener las plantas tan bonitas. Si vieras las mías, están que dan pena.

—Es simple, les dedico tiempo. A las plantas, como a los amigos, hay que dedicarles tiempo si quieres que florezcan.

—Recojo la indirecta.

—Es broma, sabes que siempre seremos amigas. Y lo del jardín no es solo merito mío, también es merito de George; sin su ayuda, no sería lo mismo. Podrías llamarle de vez en cuando para que te echara una mano. Delega querida, delega.

—Sí, tienes razón, tengo tanto que aprender de ti.

—De mí no. Son los años que te irán enseñando a priorizar. Yo era igual que tú cuando era más joven.

—Ya está hablando la voz de la experiencia, cualquiera diría que eres una ancianita.

—No, una ancianita no, pero cinco años te cambian y, si no, ya me lo dirás. A veces es más el cambio que experimentas interiormente que el físico. Afortunadamente no todo es malo al ir cumpliendo años; lo que pierdes en belleza, lo ganas en sabiduría. Por cierto, ¿quieres unos cuántos limones? Ya no sé qué hacer con ellos y mira que gastamos.

—¿Pero cómo, aún tienes limones? Yo pensaba que los limoneros solo daban frutos en invierno.

—Algunos sí, pero otros están dando frutos todo el año. Yo no lo sabía. Y cuando le dije a George que me plantara un limonero, me aconsejó esta variedad.

—Me vas a tener que dar el teléfono de George, a ver si pongo mi jardín al día.

—Apúntatelo ahora que no se nos olvide —sacó su agenda del bolso y un bolígrafo, y lo anotó.

Cogí una bolsa de plástico de las del supermercado, y nos dirigimos hacia el limonero.

—Qué bien huelen. Desde luego hay una gran diferencia con los del súper, aquellos no huelen a nada. Se notan que son de cámara. Esta tarde cuando venga William, prepararé unos gin-tonic a ver si nota la diferencia.

—Por poco observador que sea, lo notará. No solo es el aroma, es también el sabor; de estos os podréis comer hasta la piel. Yo siempre tengo en la nevera una jarra de agua con zumo de limón y miel. La miel la pongo más bien por los niños. A mí me gusta tal cual. Incluso cuando preparo un gin-tonic, me como hasta la piel que es lo que más me gusta. Al agua con zumo de limón y miel también se le puede añadir unas hojas de hierbaluisa, le da un sabor muy agradable. Es la mejor bebida que puedes ofrecer a los niños, sin colorantes ni conservantes y, además, les encanta. A diferencia de esas bebidas de colorines estridentes y excesivamente azucaradas del supermercado, Dios sabe de qué están hechas.

—Oye, que son las tres y media, seguro que Lucas ya me estará esperando. ¡Hay que ver cómo se nos ha pasado el tiempo!

—Ya quedaremos para otro día, pero esta vez no dejaremos pasar tanto tiempo.

—No, claro que no. Además, me tienes que mantener informada sobre el misterioso hombre del parque. ¡Adiós Luisa que llevo tarde!

—Adiós Asu, hasta pronto.

A la media hora de irse Asu, llegaron Jaime y los niños.

—¡Hola Jaime, hola chicos! ¿Cómo os ha ido el día?

—¿Cómo nos va a ir? como siempre; cada día es igual. Tengo ganas de que pase algo interesante que rompa la monotonía —dijo Étienne.

—Ya veo, pues da gracias a Dios porque cada día sea lo mismo. Podría haber un terremoto o venir un tsunami. ¿Qué te crees? ¿Que la vida es una feria? Pues no hijo, la vida tiene días buenos y días malos. ¿Y cómo sabrías distinguir los primeros, si no existieran los segundos?

Aquella noche durante la cena hablamos sobre este tema.

—A ver Étienne, ¿qué pasa?

—Nada, solo que me gustaría ser mayor para hacer tantas cosas que me gustan, y en cambio tengo que ir cada día al colegio a aprender cosas que no me interesan para nada.

—En primer lugar, todos queremos ser mayores cuando somos niños y, luego, cuando nos hacemos mayores, daríamos lo que fuera por ser niños otra vez. Así que vive el momento, no tengas prisa, los años pasarán y los irás cumpliendo. Lo que no podrás jamás es descumplirlos, aprovecha lo que tienes ahora que no volverás a tenerlo una vez pase. Y lo que ahora dices que no te interesa para nada, son los cimientos que te ayudarán a construir el futuro.

—Pues vaya unos cimientos aburridos, porque tengo que hacer cosas que no me gustan, para construir mi futuro.

—A ver cariño, todos tenemos que hacer, a veces, cosas que no nos gustan, para llegar a la meta. Te voy a poner un ejemplo, tienes una montaña delante de ti, te han dicho que desde arriba tienes unas vistas increíbles. Tú, como amante de la naturaleza, estás deseando verlas. Pero para verlas tienes que subir la montaña, lo cual no te apetece en absoluto. Tienes tres opciones. La primera, renunciar a tu meta; la segunda, decides subir porque no quieres renunciar a tu sueño, pero quieres llegar rápido y lo haces todo en una jornada y estás hecho polvo por el esfuerzo innecesario que has tenido que hacer. La montaña va a estar allí mañana. No entiendo esa prisa; además, frustrado y de pésimo humor, la subida se te hace interminable y cuando llegas a la cumbre no estás en condiciones de disfrutar de tu éxito. Y la tercera, lo que más deseas es estar en la cima de esa montaña; sabes que la subida no va a ser fácil, que necesitarás esforzarte, pero piensas que vale la pena. Así que coges provisiones y emprendes el camino. Con ilusión, pensando que el esfuerzo que vas a hacer va a tener su recompensa. Haces la ascensión en dos o tres jornadas, no tienes prisa, estás disfrutando del viaje que te da la oportunidad de contemplar las estrellas por la noche, cosa que no puedes hacer en la ciudad por la polución y por la iluminación, y descubrir una naturaleza que desconocías. Cuando llegas a la cumbre, estás algo cansado, un cansancio sano, con la sensación de haber pagado el precio justo que vale tu objetivo. Nada se te dará gratis. Pero estás feliz, ya has llegado. Ahora te toca sentarte tranquilamente a contemplar las maravillosas vistas y disfrutar del éxito.

—Claro, es igual que en ballet, las clases son muy repetitivas; para llegar a perfeccionar los pasos, las piruetas, los saltos...tienes que repetirlos hasta la saciedad, e interminables horas de barra, *demi plié*, *grand plié*, *échappé*, *rond de jambe*, *tendu*.

—¡Bueno, bueno, para y no me sueltes el rollo!, ¿o es que me vas a enseñar todos los pasos de baile?

—No, lo que quiero decir es que nada es fácil. Las primeras veces que me calcé las zapatillas de puntas, me dolían mucho, incluso me sangraban los dedos. Pero, ahora, ya me he acostumbrado a ellas. ¡Ah, por cierto, ¿sabías que las primeras zapatillas de puntas las calzó por primera vez María Taglioni en el *ballet* La Sífide? ¡Se las hizo su padre!

—¡Bueno ,y a mí qué! ¡Ni me interesa la María esa, ni su padre!

—Estás imposible Étienne, ha sido solo una anécdota. Lo que yo quería decir es que cuando empecé a usar las zapatillas de puntas, y me dolían los pies, intentaba verme a mí



misma en el escenario de un teatro, lleno de gente que me aplaudía y me aclamaba como una gran estrella. Esto me hacía perseverar para lograr, algún día, llegar a ser una bailarina de éxito. Y aunque ya haya superado esa prueba, tengo que seguir trabajando duro si realmente deseo ser una buena bailarina. Es como si emprendiera un largo viaje en tren. Mi meta está lejos,; pero hasta que llegue a mi destino voy a pasar por muchos paisajes distintos. Algunos serán bellísimos, otros no menos bellos pero cubiertos de nieve que te hiela el alma otros áridos, secos, desérticos. También en mi recorrido veré playas luminosas de aguas frescas y cristalinas, bosques primaverales de un verde provocador y evocadores bosques de hojas rojas y amarillas que empiezan a caer formando mullidas alfombras; días luminosos llenos de luz y sol y otros grises y lluviosos. Pero cuando llegue a mi destino, habré disfrutado del viaje.

—Estoy sorprendido Rita, estás hecha toda una filósofa. Veo que has entendido perfectamente lo que mamá quería decir —dijo Jaime.

—¿Y tú qué piensas, Étienne, de lo que han dicho mamá y Rita? ¿Has sacado alguna conclusión? Piensa que si quieres construirte una buena casa, lo primero son unos buenos y sólidos cimientos. Y es lo que estás haciendo ahora, preparando los cimientos de tu futuro.

—Visto de esta forma tenéis razón. Mi problema es que cuando quiero algo, lo quiero ya. Me acuerdo cuando era pequeño y quería algo, no paraba de repetir “quiero, quiero, quiero”, y mamá me decía “y yo quiero un yate blanco, ¿puedo tenerlo?”. Yo le decía que le compraría uno cuando fuera mayor, a lo que ella me contestaba “así que tengo que esperar a que seas mayor. Pues me temo que tú también tendrás que esperar a tener lo que desees, cuando pueda ser”. Supongo que con esto mamá trataba de enseñarme que todos deseamos cosas, pero que no siempre se pueden tener en el momento que las desees. Tengo que aprender a controlar mi impaciencia.

—En cierta manera nos pasa a todos. Pero si todo lo que deseamos lo obtuviéramos de inmediato, nos perderíamos la ilusión de hacer planes para conseguirlo; un coche, una casa, una carrera universitaria; incluso en el amor, esa sensación de sufrir y querer, de esperar a mañana o a la semana que viene para poder volver a ver a la persona amada. Partiendo de la base de que la “Felicidad” con mayúscula es un estado de ánimo. Solo se puede conseguir desde dentro. He visto personas que lo han tenido todo y no han sido felices, y he conocido personas felices que carecían casi de todo. la madre Teresa de Calcuta, por poner un ejemplo.

—Pues yo necesito cosas para ser feliz, ¿cómo se puede ser feliz sin nada?

—Yo no desdeño las cosas materiales. Hay esa clase de felicidad que puede venir del exterior y que no es nada despreciable, pero es más efímera. Si no, mira a un niño con un juguete nuevo: está más feliz que unas castañuelas, ¿pero cuánto le dura? Unos días, en cuanto deja de ser novedad pierde interés por él, y esa mal llamada felicidad se desvanece. A esa felicidad, por otra parte nada desdeñable, yo la llamaría ilusión, sueños. Es posible que a lo largo de tu vida logres todo o la mayor parte de las cosas que desees, pero no a la vez. Cuando tengas una cosa, te faltará otra; y, eso que ahora

deseas con tanta fuerza, cuando la consigues ves que realmente no era tan importante. Lo que realmente nos mantiene ilusionados es el proceso de alcanzar el proyecto. Por eso es tan importante tener proyectos, estar ilusionados, soñar. Cuando dejemos de ilusionarnos, cuando perdamos la capacidad de soñar, cuando no tengamos proyectos, no habrá futuro. Es como si dejáramos de vivir. Cuando mamá y yo pensamos hacer un viaje a algún destino que siempre hemos soñado, se puede materializar o no, pero mientras lo planeamos es como si lo estuviéramos viviendo. Recuerdo cuando nacisteis vosotros. Los nueve meses de espera y la preparación para recibir a una nueva personita en casa. Fue tan bonito como ver vuestra carita por primera vez. Por nada del mundo nos hubiera gustado perdernos ese proceso. ¿Recuerdas cuando tenía que nacer Rita, la ilusión que te hacía a ti y a Olivia la venida del nuevo bebé, y como le tocabais la barriguita a mamá para sentir sus pataditas? ¿Te hubiera gustado perdértelo?

—No, por nada del mundo. Aunque ahora sí que me gustaría perderla de vista. A veces me saca de quicio y las patadas de ahora no son pataditas, son coces de mula.

—Mamá, me está llamando mula.

—Es lo que eres. A parte de terca, das patadas.

—Claro, para defenderme.

—Ya veo que estás de mejor humor que cuando has llegado, ya que empiezas a meterte con Rita. Al menos has salido de tu apatía —dijo Olivia.

—Por eso va bien hablar de las cosas. Cuando las compartes con los demás, se minimizan y pierden su dramatismo.

—Bueno chicos se está haciendo tarde, ya está bien de cháchara. Ahora toca recoger la cocina y preparar la mesa para el desayuno.

—Ya lo hago yo mamá, Rita está que se cae de sueño y Étienne quiere ver una película con papá. Creo que le irá bien distraerse un poco. No me importa que hayamos alargado un poco nuestra la sobremesa, el tema lo merecía —dijo Olivia.

## CAPÍTULO 4

Hoy intentaría entablar conversación con el misterioso hombre del parque. A pesar de ser una persona bastante extrovertida, me da un poco de corte dirigirme a un desconocido.

No sabía cómo empezar; podría empezar con el socorrido tema del tiempo. Afortunadamente hacía un día bonito.

Al salir de casa, me encuentro con los habituales de siempre e intercambiamos saludos como de costumbre. Tengo un hormigueo en el estómago. Pienso que estoy adelantando acontecimientos y que todo este nerviosismo puede ser inútil, que igual, cuando llegue al parque, el hombre ya no estará allí. Es una posibilidad. Al fin y al cabo, podía haber estado de paso. Pronto iba a salir de dudas. Cuando atravesé el parque hacia el laberinto, pude verle desde lejos. Allí estaba, sentado en el mismo banco. Era como un ser inanimado, como una estatua. Me fui acercando lentamente hacia él, con la esperanza de que notara mi presencia. No fue así, ni siquiera cuando me senté a su lado pareció darse cuenta.

—Hermoso día —dije.

—Hermoso —contestó él.

—Hoy dispongo de un poco de tiempo, y me voy a permitir hacer un alto en mi camino para disfrutar un poco del entorno. Siempre lo atravieso con paso rápido, y vale pena de vez en cuando mirarlo con más detenimiento. Es un sitio muy bonito. Creo que, a veces, no valoramos lo suficiente los bellos lugares que tenemos cerca. Será por su cotidianidad. A usted parece gustarle, hace días que le veo por aquí.

—Cierto, es un lugar precioso.

—¿Conoce el resto de la ciudad?

—Sí, estos días me he dedicado a recorrerla. Es una ciudad muy bonita y, aunque dispone de todos los servicios de una gran ciudad, aún mantiene el encanto del campo, lo que le confiere un doble atractivo. Por los intercambios de saludos que veo entre sus habitantes deduzco que aquí casi todos se conocen, es como si formaran una gran familia. Aunque usted por el acento me parece española, y no se lo tome a mal, que su inglés es perfecto y el acento aun lo hace más atractivo.

—Usted también parece español, ¿de dónde es?

—Soy de Cataluña, aunque hace un siglo que no voy por allí.

—Qué casualidad, yo soy de Barcelona, y hace siete años que nos trasladamos a Australia.

—Bonito país.

Como me pareció no incomodarle mi compañía, decidí seguir hablando a ver si me decía algo que aclarara un poco su situación.

—Perdone si le parezco indiscreta, ¿piensa quedarse algún tiempo entre nosotros?

—Para nada me parece indiscreta. Es usted una persona sumamente amable y le agradezco infinitamente el tiempo que me está dedicando. Hacía tanto tiempo que no mantenía una conversación con nadie. Ya sabe, en las grandes ciudades todo es más impersonal. Puedes vivir durante largo tiempo en un edificio, sin ni siquiera conocer a los vecinos. Esta ciudad me parece el lugar ideal para vivir, pero no sé cuánto tiempo podré permanecer aquí.

—Es una lástima que, a veces, las personas estemos condicionadas por la familia o por el trabajo, para vivir en lugares que no nos gustan. Yo me siento muy afortunada de

poder vivir aquí, y, como a mi marido y a mis hijos también les gusta, no tenemos problemas.

—¿Cuántos hijos tiene? Ahora soy yo el indiscreto.

Me alegró que saliera de su hermetismo, e incluso que fuera un poco sarcástico.

—Tengo tres, dos chicas y un chico.

—Es usted una persona muy afortunada —esto lo dijo con una tristeza infinita cercana a la emoción.

—Por lo que deduzco, usted no tiene hijos.

—No, no tengo familia. Una vez la tuve, unos hijos maravillosos y una mujer preciosa. Fueron tiempos muy felices.

Otra vez la emoción embargó su rostro. Quizás perdió a su familia en algún accidente, puede que fuera reciente y todavía no había tenido tiempo para asumirlo. En ese caso todo cuadraría. Sentí mucha pena por él y pensé que sería mejor no seguir hablando, para no remover sentimientos.

—Bueno tengo que irme, espero volverle a ver. Por cierto, me llamo Luisa.

—Ha sido un placer Luisa, mi nombre es Adrián. Yo también espero volver a verla. Ha sido muy agradable compartir este rato de conversación con usted. Últimamente la gente tiene demasiada prisa, y poco interés en la vida de los demás. Mañana estaré aquí.

Me pareció una invitación.

—Bien, así hasta mañana.

—Hasta mañana Luisa, que Dios la bendiga.

En el camino a casa, no dejaba de pensar en Adrián. Si antes de hablar con él me parecía misterioso, después de nuestra conversación había algo que no acababa de entender. Él, parecía valorar positivamente el interesarse por los demás; en cambio, en nuestra sociedad podría interpretarse como una intromisión. También me sorprendió la frase “que Dios la bendiga”. Actualmente la gente no habla mucho de Dios, sobretodo los jóvenes. Parece que hablar de Dios sea cosas de viejos y de gente poco progresista. Por eso me sorprendió oír esa frase en un hombre de su edad. Estaba deseando poder compartir con Asu cosas sobre él, ¿pero qué podía contarle? Realmente no sabía nada sobre Adrián. Esperaría a tener más información para llamarla. Al día siguiente, cuando llegué al parque, Adrián seguía sentado en el mismo banco; parecía como si, por asiduidad, hubiera adquirido un derecho sobre él. Es como esos señores que tienen abonado un palco en la opera o en el campo de fútbol, y siempre les ves sentarse en el mismo.

—Buenos días, Adrián.

—Hola, Luisa. Veo que es usted fiel a sus hábitos. ¿ Suele salir cada día a caminar?

—Sí, es una buena manera de mantenerme en forma sin tener que ir al gimnasio. No me gustan los gimnasios, la música siempre suele estar demasiado alta. Tampoco me gusta compartir un espacio cerrado con mucha gente, me da un sensación de claustrofobia. Hace tiempo había ido a hacer yoga y pilates, pero ahora prefiero las caminatas al aire libre; me dan más sensación de libertad y, además, es gratis. Tenemos la suerte de tener

unos de los parques más grandes y bonitos de la zona. Es todo un lujo para los sentidos poder disfrutarlo.

—Tiene razón, es todo un privilegio vivir en este lugar.

—¿Piensa quedarse a vivir aquí?

—Me gustaría quedarme para siempre, pero no va a ser posible.

—Por lo que deduzco, su trabajo no se lo permite.

—No, no se trata de mi trabajo. Tengo conocimientos en diferentes oficios y no me resultaría difícil encontrar un empleo en esta ciudad.

—Entonces, ¿qué se lo impide?

—Es una historia larga e inverosímil, lo que me impide permanecer en el mismo lugar por mucho tiempo. Pero esto me llevaría demasiado tiempo explicárselo y no quiero abusar de su amabilidad. Por otra parte, como le he dicho es una extraña historia y no quisiera que sacara una falsa impresión de mí. Después de oírla, podría pensar que soy una persona desequilibrada.

—Pruébelo, me gustaría escucharla, y no tiene porque explicármela en un solo día.

—La he explicado tantas veces sin que nadie me crea, que no importa hacerlo una vez más.

—Bien, me alegro que se haya decidido. Si le parece bien empezaremos mañana. Vendré media hora antes para tener un poco más de tiempo.

—Bien, pues así, hasta mañana Luisa, y que Dios le acompañe.

—Adiós Adrián, lo mismo digo.

Aquella tarde, fue Rita la que parecía tener algún problema. Es increíble lo transparentes que son los niños, una cualidad que con el paso del tiempo vamos perdiendo. Es una pena que al crecer perdamos esa transparencia, por eso es tan difícil entrar en el interior de un adulto.

Rita y Étienne se pusieron a hacer los deberes en la cocina, como siempre. Olivia se fue a leer a su habitación; es una lectora compulsiva, en esto se parece a mí. Yo no concibo un mundo sin libros. Me encanta estar rodeada de libros. Recuerdo cuando era pequeña, y aún no sabía leer, en invierno, cuando anochece antes y pasas más horas dentro de casa, o en los días lluviosos cuando no podía salir a jugar, mi madre me daba un libro y yo me pasaba las horas hojeándolo e inventándome las historias, porque, por mi corta edad, era incapaz de leer.

En primavera y verano, tengo mucha actividad en el jardín, pero en invierno, cuando me apetece salir por las tardes a estirar las piernas, siempre acabo en alguna librería. Puedo pasarme horas hojeándolos, mirando las novedades y recorriendo sus pasillos. Ni qué decir tiene que siempre acabo comprando alguno. Y, en Primavera, los fines de semana, me encanta recorrer los mercadillos de libros de segunda mano en busca de algún título que, por antiguo, a veces es difícil de encontrar; y, la verdad, es que de vez en cuando encuentro verdaderas joyas. Alguna vez encuentro, entre sus hojas oscurecidas por el tiempo, cosas dejadas por gente que los poseyó antes que yo y que, de una forma silenciosa, hablan de ellos y de su tiempo. Puntos de lectura, un almanaque de cincuenta años atrás, una estampa

de la primera comunión de niños, que a estas alturas son seguramente abuelos; una de aquellas tarjetas que utilizaban antiguamente los carteros, basureros y serenos, ya desaparecidos, para felicitar las Navidades; y hasta alguna factura de algún artículo, lo que te da una idea de su antigüedad y, también, de lo que han subido los precios. A estas excursiones por los mercadillos de libros de segunda mano, Jaime, Olivia y Étienne van encantados. No así Rita, porque es la menos intelectual de la familia; a ella le interesa más el mundo del arte.

Empecé a preparar la cena, no quise preguntar a Rita qué le había sucedido para no distraerla de sus deberes. Tocaríamos el tema en la sobremesa, como de costumbre. Era cuando estábamos todos, así todos podíamos opinar y aportar nuestro granito de arena para resolver el problema, en la medida de lo posible. Una vez finalizada la cena, mientras tomábamos el postre y Jaime su café:

—A ver, Rita, ¿qué te ha pasado?, ¿quieres que hablemos del tema?

—Pues qué va a ser lo de siempre, que Ann se ríe de mí porque dice que soy una presumida y que parezco una Barbie.

Étienne, que siempre se metía con Rita, no tardaba en salir en su defensa si alguien la agredía o insultaba.

—Pues mañana se va a enterar la tonta esa, voy a poner en su lugar a esa marimacho.

—Étienne, tú no te metas; son cosas de chicas y son ellas las que lo tienen que arreglar.

—Bueno, pero si se sigue metiendo con ella que me lo diga, que verás que pronto lo arreglo.

El problema de Rita, es que le importa en exceso ser aceptada socialmente. Es una niña encantadora, muy extrovertida. Además de ser muy bonita, es muy femenina; le gusta llevar vestidos cuando hay una fiesta y no tiene que llevar el uniforme, y quiere caer bien a todos. Esto es imposible. Además, por su carácter cariñoso y abierto goza del cariño de las profesoras; esto crea envidia en algunas de sus compañeras de clase y se ríen de ella.

—Bueno, ¿y tanto te importa lo que piense esa tonta de ti? ¿No ves que es pura envidia?

—Sí, pero yo quiero gustarle a todos.

—Pues eso es imposible —dijo Olivia—. Mamá, ¿por qué no le explicas aquella historia que te contaba tu padre cuando eras pequeña y querías gustar a todos, como Rita?

—Está bien, quizás le ayude. A mí realmente me ayudó a ser yo misma, y a pasar de lo que pensarán los demás. Lo que lo demás piensen de nosotros es su problema, no el nuestro. Mi padre me explicó este cuento, que yo encuentro muy ilustrativo:

»Había una vez un hombre que tenía un burro y fue a buscar leña al bosque con su hijo. En el camino de ida, como es natural, el burro iba descargado, por lo que el padre le dijo al hijo:

»Sube al burro para que no te canses.

»El hijo hizo lo que el padre le aconsejó. Al pasar por el pueblo, la gente que encontraron por el camino empezó a murmurar:

»Hay que ver, qué poca vergüenza.

»El hijo, que es más joven, va subido al burro y el padre andando. El hijo que oyó el comentario. Dijo:

»Papá sube tú al burro que la gente me critica.

»El padre, para acallar las murmuraciones, subió al burro. Entonces la gente con la que se cruzaban decía:

»Qué padre más desnaturalizado, él va subido en el burro y el pobre niño va a pie.

»El padre oyó las críticas y le dijo a su hijo:

»Hijo, sube tú también, pues la gente me critica.

»Con lo cual el niño subió también en el burro. Al ver a los dos subidos en el burro, la gente murmuraba:

»Pobre animal, qué poca conciencia, van a reventar al pobre burro con tanto peso.

»Por último el padre le dijo al hijo:

»Será mejor que bajemos los dos del burro porque la gente nos critica.

»Y así lo hicieron. Cuando la gente veía al padre y al hijo andando y el burro de vacío, comentaban:

»Mira que son tontos, ellos van a pie y el burro de vacío.

»Entonces el padre le dijo a su hijo:

»Hijo mío, se tú mismo, porque hagas lo que hagas nunca será del agrado de todos.

Y hasta aquí la historia que me contó mi padre. Espero que puedas sacar alguna lección de ella.

—¿Te das cuenta Rita —dijo Jaime— de que cuando alguien quiere criticarte lo va a hacer, hagas lo que hagas?

—Por lo tanto, se tú misma. La gente que nos quiere no nos juzga, nos acepta tal cómo somos, con nuestros defectos y nuestras cualidades. Y, si intentas agradar a todo el mundo, no lo conseguirás; lo único que lograrás será no gustarte a ti misma. Yo tengo un amigo que, en su afán de gustar, siempre dejaba hablar a los demás primero, para posicionarse con su interlocutor y, de esa manera, caerle bien. Como tenía amigos comunes que, evidentemente, no pensaban igual, lo único que logró fue quedar como un falso o un hipócrita. Me contó que una vez lo pasó realmente mal, cuando se vio desenmascarado por dos personas con las que había entablado amistad, y que tenían distintas ideas políticas. Por supuesto, él estaba de acuerdo con los dos, lo que no sabía es que, a pesar de tener diferentes ideas políticas, eran grandes amigos. Un día coincidieron los tres y fue muy embarazoso. Aquello le sirvió de lección. Se dio cuenta de que, a aquellos dos hombres, sus diferencias no les impedían ser amigos. Desde entonces se expresa libremente, sin miedo a dar su opinión, sin miedo de ser o no aceptado. Curiosamente, al ganar en autoestima y tener su propia personalidad, ahora tiene más amigos que antes, es más respetado y, por supuesto, más feliz.

—Claro papá. Mis amigas no tienen por qué ver siempre las cosas desde mi punto de vista, ni gustarles todo lo que yo haga, diga o lleve, pero si son mis amigas tienen que

respetarme y, la verdad, es que no tengo problemas con ninguna. Solo con Ann, que siempre se ríe de cómo voy vestida. A mí tampoco me gusta su estilo y no me río de ella.

—Rita, la diferencia que hay entre Ann y tú, es que tú eres educada y respetuosa, dos cosas fundamentales para cualquier relación. Por ejemplo, en casa no todos pensamos igual, ni nos gustan las mismas cosas, y no por eso dejamos de querernos. Olvídate de Ann y se tú misma, ¡y sobre todo no la imites! Tiene un gusto pésimo, es una marimacho y una mal educada. Creo que te tiene envidia —dijo Olivia.

—Sí, pero yo no pretendo dar envidia a nadie.

—Ya lo sé cariño, pero tú no puedes evitar ser más guapa y más carismática que ella, y eso es lo que no soporta. Dentro de todo, es digna de lástima porque lo debe pasar fatal. De todas formas, la envidia es un sentimiento bajo y peligroso, una persona envidiosa puede hacer mucho daño. Mejor que no te relaciones mucho con ella, puede meterte en algún lío.

Unos días después, fui al colegio a recoger a Rita. Jaime me llamó por teléfono para decirme que no iba a estar a tiempo para recogerla. Fui pronto para poder aparcar y me llevé un libro para leer mientras esperaba que saliera. Como de costumbre, había dos parejas de niños y niñas recogiendo los papeles, bolsas de plástico y otras cosas que suelen tirar en el patio a la hora del recreo. Si ellos lo ensucian, ellos tienen que limpiarlo.

Así que, cada día, un cuarto de hora antes de que acaben las clases, salen cuatro niños en parejas de dos, uno lleva un cubo y el otro unas pinzas, con lo que van recogiendo todo lo que han tirado. Esta buena costumbre tiene como objetivo primero, mentalizar a los niños a no tirar cosas en lugares públicos que compartimos con los demás, y, segundo, mantener las instalaciones y lugares de recreo limpios. De lejos vi dos niñas ocupadas en la tarea de limpieza, una llevaba un cubo y la otra, con unas pinzas largas, recogía bolsas de plástico y papeles que depositaba dentro del cubo. Me pareció que la niña de las pinzas era Rita y la otra Ann. Como estaba dentro del coche, y soy bastante miope, no las veía con claridad. Salí del vehículo y me acerqué a la valla para comprobar si se trataba de ellas. Tal como se iban acercando no había duda, eran ellas; por lo visto, habían solucionado sus diferencias. Rita no es una niña rencorosa. Cuando salió, le pregunté:

—¿Qué?, ¿ya has hecho las paces con Ann?

—No, si no nos peleamos, solo que a mí me molesta que se meta conmigo por cómo voy o dejo de ir. La maestra me ha puesto de pareja con ella para limpiar y no he querido negarme. Podía haber elegido compartir la limpieza con la otra pareja, pero he preferido no hacerlo. Una cosa es que no la tenga entre mis amigas, y otra es crear un rechazo que solo empeoraría la situación.

—Muy bien Rita, veo que has obrado de una forma inteligente.

Cuando llegamos a casa, Olivia y Étienne ya habían llegado. Por la tarde casi siempre vuelven a casa a pie; el instituto no queda muy lejos de casa y parte del camino lo hacen con otros compañeros. Estaban preparándose algo de merienda.



—A ver chicos, no comáis mucho ahora porque vamos a cenar pronto y os vais a quitar el hambre.

—Que más quisiéramos nosotros que quitarnos el hambre. No te preocupes mamá, que el hambre la llevamos siempre puesta.

Se sentaron a la mesa de la cocina y, después del tentempié, empezaron a hacer los deberes mientras yo preparaba la cena.

Después de cenar y recoger la cocina, Rita se ha ido a su habitación a ver alguna película de animación y, como siempre, se dormirá antes de que acabe. Jaime y Étienne se han ido al salón a ver el partido de fútbol; esta noche juega su equipo con el rival. Están excitadísimos porque hoy se juegan el paso a la final.

Olivia y yo nos hemos ido al estudio a ver *Vacaciones en Roma*. Una, antigua y deliciosa película en blanco y negro con la que Audrey Hepburn debutó en el cine, al lado de Gregory Peck, y que le valió un Oscar. La hemos visto infinidad de veces. A ambas nos gusta Audrey Hepburn y Gregory Peck, sobre todo a mí que soy una fan incondicional de Gregory Peck, y, cuando se daba este tándem, teníamos doble razón para verlas. He visto todas las películas de Gregory y, algunas, más de una vez. Como *Matar un ruiseñor* que es una verdadera obra de arte y que por su maravillosa interpretación de *Atticus*, le valió su único Oscar, a pesar de haber estado nominado para dicho premio en diferentes trabajos en las siguientes películas: *Las llaves del reino*, *El despertar*, *La barrera invisible* y *Almas en la hoguera*. Me parece injusto. Los premios no siempre los ganan los que más los merecen. Hitchcock nunca ganó un Oscar. Al final de su carrera se le otorgó uno en reconocimiento de la totalidad de su obra, cuando ya estaba tan viejo que apenas lo pudo disfrutar. De Gregory Peck, también cabe destacar la humanidad de *El hombre del traje gris*. Incluso cuando, a principios de su carrera, interpretó al joven alocado y sin escrúpulos de *Duelo al Sol*, y tantas otras, todas ellas maravillosas. Solo hubo una que no me gustó: *Los niños de Brasil*. Aún no entiendo cómo pudo aceptar el papel del Dr. Josef Mengele. Muchas veces me lo he preguntado, y solo encuentro una explicación. Quizás lo hizo para denunciar el horror de los acontecimientos, y concienciar a la gente de que esos monstruos han existido, para que tomen medidas y que no vuelva a ocurrir. A parte de gran actor y de ser un hombre muy guapo, estuvo comprometido en causas humanitarias. En el año mil novecientos sesenta y siete se le concedió el premio Jean Hersholt por su labor filantrópica.

Nos sentamos cómodamente y nos servimos una copa de jerez. A Olivia no le permitimos beber alcohol todavía, pero en ocasiones excepcionales, le dejamos tomar media copita de jerez o cava. Tiene dieciséis años ya es casi adulta, y muy responsable. De hecho, es más adulta que algunas de dieciocho.

Desde el estudio se oían los gritos de entusiasmo de Jaime y Étienne. Por lo visto su equipo iba ganando.

—Olivia, ¿por favor puedes cerrar la puerta del salón, y decirles a papá y a Étienne que bajen un poco sus gritos de entusiasmo, que no nos dejan oír la película?

—Claro mamá, y de paso me entero de cómo van. Si no fuera porque me gusta tanto la película, este partido no me lo perdía. Debe ser súper emocionante.

—Papá, ¿podéis bajar un poco la voz? No nos dejáis oír la película. A propósito, ¿cómo va el partido? Parece interesante.

Étienne dando saltos:

—¡Somos los mejores, les hemos metido dos golazos!

—¡Qué bien! Cuando hagan un descanso, volveré a ver cómo van; ahora cerrare la puerta para que no nos molestéis.

Al final, ganaron los nuestros por cuatro a dos. Jaime y Étienne estaban eufóricos con la victoria. Étienne se fue a dormir y Jaime, para celebrarlo, se sirvió un brandy y se quedó con nosotras hasta que acabó la película. Finalmente todos nos fuimos a dormir.

Al día siguiente salí a caminar antes de lo habitual, para disponer de más tiempo en caso de que Adrián quisiera explicarme su historia. Cuando llegué al parque, allí estaba él, fiel a su cita.

—Buenos días Adrián, ¿cómo está?

—Hola Luisa, estoy bien a pesar de no haber dormido nada esta noche.

—Pues, ¿qué ha ocurrido?

—He estado repasando mi larga vida, ya que ha decidido escucharla. No quisiera que se me olvidara nada, ningún detalle. Y no es tarea fácil recordar tantas cosas que ocurrieron hace tanto tiempo, y a tantas personas que pasaron a lo largo de toda mi vida, todas ellas tan importante, tan queridas, que no quiero que se me olvide mencionar a nadie.

Cuanto más hablaba con Adrián, más confusa estaba. Por un lado, hablaba como si fuera una persona viejísima, como si su existencia se remontara a cien años atrás. Por otro lado, tenía una conversación y unas expresiones tan actuales como su aspecto. Pero, no aparentaba más de cuarenta y cinco años. Estaba intrigadísima, así que le dije:

—Si está preparado, puede empezar cuando quiera.

—Bien, pero no se sorprenda. Para empezar le diré que a pesar de mi apariencia, tengo doscientos años.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se notara mi *shock*.

Y comenzó su historia:

»Nací el 7 de noviembre de 1813, en Falset, Tarragona, pueblo del Priorato y que debe su nombre a la Cartixa de Scala Dei. En una familia de agricultores. Mis padres, Montserrat y Pere, eran *payeses*, ambos de Falset, como sus padres y sus abuelos. Antes, la gente no se movía tanto como ahora, había generaciones enteras que nacían y morían en el mismo pueblo. Se conocían desde siempre, los padres de ambos eran amigos y vecinos se criaron juntos; a veces, creo que ya nacieron casados.

»Cuando mis padres se casaron, se quedaron a vivir en la *masía* que pertenecía a mi abuelo paterno, y que mi padre heredó del suyo. Yo era el tercero de cinco hermanos; los tres mayores éramos chicos y las dos pequeñas niñas. Mi hermano mayor, Joan, tenía catorce

años; le seguía Quimet de trece; yo tenía diez, Teresa ocho y Núria seis; y, junto al *avi* Joan, formábamos una familia de ocho miembros. Antes de morir, *l'avia* María compartía con mi madre las tareas de la casa, pero ahora todo el peso de la casa, que no era poco, recaía sobre mi madre.

»La *masía* no estaba muy lejos del pueblo, lo que nos permitía asistir al único colegio que había, y en el que solo había una maestra, por lo que todos los niños, aunque de diferentes edades, compartíamos clase. En aquellos tiempos, no había televisión ni ordenadores, ni tan siquiera luz eléctrica, tampoco teníamos de juguetes, si no eran algunos rústicos que hacíamos nosotros mismos, como los carros que hacíamos con cajas de zapatos vacías y carretes de hilo gastados; a las niñas, sus madres les hacían muñecas de trapo. Los niños jugaban en la calle. A mí y a mis hermanos ya no se nos consideraba niños. Cuando salíamos del colegio teníamos que ayudar a mi padre en las labores del campo y con los animales. De hecho, Joan, aquel año, ya no asistía a clase, y para Quimet era el último año. Ellos ya eran considerados adultos y necesarios para el trabajo. A mí aún me permitirían ir al colegio cuatro años más, pero esto no me eximía de ayudar. Incluso Teresa ya empezaba a hacer algunos pequeños trabajos, como echar de comer a las gallinas, recoger los huevos y llevarle a mamá algunas verduras y hortalizas del huerto; a veces, iba Núria con ella para ayudarle a llevar el cesto. Núria lo hacía gustosa; le gustaba ayudar, le hacía sentirse mayor y útil.

»A pesar de que pueda parecer una vida dura, los recuerdos de mi infancia son felices, con mis hermanos y amigos; de libertad, y en contacto con la naturaleza, rodeados de campos de labor, frondosos bosques y riachuelos en los que hacíamos nuestras correrías. Nos conocíamos aquellos bosques como la palma de la mano. Crecimos en un ambiente hogareño sano y cálido, con unos valores muy sólidos que nuestros padres nos inculcaron desde pequeños, como el amor a Dios y a la familia, el respeto a los animales y a la naturaleza; la amistad, la honradez, y el valor al trabajo bien hecho. Mi padre siempre nos decía que el trabajo bien hecho dignifica al ser humano, y que lo que se consigue sin esfuerzo no se valora; que en una unidad familiar o cualquier otro colectivo todos tienen que colaborar en la medida de sus posibilidades. Si todos tenemos unas labores asignadas y uno no las cumple, el peso de la carga repercute en los demás. Y eso, a la larga, crea conflictos. Así que desde un principio dejó muy claro que, para que la unidad familiar no se resintiera, cada uno tenía que cumplir las tareas asignadas. Si hacíamos nuestro trabajo con diligencia, sin holgazanear, disponíamos de suficiente tiempo libre para dedicarlo a nuestras aficiones, o compartirlo con los amigos.

»A Joan y a Quimet les gustaba mucho ir de caza, afición que compartían con algunos de nuestros amigos. Yo no compartía esta afición con ellos; en cambio, me sumaba al grupo cuando hacían alguna excursión.

»Uno de mis mayores aficiones ha sido siempre la lectura, así que cuando ellos organizaban una expedición de caza, yo me quedaba leyendo. En casa no teníamos muchos libros, en parte porque no había gran afición a la lectura, en parte porque tampoco se disponía de mucho tiempo. Mis hermanas eran aún pequeñas, y mis hermanos preferían gastar su tiempo libre en otros menesteres, como la caza o perseguir a las chicas de la zona. Mi padre,

en invierno, cuando anochecía antes y pasaba más tiempo dentro de casa, algunos días se permitía el lujo de leer un rato junto a la chimenea, degustando un vaso de vino tinto, ese vino denso, con cuerpo, característico de la zona del Priorat. Esto no ocurría con frecuencia, ya que aprovechaba esa época del año para reparar las máquinas de labor y hacer algunos arreglos en casa, arreglos que mamá iba acumulando a lo largo del año para que los hiciera en la estación invernal.

»Creo que mi afición a la lectura me venía por parte de mamá. En las noches de invierno cuando todos se iban a dormir, yo solía quedarme leyendo a la tenue luz del candil. Ella se quedaba también a leer, pero la pobre iba tan cansada, que en cuanto se sentaba cómodamente en su mecedora, al amor del la lumbre, se quedaba dormida y le caía el libro de las manos. Yo lo recogía, lo ponía encima de la mesa y la dejaba dormir plácidamente, hasta que me iba a la cama, momento en que la despertaba para que ella hiciera lo mismo.

»En casa, todas las tareas del hogar recaían sobre ella. Las niñas, aunque echaban una mano, eran demasiado pequeñas para según qué trabajos. Mamá tenía que ir al río a lavar la ropa, tanto en verano como en invierno. Teníamos una estufa barriguda a la que papá había hecho una especie de jaula de alambre, para secar la ropa, en los tediosos días de invierno en los que no paraba de llover; aparte de unas cuerdas de pared a pared, delante de la chimenea, dispuestas con el mismo fin. Otra de las tareas del hogar eran encender fuego con leña para hacer la comida, hacer la ropa para todos; entonces no había ropa confeccionada como ahora, también tenía que zurcir y remendar la ropa que se estropeaba por el uso, y planchar con una plancha de hierro, que calentaba en la chimenea o en la estufa. Recuerdo que tenía dos, y mientras usaba una, calentaba la otra; luego, las limpiaba con un trapo viejo antes de usarlas para no ensuciar la ropa con el tizne del fuego. En fin, su día a día era agotador. Deseaba que mis hermanas crecieran rápido y descargaran un poco a mamá.

»Siempre soñaba que, cuando fuera mayor, tendría de una gran biblioteca. Sería la habitación más importante de la casa, con una gran ventana al exterior, una chimenea grande y un cómodo sillón; una habitación en la que pasaría la mayor parte de mi tiempo libre. Pero hasta que eso llegara, tenía que conformarme con lo que había. Los libros de casa ya los había leído todos, incluso algunos hasta dos veces, cuando no tenía nada más a mano. Por fortuna, siempre encontraba a alguien que me prestaba alguno. La mayor fuente de préstamos, venían de la maestra. Ella disponía de una bien nutrida biblioteca. Conocía mi gran afición por la lectura y, algunas veces, me invitaba a su casa, donde compartíamos agradabilísimas tardes literarias, ya que, aparte de leer, nos gustaba comentar las obras y los autores que cada uno prefería. Me gustaba cualquier historia bien narrada, pero, no sé si era por mi edad, que mis preferidos eran los libros de aventuras futuristas. También me atraían los inventos de Leonardo Da Vinci, los aparatos que ideaba para que el hombre pudiera volar. ¡Quién sabe! Quizás en el futuro, todo esto será una realidad. Desde el momento en que una idea está en la mente de un ser humano, solo faltan los medios para llevarla a cabo. Pero llevaría muchos años que todo esto se hiciera realidad. Mi generación no vería todos esos cambios.

»¡Quién pudiera vivir para siempre y poder ver todas esas maravillas, todos los cambios que el mundo experimentará! Se podrá ir de un continente a otro en rápidas máquinas, en

cuestión de horas; se podrán hacer viajes espaciales, ver el fondo de los océanos. Todas estas ideas inflamaban mi imaginación juvenil. Mi maestra sabía que era muy cuidadoso con los libros, y siempre me dejaba llevarme algunos a casa. Aprovechaba cualquier momento que tenía para leer, pero solo tenía diez años y, como cualquier niño a esa edad, también disfrutaba mucho jugando con mis amigos. Así que cuando más tiempo dedicaba a la lectura era por la noche, cuando todos dormían y la casa permanecía en silencio; entonces me sumergía en la lectura y dejaba volar mi imaginación.

—Perdone, Luisa. Creo que estoy abusando de su amabilidad, usted tendrá cosas que hacer y, por hoy, ya le he robado demasiado tiempo.

—La verdad es que se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. Es una historia alucinante, estoy intrigadísima, y me quedaría hasta el final. Estoy deseando ver a dónde le lleva todo esto; pero, como veo que va a ser una larga historia, no me queda más remedio que dejarle ahora, y esperar a mañana para que me la siga contando.

—Gracias Luisa, por su atención. Hasta mañana.

—Hasta mañana Adrián.

## CAPÍTULO 5

Me pasé todo el día pensando en lo que me había contado Adrián. No sabía qué pensar, todo aquello me resultaba muy raro. Además, no parecía para nada una persona desequilibrada. No le iba a decir nada a mi familia, sino me iban a tomar el pelo diciéndome que soy una ingenua, que me lo creo todo, y que siempre atraigo a personas raras. Puede que tengan razón; me atraen las personas diferentes, son más interesantes. También es posible que sea una ingenua pero, por extraño que parezca, creo a Adrián. Algo tuvo que ocurrir, pero no acierto a pensar qué pudo ser; quizás tal como vaya avanzando la historia encuentre alguna explicación.

Me gustaría llamar a Asu. Ella siempre me entiende, tiene una mente abierta a todo. Claro, a todo lo que entre dentro de lo normal; pero esta vez iba a ser difícil. Se necesita algo más que tener una mente abierta para entender según qué cosas y, por muy amigas que fuéramos, no podía pretender que entendiera este rompecabezas.

Por suerte, aquella tarde los niños no parecían traer del colegio ningún problema que necesitara mi atención. No estaba en condiciones de ayudarles, estaba demasiado

confundida. Intenté que no se me notara nada, no quería estropearles un día que, al parecer, había transcurrido sin incidentes. A parte, Jaime venía eufórico. Solo salir del coche y sin esperar a entrar en casa, me saludó con una sonrisa de oreja a oreja, y con esa cara de satisfacción de haber conseguido algo importante.

—¡Hola, nena! ¡Buenas noticias!

—¡Hola, cariño! ¿Cuáles son esas buenas noticias?

—Hoy hemos cerrado el trato con aquel cliente de los terrenos para el supermercado. Además, es posible que también nos adjudique las obras. ¿Te imaginas? Esto sería un negocio redondo.

—Bueno, y ¿cuándo lo sabréis?

—Mañana nos dará el proyecto para que lo estudiemos. Yo creo que en una semana podemos tener el presupuesto y, cuando se lo presentemos, nos dará una respuesta rápida, pues quieren abrir lo antes posible.

—Me alegro muchísimo, espero que tengáis suerte.

—Oye, ¿te pasa algo? Parece como si no te hubiera hecho ilusión, estás como apagada.

—No es nada. He tenido un día muy duro y estoy algo cansada.

—Pues no hagas cena, ya tenemos una excusa para salir a cenar fuera y celebrarlo.

—Olivia, dile a los niños que se arreglen, que salimos fuera a cenar.

—¡Rita, Étienne, daos prisa y cambiaos de ropa que salimos fuera a cenar!

Étienne y Rita estaban eufóricos, salir fuera a cenar significaba romper las reglas.

—¡Qué bien, qué bien, nos encanta salir a cenar fuera! ¿Podremos pedir patatas fritas, pizza, helado y coca cola?

—Está bien, un día es un día. Siempre que salimos a comer fuera os dejo elegir; de vez en cuando va bien saltarse las reglas. ¿Os dais cuenta de que al no ser habitual, el día que os las saltáis os hace más ilusión?

La alegría que mostraban los niños era contagiosa, Jaime se sentía feliz. Es increíble cómo nuestro entorno puede afectarnos anímicamente. La alegría, como la tristeza, es contagiosa; basta con observar una feria, una boda o cualquier otra celebración; acudas con el ánimo que acudas, acabas contagiándote del ambiente festivo. Por el contrario, si asistes a un evento triste, como un accidente o un funeral, acabas llorando aunque las víctimas no sean un familiar.

La salida a cenar fue muy oportuna y obró en mí efectos terapéuticos. Acabé contagiándome de las bromas de Jaime y de las risas de los niños, y olvidando a Adrián.

—¿Papá, si os adjudican la obra, volveremos a salir a cenar?

—¡Pues claro! Y, si no, buscaremos cualquier excusa. Veo que a mamá le conviene salir de vez en cuando. Cuando hemos llegado a casa esta tarde, estaba mustia y, mírala, ahora está más alegre que unas castañuelas.

—Creo que las dos copas de cabernet sauvignon que me he tomado también tienen algo que ver.

Seguimos bromeando, a todos no apetecía seguir con el buen rollo y alargar la velada. Aún era relativamente temprano para volver a casa, hacía una temperatura muy agradable y había una espectacular puesta de sol. El sol estaba entre unas nubes y dejaba caer sus rayos dorados sobre el mar, formando unas manchas de luz sobre el agua y creando una maravillosa gama de matices dorados. Decidimos ir a dar un paseo por la playa. De paso, también nos iría bien hacer algo de ejercicio antes de acostarnos, ya que la cena fue más copiosa y densa de lo que estábamos acostumbrados.

La playa solitaria y el mar en calma, con el rumor de las olas y el vuelo de las gaviotas, invitaba a un relajante y romántico paseo. Paseamos durante una hora contemplando la puesta de sol, cogidos de la mano con los pies descalzos y el agua dándonos suaves masajes en las piernas. Mientras, Étienne y Rita hacían carreras y Olivia buscaba conchas con las que hacerse un colgante y una pulsera; también le gustaba poner diferentes tipos de conchas dentro de un tarro de cristal para decorar el baño. Estos paseos por la playa, que hago habitualmente, incluso en invierno tienen efectos terapéuticos evitándome resfriados y manteniendo mis pies suaves por la acción exfoliante de la arena. Hoy son especialmente gratos porque los comparto con Jaime y con los niños.

Ha sido una velada inolvidable, hemos vuelto a casa ligeros y relajados; y, los niños, algo cansados, al no estar acostumbrados a estas caminatas nocturnas, han caído dormidos como troncos. A Jaime le ha ocurrido lo mismo. Yo creo que cuando ha caído en la cama ya estaba dormido.

Qué suerte tienen. Yo si quiero dormir tengo que seguir un ritual. Así que me dirigí a la cocina, me preparé una infusión de hierbaluisa, melisa y albahaca, le añadí una cucharadita de miel de azahar, y subí al dormitorio. Aunque Jaime dormía profundamente y no creo que nada le hubiese despertado, me coloqué los auriculares, puse un CD, los *Conciertos de Brandenburgo* de Bach, coloqué mi luz de pinza en la portada del libro, y me sumergí en la lectura. Estaba intrigada por saber cómo acabaría la relación entre Penélope y el mayor Richard Lomax; creo que se han enamorado. ¿Qué pasará cuando Ambrose, el marido de Penélope, que está en el frente luchando contra los nazis, vuelva a casa? A los cuarenta minutos me entró sueño, apagué la luz y me dispuse a dormir.

Al día siguiente, en cuanto se fueron Jaime y los niños, recogí un poco la casa y me precipité a mi cita con Adrián. Estaba ansiosa por seguir los acontecimientos de su extraña historia.

—Buenos días, Adrián.

—Hola, Luisa.

—¿Cómo está hoy?, ¿ha dormido mejor?

—Mucho mejor; creo que explicarle mi historia me está sirviendo de terapia. Ahora entiendo por qué los psiquiatras funcionan, el que alguien te escuche y se interese por lo que le cuentas de por sí ya ayuda. Pero, además, cuando compartes con alguien lo que te aflige es como si te liberaras de una carga. Espero que esa carga que yo suelto no la cargue sobre sus espaldas. Los psiquiatras son profesionales que saben separar los problemas de

sus pacientes; es parte de su trabajo que dejan en su consulta, cuando regresan a casa. Pero usted, por lo que he podido observar, es una persona sensible, que siente empatía por sus semejantes, y no se hasta qué punto le puede afectar.

Me sorprendió que me hiciera este comentario; fue como si intuyera mi agitación interior. Creo que era un gran conocedor del ser humano.

—No se preocupe, es natural que esto me cause confusión. Tiene que admitir que es algo extraordinariamente raro. Deme tiempo para ir asimilándolo.

—Por supuesto, y si en algún momento quiere que lo dejemos, lo entenderé y le continuaré estando agradecido por el tiempo que me ha dedicado.

—Bien, estoy preparada.

Adrián siguió su relato:

»Era un magnífico día de mediados de agosto. Aún tenía las vacaciones de verano en la escuela y mis hermanos, y un grupo de amigos, decidieron hacer una excursión a la que me sumé. Nos gustaba recorrer los entornos de la zona en busca de masías en ruinas y cuevas solitarias, imaginando miles de historias sobre las gentes que habían habitado aquellos lugares. Quizás en aquellas cuevas se habían refugiado bandoleros, gente al margen de la ley y perseguida por la justicia, y escondieron allí el botín de sus atracos. Quién sabe, igual algún día podíamos encontrar un tesoro, algo que alguien hubiera escondido allí y que, por alguna razón, nunca pudo recogerlo.

»Había una de esa cuevas que atravesaba una montaña, un día quisimos atravesarla y encendimos unas antorchas; pero tuvimos que volver, porque cuando recorrimos un tramo las antorchas se apagaron por falta de oxígeno. Por lo visto, la salida a la otra parte de la montaña estaba obstruida y no había corriente de aire, como habíamos imaginado.

»Decidimos salir por la mañana y pasar todo el día fuera. Preparamos unos zurrónes de pastor con comida; no nos llevamos agua pues, aparte de ir cargados innecesariamente, se calentaba en el camino y había cantidad de arroyos de agua fresca y cristalina donde podíamos beber. Dijimos a nuestros padres que íbamos a estar todo el día fuera y partimos, Teresa quiso venir con nosotros.

»—¡Esperadme que voy con vosotros, ya he preparado mi zurrón!

»—¿Dónde vas mocosa, tú no puedes venir?

»—No soy ninguna mocosa, tengo ocho años y medio.

»—¡Ni que tuvieras doce! Eres un chica, y esto es cosa de hombres y no tenemos ganas de tener que cuidar de ti.

»—¡Y qué! Sois unos idiotas, no necesito que nadie cuide de mí, soy más valiente que vosotros.

»Entonces no lo entendía, pero ahora puedo entender la frustración de Teresa. Fue una gran mujer, avanzada a su tiempo; siempre creyó que mujeres y hombres merecían tener las mismas oportunidades y luchó por conseguirlo sin demasiado éxito; el modelo machista estaba demasiado arraigado en aquellos tiempos y aún colea, después de doscientos años.



»Llevábamos unas dos horas de camino. En el cielo, que estaba completamente despejado cuando salimos, empezaron a aparecer nubarrones negros.

»—No me gustan nada estas nubes —dijo Joan.

»—No seas cenizo —le contesté—. Son cuatro nubes que se irán disolviendo.

»—Conozco bien el cielo, sé que se avecina una tormenta, lo mejor será que busquemos algún sitio para refugiarnos si no queremos que nos pille.

»Joan tuvo razón; el tiempo empeoró, y en cuestión de minutos el cielo se oscureció y truenos y relámpagos lo inundaron todo; empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. Por suerte, conocíamos una cueva cerca de allí y corrimos a refugiarnos. Pensábamos que sería una de esas tormentas de verano en la que es más el ruido que las nueces y que pasaría enseguida, pero no fue así. El tiempo parecía empeorar por momentos y, cada vez, llovía más y más fuerte; y, como parecía que iba para rato, para matar el tiempo empezamos a explicar chistes e historias. De repente uno del grupo, no recuerdo su nombre, pues ha pasado tanto tiempo que me es difícil recordar los nombres de todas las personas que he conocido, dijo:

»—¿Oye, qué os parece si hacemos una sesión de espiritismo?

»—Ah, ¿pero quién sabe hacerla? —dijeron.

»Yo nunca había asistido a ninguna, y no me hacía mucha gracia, podía ser peligroso.

»—Yo sé —dijo el que lo había propuesto.

»—Mi abuela y mi madre son expertas, suelen hacerlas con frecuencia; a veces, vienen algunas mujeres que quieren ponerse en contacto con familiares que han muerto y yo siempre asisto a esas sesiones. Sé cómo se hacen.

»Algunos dijeron que sí, otros que no pues les daba miedo invocar a los espíritus de los muertos.

»—No tenemos por qué invocar a los espíritus de nuestros muertos; además, que yo sepa ninguno de nosotros tenemos ningún muerto conocido. Las personas más viejas de nuestras casas son nuestros abuelos y, que yo sepa, todavía no han muerto.

»—El mío sí —dijo uno del grupo—, y me daría mucho miedo si se me apareciera.

»—¿Y cómo lo ibas a reconocer? —le dijo Quimet—. Si tú no habías nacido cuando murió.

»—Va, no seáis miedicas. Seguro que si estuviera aquí Teresa no tendría miedo —dijo el que había propuesto la sesión de espiritismo.

»Eso les hirió en lo más profundo de su virilidad, y, en aquel momento, nadie del grupo tuvo miedo. Al fin y al cabo, todos eran hombres. Además, el que dirigía la sesión nos dijo que no se trataba de invocar al espíritu de ningún antepasado, sino a un espíritu al que le pediríamos un deseo. Si nos lo concedía, no podía ser malo, puesto que lo habíamos elegido nosotros; y, en el peor de los casos, si no nos lo concedía, tampoco perdíamos nada.

»Nos dijo que teníamos que sentarnos en círculo, cogernos de las manos y apagar la luz, lo cual no fue necesario ya que dentro de la cueva no había ninguna luz que

pudiéramos apagar, y la luz que entraba era la de los relámpagos y, esa, no se podía apagar.

»—Ahora voy a invocar al espíritu. Cuando sienta su presencia pediré mi deseo; se puede pedir en voz alta si se quiere, pero no es necesario, con solo pensarlo es suficiente. Eso sí, tiene que ser de uno en uno, si los pidierais todos a la vez, el espíritu podría confundirse y cambiar los deseos de algunos. Yo pediré el mío en voz alta, después lo pedirá el que tengo a mi derecha; si este lo pidiera mentalmente, al acabar apretaría la mano del que está a su lado para que él pida el suyo; y así, sucesivamente, hasta completar el círculo.

»Un gran silencio se apoderó de la cueva. El ruido de los truenos y la luz de los relámpagos irrumpían cada vez con más intensidad en el interior, dándole al ambiente un aire fantasmagórico. Todos teníamos miedo, aunque ninguno lo admitiera. De repente, una voz que nos pareció de ultratumba rompió el silencio. La voz era del que dirigía la sesión que, a causa, del miedo nos pareció que venía del más allá.

»—Espíritu desconocido, yo, con los poderes que me han sido otorgados, convoco tu presencia para que atiendas las peticiones de los aquí reunidos.

»Permanecimos en total silencio durante unos minutos, que nos parecieron horas. Hasta que el primero pidió su deseo en voz alta, y siguieron los demás, unos en silencio y otros en voz alta. Yo estaba tan concentrado en mi deseo que no sé lo que pidieron los otros. solo sé que, cuando me llegó el turno, pedí mentalmente vivir para siempre. No lo hice en voz alta por dos razones, primera, temía que al oír mi deseo se rieran de mí; segunda, y esta era la más importante, creía, y ahora más que nunca, en el poder de los pensamientos. Los pensamientos son muy poderosos; por esta razón tenemos que ser muy cuidadosos con nuestros pensamientos.

»La tormenta lentamente fue perdiendo intensidad. Permanecimos en la cueva hasta que cesó totalmente y, como suele ocurrir después de las tormentas de verano, apareció un sol radiante. El bosque desprendía un agradable olor a tierra mojada, a romero, a tomillo, a hinojo... al mojarse, el olor de las plantas se intensifica. Las hojas de los árboles mojadas brillaban intensamente, bajo los rayos del sol, en un cielo sin una sola nube. Es increíble cómo permanecen los recuerdos y olores de la infancia; cada vez que paseo por un bosque después de la lluvia, esos olores me transportan a mi niñez.

»A pesar de la tormenta y del miedo que algunos experimentamos en la cueva, pasamos un buen día, sobre todo, rico en emociones. Yo nunca había asistido a una sesión de espiritismo. Decidimos mantenerlo en secreto para que nuestros padres no nos riñeran, sobre todo, al que dirigió la sesión. Su madre le tenía prohibido hacer esas cosas. Según ella, con el espiritismo no se podía jugar, siempre tenía que ser guiado por una persona experimentada pues, de otro modo, podía resultar peligroso.

»Con la lluvia, habían salido muchos caracoles; a mi padre le gustaban mucho, sobre todo los *avell*, así que en el camino de regreso a casa recogí una buena cantidad de ellos, y también recogí hinojo y tomillo para mi madre, y unas moras para Teresa y Nuria.

Quería compensar de algún modo a Teresa, y esperaba que ya se le hubiera pasado el disgusto...

—Bueno, esto se pone interesante. Es una lástima que tenga que irme, pero hoy tengo infinidad de cosas por hacer; entre ellas, he de ir a pedir una cita con la dentista para Rita. Los dientes superiores los tiene un poco tirados hacia delante, y creo que es la consecuencia de chuparse el pulgar. Cuando era pequeña no quería el chupete y se chupaba el dedo; pensé que con el tiempo perdería el hábito pero no ha sido así. Por la noche aún se lo sigue chupando. En el colegio no lo hace por miedo a que se rían de ella, pero en casa, cuando cree que nadie la ve, lo sigue haciendo. Quiero que la dentista la vea y nos diga si es conveniente ponerle un corrector, para que no vaya a más; y, quizás, esto le dificulte seguir chupándose.

—Bien Luisa, seguiremos mañana. Si dispone de tiempo; por mi parte, tengo todo el mundo.

—Adiós Adrián, hasta mañana.

—Hasta mañana Luisa, que Dios la acompañe.

En el camino de regreso a casa, iba dándole vueltas a lo que Adrián me había contado sobre la sesión de espiritismo en la cueva del bosque, y las circunstancias que la rodearon. ¿Tendría algo que ver con el deseo que formuló? Si fuera así, tendría una explicación; el que yo no crea en estas cosas no quiere decir que no ocurran fenómenos paranormales. Hay tantas cosas que desconocemos...

Cuando llegué a casa, me di una ducha rápida y sin gel, solo para refrescarme un poco, pues ya empezaba a hacer calor. Me había duchado por la mañana al levantarme y no acostumbro a usar jabón más de una vez al día, pues el exceso de jabón o gel reseca la piel y quita la capa ácida protectora, ocasionando problemas dermatológicos. Cada día es más frecuente la dermatitis en los niños y adultos, por exceso de higiene. Todos los excesos son perjudiciales. Mantengamos el equilibrio y el pH de nuestra piel. Me vestí y salí. Tenía varias cosas que hacer, como ir al supermercado, a la dentista, y quería pasarme por la tienda para hablar con Asu. El súper lo dejaría para lo último, como siempre. Decidí ir primero a la clínica dental, que era lo más urgente, para pedir hora; era prioritario solucionar el problema de Rita. Tuve suerte y encontré un aparcamiento cerca.

Cuando entré en el consultorio, Kate estaba atendiendo una llamada telefónica.

—Un momento Luisa, acabo en seguida.

Le hice una señal de asentimiento y me senté a esperar, mientras ojeaba una revista. Tardó un poco en atenderme, pues la persona que tenía al otro extremo del teléfono no paraba de hacerle preguntas. Ella me iba haciendo algunos gestos, como diciendo a ver cuándo acaba. Finalmente, pudo desembarazarse de ella y colgó el auricular.

—Perdona que te haya hecho esperar, llevo una mañana con el teléfono que no para; además, hay personas que te tienen media hora colgada y, por más que les explicas, no se enteran. ¿Tenías visita para hoy?

—No. Hoy no es para mí, se trata de Rita. Necesitaría que me dieras una visita lo antes posible, a poder ser por la tarde, para que no pierda un día de colegio.

—Por la mañana tengo más horas disponibles; las horas de las tardes siempre son las más demandadas, tanto por los adultos, para no perder un día de trabajo, como por los niños, para no perder colegio. Esta semana las tardes están todas ocupadas. A ver, déjame ver cómo está la agenda para la próxima semana. ¿Qué tal te iría el jueves a las cuatro?

—Bien, así la traigo al recogerla del colegio. No es urgente, pero quiero solucionar lo de Rita cuanto antes.

—Entonces te reservo el jueves a las cuatro.

—Gracias Kate, hasta el jueves.

—Adiós, Luisa.

Eran las 13:30, cuando aparecí por la tienda de Asu. A esta hora casi siempre está ella porque Georgia sale a comer. Pude aparcar delante mismo del establecimiento; desde dentro del coche, pude verla atendiendo a una cliente, mostrándole las novedades de la nueva temporada. En la acera frente a la puerta, y colgadas de un perchero, había infinidad de prendas de la temporada pasada rebajadas a mitad de precio. Me paré a echarles un vistazo, a ver si había algo que me gustara, pues valía la pena aprovechar que estaban muy rebajadas; además, no soy de las que siguen la última moda, me pongo lo que me gusta y me favorece, sea o no actual. Y así le daba tiempo a que acabase de atender a la señora que había dentro. Ella ni se dio cuenta de que yo estaba fuera y, cuando salió la cliente y entré, se sorprendió al verme.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí?

—Quería verte, y he pensado que a esta hora te encontraría sustituyendo a Georgia.

—Si no tienes prisa, puedes esperar que ella vuelva y vamos a tomar pizza.

—Vale. No tengo de mucho tiempo, pero igualmente tengo que parar para comer algo.

En aquel momento entraron dos clientas. Por la edad, parecían madre e hija. Asu se puso a atenderlas y, antes de que acabara, vino Georgia.

—Ya sigo yo Asu, pero recuerda que hoy no podré cerrar yo. Me tengo que ir a las cuatro y media para arreglar un problema burocrático en el ayuntamiento.

—No te preocupes, ya lo tengo en cuenta. Vamos a comer algo y, después de recoger a Lucas, vendré a sustituirte. A las cuatro estaré aquí.

—Adiós, Georgia.

—Adiós, Luisa.

Me dirigí hacia el coche.

—No, no lo muevas. Podemos tomar la pizza aquí al lado, ¿te gustan verdad?

—Sí, a mí me gusta todo. Ese es el problema, que siempre tengo hambre.

—Aquí las hacen buenísimas y sirven muy rápido. Algunos días cuando hay mucho trabajo, me quedo a comer aquí, me sale más a cuenta que ir a casa y prepararme algo.

Bueno, supongo que debes tener algo que contarme. ¿Has hablado finalmente con el hombre del parque?

—Sí. De eso se trata, pero no se qué vas a pensar, es una historia surrealista. Parece salida de una mente desequilibrada, o de una imaginación desbordante. Pero yo no creo que sea un demente y tampoco que sea producto de una gran imaginación. Si todo fuera inventado, ¿qué sentido tendría esa profunda tristeza que se refleja en su rostro? Además, fíjate qué casualidad, que resulta que es catalán como nosotros. El mundo es un pañuelo.

—No me digas, ¿y qué le a traído por aquí?

—Pues no sé, espero descubrirlo con el paso de los días. Pero cuando sepas de qué va, vas a pensar que la desequilibrada soy yo por escucharle.

—Para que pueda emitir un juicio, tendrás que explicarme de qué va.

Entonces le conté a Asu hasta donde yo sabía. Para mí contaba mucho su opinión, nunca hacía juicios prematuros.

—No sé, realmente es difícil. No sé qué pensar. Hay tantas cosa que desconocemos, y el hecho de desconocerlas no quiere decir que no existan. En estos temas hay que ser muy prudentes. De todas formas, ¿qué pierdes con escucharle? Esto no representa ningún peligro para ti. Sería distinto si intentara convencerte de algo. En ese caso, podrías pensar que pertenece a alguna secta y quiere ganarte para la causa.

—No, no para nada. Él solo me narra su historia. Es más, está muy agradecido de que le escuche, y siempre me dice que si algún día me canso de escucharle, podemos dejarlo. Soy yo la que quiero seguir, quiero ver a dónde nos lleva todo esto. Además, su conversación es agradable y amena, es muy educado y respetuoso. Desde que empezamos a hablar se ha producido un cambio positivo en él. No creo estar obrando mal. El mundo está tan deshumanizado que si podemos ayudar a alguien dedicándole un poco de nuestro tiempo, debemos hacerlo. La gente hoy día habla y alardea mucho del amor hacia nuestros semejantes, yo creo que demasiado. Dime de lo que presume una sociedad, y te diré de lo que carece. En vez de alardear tanto, deberíamos ser generosos con nuestra empatía para con los demás.

—Estoy de acuerdo, tú no eres de las que hablan, sino de las que actúan. Creo realmente que tendrías que acabar tus estudios de psicología, serías una buena psicóloga y podrías ayudar a mucha gente.

—Me lo estoy planteando, pero ahora no es el momento. En casa aún me necesitan, pero dentro de unos años igual me animo. Tanto Jaime como los niños me animan a hacerlo, así que no lo descarto.

Tomamos una pizza y un café; por cierto, la pizza estaba buenísima. Ahora entiendo a mis hijos cuando me piden este tipo de comida, aunque delante de ellos no lo voy a reconocer. ¡Solo faltaba que les diera la razón!

Como siempre que nos juntábamos, el tiempo se nos pasaba volando. Nos despedimos, no sin antes prometerle a Asu que la mantendría al corriente de mis conversaciones con Adrián.

Todavía tenía que ir al súper y quería regresar pronto a casa, para dedicarle un rato al jardín. Los trabajos de jardinería, aparte de ser muy gratificantes por los resultados que obtienes al ver la evolución de cualquier planta, y que te devuelven generosamente con flores o frutos, el tiempo que les dedicas, te ofrece la oportunidad de mantenerte en forma, ya que ejercitas todos los músculos del cuerpo y quemas calorías. Cuando llegué a casa, Pepe parecía estar esperándome para compartir un rato conmigo. Últimamente no le dedicaba mucho tiempo y parecía echarlo de menos. Empezó a maullar al lado de la puerta trasera del jardín.

—Déjame sacar la compra y colocarla en el frigorífico, y dame tiempo a cambiarme de ropa. En cuanto acabe, salimos.

No paró de maullar y restregarse contra la puerta. Una vez fuera, pronto se olvidó de mí y se fue a perseguir a las lagartijas.

Al día siguiente un fuerte aguacero me impidió salir, pensé “¿qué hará hoy Adrián?”, con este día no acudirá al parque y, quién sabe, puede pasarse varios días lloviendo. Es lo que tiene la primavera. El próximo día que nos veamos, tendríamos que quedar en vernos en alguna granja o cafetería, en caso de lluvia, para poder seguir con el hilo de la historia. En ese caso, tendría que poner al corriente a mi familia. En estas ciudades pequeñas, donde más o menos todo el mundo se conoce, no tardarían en decírselo a Jaime y, Dios sabe con qué intención. Mi temor no era que no confiara en mí, sé que lo entendería. Nadie que tiene un rollo se expone públicamente en un lugar donde todos te conocen. El problema es que tendría que explicarle la historia, y esto sí que no lo iba a entender. Me haría todo tipo de recomendaciones, “Ten cuidado”, “Eres una ingenua”, “Confías en todo el mundo”, “De qué le conoces”, “Hay mucha gente rara...”

## CAPÍTULO 6

Estuvo lloviendo dos días. Cuando volví al parque hablamos del problema que podríamos tener si resultaba ser una primavera lluviosa, pues esto retrasaría la narración de su historia. Le dije también que si nos citábamos en cualquier lugar daríamos que hablar a la gente, y la imposibilidad de explicárselo a mi marido. Entonces él tuvo una brillante idea. Me dijo que los días que lloviera, o incluso los fines de semana que yo los

dedicaba a mi familia y no salía a caminar, él iría escribiendo la historia cronológicamente y me la entregaría, para que yo la leyera en casa; de esa forma, él también llenaría tantas horas de vacío. Me pareció una estupenda idea.

«Después de aquel día, no volvimos a hacer ninguna sesión de espiritismo. El tiempo transcurría lentamente, como suele ocurrir en la infancia, con el colegio, las tareas que nuestro padre nos tenía asignadas, los amigos y mis libros. Con el tiempo mi lectura se diversificó y, aunque me seguían gustando los libros futuristas, ya no era con la intensidad de la infancia. Yo estaba madurando, y mis gustos también.

»Aquel era el primer año que ya no asistía al colegio. Ya tenía catorce años y estaba considerado un adulto. Papá se iba haciendo mayor y cada vez nuestro trabajo en la *masía* se hacía más necesario. Durante la semana, no teníamos demasiado tiempo para ir al pueblo detrás de las chicas, pero los domingos y los días festivos era nuestro deporte favorito. Ahora yo también formaba parte del grupo de conquistadores.

»Teresa, que ya tenía doce años, tenía una amiga, Mercè, que tenía un año más que ella y, como aún iban a la escuela, cada día se juntaban para hacer los deberes; a veces, en nuestra casa y, otras veces, en la suya. Mercè era preciosa; tenía el pelo rubio, aunque con el tiempo se fue volviendo castaño claro, largo y rizado, en forma de tirabuzones; los ojos almendrados de un color indefinido, entre verdes y marrones que le daban una gran profundidad a su mirada felina, al igual que sus movimientos, lo que la hacía tan diferente a las demás. Yo estaba encantado cuando venía a casa para hacer los deberes con Teresa. Me sentaba a leer junto a ellas en la mesa, con la excusa de ayudarlas si tenían alguna duda. Se suponía que yo, al haber acabado mi ciclo educativo sabía más que ellas, y esto me hacía sentirme mayor e importante. La verdad es que lo de leer también resultó una excusa. No podía concentrarme en la lectura. Cuando estaba cerca de Mercè, no podía parar de mirarla. Era tan guapa. Luego venía su hermano a recogerla y, entonces, a esperar al día siguiente a ver si volvía a venir a casa, o Teresa se quedaba en la suya. En ese caso, yo iría a buscar a Teresa a su casa, pero no era lo mismo porque solo la veía unos minutos cuando ella salía a la puerta a despedir a mi hermana.

» Mercè era hija de Carmeta y Jordi, los dueños de la tienda de ultramarinos del pueblo, situada en la Plaza de la Cuartera, y en la que se vendía de todo, desde grano para los animales, cereales, aceite, jabón, mechas para el candil, abarcas, tabaco, hasta tela a metros para hacer los pantalones, las camisas y los calzoncillos de los hombres, y batas y ropa interior para las mujeres, de todo. De vez en cuando, traían ropa de suave seda y vistosos colores, para hacer los vestidos de fiesta de las mujeres y las niñas que, además, lucían los domingos en la misa de las doce, en la iglesia de Santa María. Las mujeres lucían sus mantillas de encaje negras; las de las niñas eran de encaje blancas. Yo iba a misa con mi madre y mis hermanas aunque, más que cuestión de fe, era por ver a Mercè que también asistía con su madre. Estaba preciosa, con sus tirabuzones dorados y su mantilla blanca. Parecía un ángel. Dejé de ir a misa a causa de las burlas de mis hermanos.

»—Siempre vas con mamá y las niñas a misa, te comportas como una mujer. ¿No crees que ya eres suficiente mayor para tener aficiones de hombre?

» Mercè había cumplido ya los catorce años y había dejado de asistir al colegio, por lo que no venía tanto por casa. Ahora ayudaba a su madre en la tienda y, como yo no iba a misa, la veía poco. Entonces ideé una estrategia para poder verla, siempre me ofrecía voluntario para ir al pueblo a comprar. Yo siempre intentaba que me despachara ella. Si su madre acababa antes con una clienta y me tocaba el turno, le decía a la señora que iba después de mí:

»—Pase señora que espero que acabe Mercè porque tengo que darle un recado de mi hermana.

»—¿Por qué no viene Teresa contigo algún día? Hace tanto que no la veo...

»—Sí, Teresa también te echa de menos, pero como todavía va a la escuela y luego tiene que ayudar a mamá, está muy liada. Me ha dicho que por qué no vas tú por casa el día que no tengas que estar en la tienda. Un domingo por ejemplo.

»—Lo intentaré. Los domingos después de misa tengo que ayudar a mamá, pero intentaré ir sacando las tareas que me tiene asignadas entre semana, para poder tener algún domingo por la mañana libre. Sino tendremos que seguir viéndonos los domingos por la tarde en el paseo. Y ahora dime, qué te pongo.

»Empezaba a pedirle lo que necesitaba. Me gustaba ver cómo pesaba las legumbres, el arroz, el azúcar, etc. en gruesas bolsas de papel marrón, o envolvía las pastillas de jabón, las mechas para el candil o el tabaco en papel de viejos periódicos. Después, en un trozo de papel y con un lápiz que llevaba colgado al cuello, pendiente de una cuerda, iba anotando el precio de los productos que luego sumaba dos veces, para cerciorarse de no haberse equivocado. Sus movimientos eran felinos, todo en ella era armonía, no me cansaba de mirarla.

»Expresamente siempre olvidaba algo de lo que mi madre me encargaba, para poder volver al día siguiente. En vista de mis constantes olvidos, mi madre me obligó a hacer una lista.

»—Adrián, necesito que vayas al pueblo a comprar unas cosas que olvidaste ayer y, de paso, comprarás lo que necesitaré mañana para que no tengas que volver. Así que coge lápiz y papel y anota lo que te diga, para que no se te olvide nada.

»En adelante tendría que ingeniármelas para poder verla, pues gracias a la brillante idea de mi madre de confeccionar la lista, ya no se me olvidaba nada y mis visitas a la tienda eran menos frecuentes. No fue necesario que me las ingeniara para verla. Pronto me di cuenta de que yo no le era indiferente, ya que al espaciar mis visitas a la tienda, ella empezó a venir más por casa, para ver a Teresa con cualquier excusa y, a veces, acompañaba a alguno de sus hermanos, Pep, Sisco o Miquel, que formaban parte de nuestro grupo.

»Más tarde se fueron sumando las chicas, Teresa, Nuria, Mercè y otras más de las que no recuerdo sus nombres. Eran amigas de mis hermanas y hermanas de nuestros amigos. Éramos jóvenes y alegres, a pesar de que el trabajo era duro y no poseíamos grandes cosas. Éramos felices.



»En verano, organizábamos meriendas en el campo, íbamos a las verbenas y ferias que se hacían en los pueblecitos y aldeas del entorno... En invierno, nuestras actividades eran a cubierto. Los padres de Mercè tenían un local que utilizaban como almacén. Nos lo dejaban, con la condición de que una vez acabáramos, lo dejáramos todo limpio y como lo habíamos encontrado. En él celebrábamos fiestas de cumpleaños, bailes de disfrace, etc. El día antes de cualquier fiesta, los chicos apilábamos las mercancías a un lado para dejar espacio suficiente, y colocábamos banderitas de papel de vistosos colores. Las chicas hacían el correspondiente pastel de cumpleaños, cada uno llevaba un regalo; la mayor parte de las veces, hecho por nosotros mismos. Evidentemente no teníamos discos, ni tocadiscos, ni luz eléctrica. Pero disponíamos de una guitarra, una armónica y una flauta que algunos tocaban con gran destreza, y con lo que formábamos nuestra propia orquesta. Algunas de las chicas, entre ellas Núria, poseían una bonita voz con la que amenizaban la velada.

»Para carnaval, el pueblo organizaba sus festejos, a los que todos acudíamos disfrazados. Nos cuidábamos mucho de dar pistas sobre nuestro disfraz, pues era muy divertido adivinar quién se escondía detrás de cada uno. Era un verdadero derroche de imaginación. Cada año se concedían premios a los tres mejores disfraces. Las chicas se confeccionaban sus propios disfraces, y algunas lucían preciosos vestidos de época; otras, de princesas árabes y alguna india; las que no disponían de dinero para comprar las telas o no tenían destreza para hacerse los vestidos, con ropas usadas de sus padres o hermanos, se disfrazaban de chicos, vaqueros, deshollinadores, carteros... lo cual resultaba barato y muy original. El miércoles de ceniza hacíamos una excursión para enterrar la sardina y, a veces, la llevábamos colgada de una caña vestida con una faldita. Recuerdo que un año uno de los chicos hizo con una caja de cartón un pequeño ataúd para el entierro de la sardina.

»Con el paso del tiempo, fuimos formando parejas. Como era de esperar, Mercè y yo nos hicimos novios con la aceptación de ambas familias. Actualmente eso no parece tener importancia pero, en aquella época y en comunidades pequeñas donde todos se conocían, era muy importante. Si tenías la desgracia de enamorarte de una chica o un chico de familias enfrentadas, o no fueras aceptado por ser de diferente clase social, o porque tus padres tuvieran planes para ti de una boda de intereses, la vida de los enamorados podía convertirse en un infierno.

»Afortunadamente no fue nuestro caso, ni el de mis hermanos que también tenían novia. El primero en casarse fue Quimet. La boda se celebró en la *masía*. Acudió mucha gente entre familiares y amigos de ambas familias. A pesar de que la casa era grande, se pensó que podíamos sentirnos algo apretados en el interior. Era el mes de junio y el tiempo era espléndido, con lo que se decidió hacer la fiesta al aire libre. Todos colaboramos para que la boda fuera un éxito. Se sacrificaron una ternera, pollos, pavos, palomos. Las madres de los respectivos novios hicieron gala de sus dotes culinarias, elaboraron empanadas, pasteles y toda clase de dulces; se sirvió toda clase de frutas de la temporada, todo ello regado, generosamente, con los exquisitos vinos de la zona del Priorat. Las amigas de la novia se ocuparon de la decoración floral y de las mesas, y hasta se contrató un par de músicos para amenizar el baile.

»Laia estaba preciosa, con un favorecedor vestido de lino estilo campestre, confeccionado artesanalmente por sus amigas y con encaje de bolillos, que su madre llevaba años haciendo para la ocasión. Sus largos y oscuros cabellos iban tocados con una preciosa corona de flores naturales, bellamente entrelazadas con verdes y pequeñas hojas de vid. Como ramo, llevaba dos lirios con varias hojas de la misma planta. Los dos lirios representaban simbólicamente a los novios, y las hojas a su posible descendencia. Fue una bonita boda, en la que todo el mundo se lo pasó muy bien; se comió, se bebió, se bailó y hasta se cantó. Núria, con su bonita voz, nos deleitó con algunas canciones. Hubo también un recuerdo para los que no estaban. El *avi* Joan se emocionó al recordar a *l'avia* María.

»—Parece que fue ayer cuando *l'avia* María y yo nos casamos. Ella tenía dieciocho años y yo veinte. Cómo ha volado el tiempo, éramos tan jóvenes y ella estaba tan guapa.

»Y le resbalaron dos gruesas lágrimas por sus arrugadas mejillas.

»La nueva pareja se quedó a vivir en la *masía*. En aquella época, sobre todo en el medio rural, cuando los hijos se casaban solían quedarse en casas de los padres. Era una buena solución para todos, para los jóvenes que normalmente no disponían de medios económicos para formar su propio hogar, y para los padres. El hijo permanecía en el negocio familiar y, con el nuevo miembro que se incorporaba, había una ayuda extra. Podíamos convivir varias unidades familiares y dos o tres generaciones juntas. Y aunque, a veces, había sus más y sus menos, la sangre no llegaba al río; se trataba de pequeños roces inevitables en cualquier convivencia.

»La llegada de Laia a casa fue una gran ayuda para mamá, que ya se estaba haciendo mayor. Ahora, con la ayuda de Laia, de Teresa y de Núria, que ya eran mayores, mamá disponía de más tiempo, que dedicaba a hacer labores manuales. Siempre le había gustado bordar, tejer, y cosas por el estilo, cosas a las que no se había podido dedicar por falta de tiempo. Ahora mamá pasaba varias horas al día bordando sábanas y mantelerías a punto de cruz, tejiendo colchas de ganchillo y haciendo encaje de bolillos, para el ajuar de Teresa y Núria porque ya estaban en edad casadera. Al estar más descansada ya no se dormía por las noches, cuando todos se iban a dormir y nos quedábamos a leer al calor de la lumbre. La llegada de Laia a nuestro hogar fue una bendición, era muy trabajadora, y se llevaba muy bien con mis hermanas y, entre las tres, no dejaban hacer casi nada a mamá. No sé si fue para que no se sintiera excluida de todas las labores hogareñas, o porque era una excelente cocinera y hacía unos pasteles exquisitos, que dejaron a mamá a cargo de la cocina, en la que reinaba con autoridad.

»Cuando Laia se quedó embarazada, mamá pasó de bordar sábanas y manteles a dedicarse a tejer jerséis, chales y pantuflos para el bebé.

»El segundo en contraer matrimonio fue Joan que, como heredero, a la muerte de papá sería él el titular de la *masía*. Roser, la novia de Joan, y Laia eran hermanas. Es curioso, no sé si fue por ser el primer acontecimiento importante que hubo en casa al entrar en mi

vida adulta, o porque la memoria, a veces, es selectiva que no recuerdo la boda de Joan tan vívidamente como la de Quimet. Lo que sí recuerdo es que Joan y Roser pasaron a engrosar la familia de la *masía* y, con el paso de los años, aquello se llenó de niños, de risas y alboroto, renovando la casa de savia nueva y de aire fresco. Quimet tuvo dos niños, Pere, y Pol, y una niña, Montse; años más tarde tuvieron otra niña, María, pero esta no llegaría a la edad adulta. Murió siendo aún pequeña. Joan tuvo tres niñas, María, Joana, Julia, y un niño, Oriol.

»La siguiente boda fue la mía con Mercè. Después de tantos años por fin íbamos a cumplir nuestro sueño de estar juntos; no de casarnos, ya que nosotros siempre nos sentimos casados. De hecho, hacía años, cuando éramos adolescentes, nos juramos amor eterno en el bosque, con Dios como testigo. Para nosotros aquella unión era la verdaderamente válida. La que íbamos a celebrar ahora era más para dar a nuestra relación una situación legal. A parte de la lógica ilusión que le hacía a Mercè los preparativos de la boda, en los que participaban sus amigas.

»El vestido, las flores, la fiesta, supongo que para todas las mujeres es un día muy importante en el que son las protagonistas absolutas. Al ser la única chica de la familia (el resto de sus hermanos eran varones) era de gran ayuda para sus padres, tanto en la tienda como en las labores del hogar. Poseían una gran casa con dos plantas y un gran local, dividido en dos. La parte que daba a la calle principal estaba dedicada a la tienda y, la parte trasera que daba a un estrecho callejón, la utilizaban de almacén, donde habíamos celebrado nuestras fiestas de juventud. Cuando empezamos a hablar de boda, ella me preguntó si me importaría que nos quedáramos a vivir en casa de sus padres. En la *masía* ya vivían tres familias y, aunque quedaba espacio para una más, mi madre ya disponía de ayuda suficiente; en cambio, la suya se quedaría sola con cuatro hombres a su cargo y los abuelos Pep y Pepeta, que ya eran muy viejecitos.

»Ellos ocuparían la planta baja y nos dejarían la planta de arriba a nosotros. Yo podía seguir trabajando con mi padre y mis hermanos, o pasar a trabajar en el negocio familiar de la que iba a ser mi nueva familia. Ninguna de las dos ideas me seducía, deseaba establecerme por mi cuenta. Además, en la *masía* había suficiente mano de obra y, en periodos puntuales, para la recogida de la aceituna, de la avellana y de la almendra o la vendimia contrataban personal extra. En la tienda tampoco era necesario. el padre y los hermanos de Mercè se bastaban para llevar el negocio. Así que alquilé un local que había disponible en la misma acera donde tenían la tienda. La plaza de la Cuartera era la zona más comercial del pueblo y me instalaría como librero.

»El consenso fue unánime, ambas familias acogieron nuestros proyectos favorablemente. A pesar de estar muy unido a mi familia, me apetecía enormemente trasladarme a casa de los padres de Mercè, ya que al disponer de la planta superior para nosotros solos, gozaríamos de más intimidad; y tenía espacio suficiente para empezar, con los pocos libros que poseía, a hacer mi propia biblioteca. Los meses previos a nuestra boda fueron de una actividad frenética, había que pintar la parte de la casa que íbamos a habitar nosotros. A Mercè le gustaba dar su toque personal, quería pintar cada habitación de colores diferentes y bonitas cenefas; la biblioteca, rosa palo con zócalo de madera, el

dormitorio, azul plumizo, el salón comedor, amarillo con una cenefa marrón; aunque este solo lo utilizaríamos en caso de tener invitados.

»Habitualmente compartíamos con sus padres la cocina y el comedor que estaban en la planta baja. A mí me tocó encargarme de la pintura, Mercè se encargaría de la decoración, muebles, cortinas, alfombras... además de organizar la ceremonia, ir a hablar con el párroco para las amonestaciones, las flores, el vestido y la fiesta posterior a la ceremonia. Recordaba la boda Quimet y Laia y quería que la nuestra fuera igual de bonita.

»También tenía que pintar y decorar el local que había alquilado para mi propio negocio, contactar con las diferentes editoriales para que me sirvieran el género, negociar con ellos la forma de pago. No disponía de mucho dinero, aunque mis padres y los de Mercè me habían prestado una cantidad para empezar, que yo les iría devolviendo cuando el negocio empezara a dar beneficios. Confiaba en que funcionara, no había ninguna librería en el pueblo; además, tendría también artículos de papelería, libretas, lápices...

»Después de la boda, instalados ya en nuestro hogar, la vida trascurrió plácidamente, parecía que nunca, nada, podría romper aquella dicha. Y así fue durante algunos años. Cada mañana desayunábamos juntos en la acogedora cocina de la planta baja. Su familia desayunaba más temprano porque, antes de abrir la tienda, tenían que preparar los pedidos; pedidos que, después por turnos, sus hermanos servían a domicilio con un carro y una mula. También servían a otras tiendas más pequeñas de la zona ya que, además, eran mayoristas. Así que el desayuno era nuestra comida más íntima, las otras las compartíamos con la familia. Por la mañana, su padre y sus hermanos se encargaban del negocio y de atender a la clientela, mientras Mercè y su madre compartían las tareas del hogar y cuidaban de los abuelos que cada vez eran más dependientes. Por la tarde ella despachaba en la tienda con la ayuda de uno de sus hermanos o su padre, mientras el otro se encargaba de reponer mercancías y atender a los proveedores.

»El local en el que había instalado mi negocio disponía de un trastero bastante amplio. Yo tenía cierta habilidad en marquetería y bricolaje y, en mi tiempo libre, empecé a hacer pequeños juguetes de madera que exponía en la tienda. Con el tiempo fui perfeccionando mi trabajo, lo que empezó como afición acabó siendo un oficio. Empezaron a hacerme encargos y tuve que poner un ayudante en la librería, para poder atender los pedidos que recibía y que cada vez iban en aumento. Me convertí en un buen artesano y mis trabajos fueron muy valorados. La tienda también empezó a dar sus frutos y pronto pude pagar el dinero que mis padres y mis suegros me habían prestado. Incluso podía ahorrar algún dinero, y con el tiempo acabé comprando el local que, en un principio, fue de alquiler.

»Cuando nació Didac, nuestro primer hijo, al año de nuestra boda, me sentí el hombre más feliz del mundo. Me había casado con una mujer preciosa a la que siempre había amado y ahora nuestro amor era bendecido con la llegada nuestro hijo, un niño sano y precioso que colmaba todos nuestros sueños. La paternidad me hizo tomar conciencia de mi responsabilidad. Esa nueva vida que acababa de nacer era un libro en blanco en el que Mercè y yo teníamos que escribir las primeras páginas, para sentar las bases de su vida adulta. Didac ya tenía dos años, y Mercè volvía a estar embarazada. Nuestro futuro hijo era un bebé deseado, no queríamos que nuestros hijos se llevaran muchos años de

diferencia. Mercè no tenía los embarazos complicados, prácticamente estaba activa y despachando en la tienda hasta el momento del parto. Pep y Pepeta, los abuelos de Mercè, habían muerto, su hermano Pep se había casado y se había ido a vivir con los padres de su mujer. Ahora, su madre disponía de más tiempo y podía echar una mano en la tienda y, cuando naciera el otro bebé, Mercè podría dedicarse más a los niños.

»Íbamos con frecuencia a la *masía*, sobre todo los fines de semana, o, mejor dicho, el domingo que era el único día de la semana que no se trabajaba. Así Didac podía jugar con sus primos. Solíamos quedarnos todo el día, a veces, en verano también iban los padres de Mercè. Entre todas las mujeres organizaban una gran comida en la que cada una aportaba su especialidad y lucía sus dotes culinarios. Mientras ellas practicaban la alquimia de convertir cualquier humilde alimento en un exquisito manjar, los hombres jugábamos a las cartas y degustábamos un vaso del exquisito vino tinto, denso y con carácter típico de la tierra del Priorat, bajo el enorme nogal donde jugaban los niños sin ningún peligro, vigilados por nuestra atenta mirada. Luego, sentados todos alrededor de la enorme mesa del gran porche comíamos todos en un ambiente festivo. Antes, las mujeres habían dado de comer a los niños, para que los más pequeños pudieran dormir la siesta y, los mayores, nos dejaran comer en paz sin incordiar. Alargábamos la sobremesa hasta bien entrada la tarde y, cuando empezaba a refrescar, nos volvíamos a casa. En invierno, las sobremesas eran más cortas, duraban mientras los niños, bien abrigados, jugaban fuera. En cuanto oscurecía y entraban dentro, era tal el jaleo que hacían que no podíamos ni siquiera conversar. Siempre volvíamos a casa cargados de frutas, verduras, hortalizas, huevos, leche, queso, aceitunas, avellanas, almendras, nueces, vino, y de delicioso aceite de las aceitunas arbequinas que mi madre nos preparaba en dos cestos de mimbre.

»En noviembre, nació nuestro segundo hijo. Fue una niña y le pusimos de nombre Laura. Mercè siempre había dicho que si teníamos una niña la llamaríamos Laura, era su nombre preferido; así se llamaba su muñeca favorita de la infancia y que aún conservaba. Didac estaba encantado con su hermanita. Estaba muy pendiente de ella y, en cuanto lloraba, iba corriendo a llamar a su madre. Se sentía mayor y era muy protector con ella. Solía acercarse a la cuna y nos decía:

«—Yo ya soy muy graaande, y tengo que cuidar de ella que es muy pequeñita.

»Nosotros solíamos fomentar esta faceta suya, para que se sintiera importante y no le cogiera celos. Éramos felices, teníamos dos hijos preciosos y sanos; mi negocio cada vez iba mejor y tenía intención de ampliarlo. Cogí un pequeño local contiguo a la librería y separé el negocio de la artesanía, pues ahora contaba con dos empleados. La vida nos sonreía.

»Fueron unas Navidades inolvidables. Didac ya era lo suficiente mayor para darse cuenta, disfrutaba de todos y cada uno de los preparativos. Iríamos a visitar a los *iaïos* Monserrat y Pere a la *masía* y, junto con sus primos, harían cagar al *Tió*. Didac era un niño muy bueno y, en los días previos a las fiestas navideñas, se esforzaba en portarse más bien, si cabe. Teníamos que escribir la carta a los Reyes Magos, y dependía de su comportamiento

el que los Reyes atendieran sus peticiones o no. Yo llevaba tiempo construyendo un carro para la Petita, una poni que teníamos en la *masía*, y quería tenerlo terminado para Reyes. Era una de las peticiones que Didac había hecho a sus Majestades de Oriente.

»La víspera de Reyes, se pasó todo el día detrás de su madre.

»—Mamá, tenemos que preparar la paja y el agua para los camellos de los Reyes, y también les tendremos que dejar galletas y mistela a su Majestades los Magos, y esta noche me acostaré pronto para que vean que soy muy bueno. ¿Mamá, tú crees que me traerán todo lo que he pedido? Es que he sido bueno.

»—Creo que sí, pero piensa que hay muchos niños y tienen que repartir los juguetes entre todos.

»—Bueno, pero al menos que me traigan el carro.

»—Espero que sí, has sido muy bueno y te lo mereces.

»Llegó el tan esperado día y Didac fue el primero en levantarse. Vino a nuestra habitación.

»—Papá, ¿tú crees que ya han venido los Reyes?

»—Creo que sí, vamos a bajar a verlo.

»Cuando bajamos y vio los paquetes al lado de la chimenea y que la paja, el agua, las galletas y la mistela habían desaparecido, dijo:

»—¡Sí, papá ya han venido, vamos fuera a ver si me han traído el carro!

»Nunca podré olvidar su cara. Jamás había visto a mi hijo tan feliz y no creo que nadie pueda serlo más de lo que era él en aquel momento. Es como cuando te enamoras, que aunque la persona amada esté rodeada de una multitud, solo la ves a ella, todo lo que la rodea desaparece. Esto fue lo que le sucedió Didac; se enamoró, se enamoró del carro nada más verlo. Todo lo demás pasó a un segundo plano y apenas hizo caso del resto de los regalos. Estaba excitadísimo.

»—¡Papá, tenemos que ir a la *masía* a buscar a la Petita, para poder ir con el carro a enseñárselo a los *iaios* y a los primos! ¿Papá podremos ir de paseo en el carro con los primos?

»Y añadía:

»—¿No se enfadará Laura si no la llevamos?, ella es demasiado pequeña, papá tú le dices que el año que viene podrá venir ella también.

»No paró hasta que nos fuimos a la *masía* a buscar a la Petita. Cuando llegamos mis sobrinos estaban excitadísimos con sus regalos.

»—¡Mira Didac qué carretilla me han traído los Reyes, ahora podré ayudar a papá! —dijo Joan, el mayor.

»—¡A mí me han traído un carrito de madera con un burrito, mira qué chulo y a Oriol le han traído una pelota!

»Al oírnos, Montse y Joana salieron de la casa corriendo, con unas muñecas en brazos.

»—¡Corre Didac ven dentro que los Reyes también han dejado un regalo para ti!

»—Ahora voy.

»Y dirigiéndose a Pol, le dijo:

»—A mí también me han traído un carro, pero de verdad. Hemos venido Papá y yo a buscar a la Petita y llevarla al pueblo para enganchar el carro; si quieres puedes venir con nosotros y podemos venir con el carro para enseñárselo a los *iaios* y a los tíos.

»—¡Sí, claro, qué chulo! —dijo Joan— Yo también voy.

»Las niñas, que aún permanecían en el quicio de puerta, dijeron:

»—¿Podemos ir nosotras también?

»—¡Claro podéis venir todos!

»Nos dirigimos al interior de la casa, para saludar a los abuelos, a mis hermanos y cuñadas. Se respiraba un ambiente festivo, la alegría de los niños era contagiosa. Los Reyes le habían dejado una pelota Didac.

»—¿Ves papá?, ¡cómo he sido bueno me han traído todo lo que pedí, hasta la pelota! Pero la mía es más pequeña que la de Oriol —dijo.

»—Claro tú también eres más pequeño que él.

»Pareció entenderlo, porque no dijo nada más.

»Salieron corriendo de la casa, dándole patadas a las pelotas y armando una tremenda algarabía. Durante nuestro camino al pueblo, no paraban de correr, jugar y reír. Eran unos verdaderos cachorros humanos. Las niñas iban montadas en la Petita, meciendo a sus muñecas idénticas para que no hubiera rivalidades, solo las diferenciaban los vestidos y un lacito que llevaban en la cabeza con los colores favoritos de ambas. La muñeca de Montse vestida de rosa y la de Joana en amarillo. Cuando llegamos al pueblo, los niños alucinaban con el carro.

»—¡Ala qué grande! Cabemos todos, este año podremos ir a fiesta de la Encamisada<sup>1</sup> en el carro, ¿verdad *tiet*? —dijo Joan.

»—¡Pues claro!, y tú que eres el mayor puedes encargarte de la decoración floral del carro.

»—Qué chulo, le diré a *la iaia* Monserrat que me haga un traje de catalán con *barretina* y todo.

»—Pues tendrá que darse prisa, si tiene que hacer un traje para cada uno, y los vestidos de *pubilla* para las niñas, porque solo faltan once días.

»—Le diré a la mamá y a la *tíeta* que ayuden a *l'iaia*, entre las tres seguro que lo podrán hacer.

»La madre de Mercè, también se ofreció a colaborar en la confección de los trajes, dada la ilusión que les hacía a todos.

---

<sup>1</sup> La fiesta de la Encamisada se celebra en Falset el fin de semana más próximo al día 17 de enero. Es de marcada tradición rural. Antiguamente los agricultores llevaban a bendecir sus animales con carros y mulos engalanados.

»Llegó el día de la Encamisada. Los niños estaban exultantes y guapísimos con sus trajes típicos, con su faja, *barretina* y *espardeñas*. Las niñas estaban preciosas con sus trajes de *pubilla*, con sus guantes de rejilla, sus redes en el pelo, sus delantales blancos con encaje. Parecían unas muñequitas. El próximo año habría una más, nuestra pequeña Laura estaría entre ellos. El carro lo habían adornado con guirnaldas de flores y hojas, y fue uno de los más bonitos del pueblo.

## CAPÍTULO 7

Me despedí de Adrián, diciéndole que iba a estar una semana fuera. Los niños tenían vacaciones y Jaime se había cogido unos días libres. Los niños habían sacado muy buenas notas y queríamos darles una sorpresa; habíamos hecho una reserva de cinco días en Mont Buller, y estaban deseando ver la nieve que no habían visto desde que nos vinimos a Australia. Rita era tan pequeña que apenas se acordaba. En España íbamos con frecuencia a esquiar, y Olivia y Étienne ya empezaban a hacer sus pinitos en este deporte; ahora sería como empezar de nuevo, pero estaban encantados con la idea. Aunque la primavera se había avanzado, durante el invierno había nevado muchísimo y algunas estaciones aún tenían cantidad de nieve esquiable.

—Bien Luisa, les deseo que tengan unas buenas vacaciones y que los niños hagan progresos. Mientras estén fuera, yo iré escribiendo cada día una parte de la historia de mi vida, que le entregaré cuando vuelva. Será una forma de ocupar un poco del mucho tiempo libre que tengo.

—Gracias Adrián, le echaré de menos.

—Yo también.

Asu, William y Lucas también habían reservado y nos íbamos juntos. Somos muy afortunados teniéndoles como amigos, son fantásticos. También Étienne estaba muy feliz de que viniera Lucas, al que él consideraba su mejor amigo. Aunque Étienne se llevaba bien con Olivia, con Rita no tanto, a pesar de quererse mucho. Los dos eran muy tercos y chocaban continuamente. Necesitaba la compañía de un chico de su edad para hablar de cosas de chicos y compartir aficiones. Ambos tenían muchas cosas en común, los dos eran fanáticos del cine, les gustaba la música y el deporte; además, se llevaban muy bien y, como Lucas no tenía hermanos, Étienne era como un hermano para él.



Pasamos unos días maravillosos, apenas me acordé de Adrián. En la reserva estaban incluidos unos cursos de esquí para los niños, con lo que progresaron mucho ,y lo más importante de todo, es que se lo estaban pasando a lo grande. El monitor de esquí, un chico joven, sabía cómo sacar el mejor resultado de ellos haciéndoles las clases amenas y divertidas.

Después de desayunar, los niños se iban con su monitor y nosotros también disfrutábamos del tiempo que ellos pasaban en sus clases, para relajarnos en la cafetería del hotel, jugando a las cartas o charlando animadamente delante de una deliciosa taza de café. Cuando acababan sus clases, nos uníamos a ellos en la pista para compartir un rato de esquí todos juntos. El tiempo era espléndido e intentábamos aprovecharlo al máximo; cuando teníamos hambre, parábamos un rato para tomar un tentempié y volvíamos a la pista, hasta que empezaba a oscurecer. Entonces, subíamos a nuestras habitaciones para darnos una ducha y cambiarnos de ropa. La hora de la cena era la más esperada por los niños que, al estar de vacaciones, tenían carta blanca. Olivia se comportaba como una adulta, pero los otros se desmadraban.

Nos reuníamos en el regio y, a la vez, rústico comedor, presidido por una gran chimenea, siempre encendida, que le daba ese toque de confortabilidad, para degustar una magnífica cena que los niños, evidentemente, no valoraban, prefiriendo patatas fritas, *nuggets* de pollo, varitas de pescado, espaguetis con queso, pizza. Ya volverían al redil cuando regresáramos a casa; de momento, hacía la vista gorda y les dejaba ser felices. Tenemos que permitirnos ser felices cuando podemos, que no siempre se presenta la ocasión y cuando se presenta hay que agarrarse a ella y no dejarla; quizás no se vuelva a repetir. Mañana puede ser tarde. Si nos paramos a observarlos, los niños, sobre todo los más pequeños, nos pueden enseñar mucho sobre el placer inmediato. A un niño pequeño le enseñas dos caramelos y le dices, «¿quieres un caramelo ahora o quieres los dos mañana?» Te responderá que uno ahora. Y es que ellos lo tienen muy claro, que vale más pájaro en mano que ciento volando; a los adultos, a veces, nos ocurre que por querer sacar más beneficio de algo, acabamos perdiéndolo todo.

Después de la cena. Hasta la hora de retirarnos a dormir, nos íbamos a la cafetería; los niños, a veces, jugaban a juegos de mesa, parchís, damas, Monopoly...o se iban un rato a la sala donde estaban los ordenadores para navegar por Internet. Cuando tenían sueño, ellos se iban a dormir. Habíamos cogido dos habitaciones contiguas a las nuestras; en una, dormían Olivia y Rita, y, en la otra, Étienne y Lucas. Nosotros alargábamos la velada hasta altas horas de la madrugada con una animada charla, delante de una tisana relajante o una copa de oporto. Yo normalmente optaba por lo segundo, estaba tan acostumbrada a mis tisanas que las de bolsita, las encontraba desabridas. Una copa de oporto o jerez, además de ponerme en un agradable estado, también me inducía al sueño. Estos son los momentos que vale la pena vivir y conservar en la memoria, para echar mano de ellos, si hace falta, en los momentos bajos. Soy de las que no me gusta mirar hacia atrás; lo pasado, pasado está. Pero hay recuerdos que me niego a dejar en el cajón del olvido.

En el viaje de regreso a casa, a petición de ellos, para disfrutar un poco más de su mutua compañía y amenizar un poco el viaje de Lucas, que se aburría enormemente en

los viajes largos, él y Étienne compartieron asiento trasero en el coche de Asu y William. Decisión que aplaudieron Olivia y Rita, porque les permitiría viajar más cómodas y a Rita estirarse y echarse un sueñecito. Hicimos el viaje juntos, lo hacemos siempre que salimos, por si acaso tuviéramos alguna avería o accidente. Asu y William dejaron a Étienne en casa antes de dirigirse a la suya. Olivia y Rita me ayudaron a entrar el equipaje, y Étienne se quedó ayudando a Jaime a descargar y guardar los esquis.

Al día siguiente cada uno volvió a su rutina. Fue entonces cuando me acordé de Adrián, pensé qué tal estaría y si habría escrito algo, tal como me prometió. Para averiguarlo tendría que esperar a mañana, hoy no iría a caminar. Tenía que lavar toda la ropa que habíamos usado los días que estuvimos fuera, limpiar la casa, poner todo en orden, ir al supermercado a comprar comida fresca, fruta, verdura y hortalizas, carne pescado... supervisar las plantas y dedicarle un ratito a Pepe que pasaba de mí; supongo que estaba enfadado por mi ausencia. En definitiva, volver a la rutina. Mucha gente odia la rutina, a mí me gusta. Cuando después de un viaje, o unas vacaciones, vuelvo a casa, siento una agradable sensación de estar otra vez en mi territorio, rodeada de las cosas cotidianas, mis paseos, mis plantas, Pepe, ese café a solas conmigo misma... pequeñas cosas que nos pasan inadvertidas, y que no valoramos hasta que las perdemos. Preparé para cenar verdura al vapor y unas truchas al horno, agua para los niños y fruta fresca.

—Se nota que hemos vuelto a casa —dijo Étienne—, volvemos a la comida sana.

—¿Qué?, ¿la echabas de menos?

—En absoluto, al menos podías haber puesto coca cola, que el agua es para las ranas.

—Pues a mí me apetecía volver a las comidas de mamá —dijo Olivia.

—A mí también —dijo Rita, supongo que para no estar de acuerdo con Étienne— pero prefiero la coca cola al agua.

—Pues tendréis que esperar a la próxima ocasión, ya sabéis las reglas de casa; y también tendréis que esperar, al menos una semana, para los flanes, el arroz con leche y las torrijas. Tenéis que compensar los excesos de estos días.

—¿Y tú Jaime qué dices?

—Yo, mejor no digo nada, que si no me pones a pan y agua.

Pepe se restregó en mis piernas durante la cena, quería llamar mi atención; ya se le había pasado el enfado. Yo le correspondí acariciándole el lomo. Más tarde, cuando nos sentamos en el sofá a ver una película, se enroscó a mi lado ronroneando; se sentía feliz por nuestro regreso.

Al día siguiente, retomé mi rutina. Salí a andar como de costumbre; en mi recorrido encontré a los habituales de siempre, saludé a Frank, mi vecino que, junto a su perro, iba arrastrando los pies con parsimonia, a la cual ya se había adaptado el chucho; a la señora Jane, que, como cada día, llevaba al parque a su nieto más pequeño que aún no iba al colegio y, que gracias a ella, su hija podía seguir trabajando; al deportista, que corría tras su perro que también hacía deporte; a la estudiante que aprovechaba el rato de estudiar para poder tomar un poco el sol... Al llegar al parque, pude ver desde lejos a Adrián

sentado en su banco de siempre. Cuando me fui acercando se dio cuenta de mi presencia y me saludó con la mano.

—Buenos días Adrián, ¿cómo está?

—Bien, y ustedes, ¿qué tal lo han pasado?

—De fábula, hemos tenido unos días fantásticos, los niños lo han pasado en grande y nosotros hemos disfrutado mucho de la compañía de nuestros amigos.

—Me alegro muchísimo Luisa.

Me enseñó un rollo de folios de papel sujetos con una goma.

—Mire todo lo que he escrito estos días. Hoy no vamos a hablar de mí, quiero que primero lea esto para no perder el hilo de la historia, que continúa donde la dejamos. Cuando lo haya leído seguiremos, es muy importante seguir la historia cronológicamente. Así que hoy le toca hablar a usted. Puede empezar por explicarme con detalle las vacaciones en la nieve con su familia y amigos.

El rato que siguió, le expliqué con detalle nuestras mini vacaciones. El curso de esquí de los niños, el avance que habían logrado con el monitor, un chico joven que les enseñó nuevas técnicas para progresar y mejorar su estilo y, sobre todo, lo bien que se lo habían pasado. Las agradables charlas con Asu y William, la deliciosa gastronomía que degustamos frente a la enorme chimenea del comedor del hotel, las inolvidables veladas, y los desmadres de los niños en cuestión de la comida.

Adrián escuchaba con atención, creo que mi relato lo transportaba a un pasado remoto, en el que, él también, había sido feliz junto a su familia y amigos. Le prometí que aquella noche leería lo que me había entregado, para ponerme al corriente y seguir con el relato al día siguiente.

Me despedí de él, y tomé el camino de casa mientras escuchaba mis canciones favoritas. Después de los días que habíamos estado fuera, echaba de menos mis paseos por la playa. Cerca del mar me siento más vital. La montaña, la nieve, están bien para unas vacaciones, para periodos cortos, pero yo necesito la proximidad del mar. ¿Será verdad que la vida de la tierra empezó en el mar? Esto lo explicaría todo. Las personas, a veces, somos contradictorias, porque a pesar de gustarme el mar, no me gusta navegar; siento verdadero pánico al pensar que podría naufragar y morir ahogada. Es más, no quiero que el día que muera echen mis cenizas al mar. Necesito estar cerca de la costa, si es posible con vistas al mar, pero con los pies en tierra firme.

Aquella noche, dejé mi libro de lado para leer los folios que me había dado Adrián.

Había un encabezamiento de página:

Querida amiga, sigo mi relato donde lo dejamos. En la fiesta de la Encamisada.

«Nuestra vida trascurría plácidamente, sin demasiados cambios. Los cambios más visibles eran los que experimentaban los niños. En los primeros años de la infancia es donde el ser humano experimenta los mayores cambios. Laura había cumplido su primer año de vida, crecía alegre y sana, no lloraba nunca, empezaba a comer comida sólida, le gustaba todo y tenía buen apetito. Era una niña preciosa y muy buena, se parecía muchísimo a Mercè, y ya empezaba a dar sus primeros pasitos, aunque, en lo que era una

experta, era en el ganeo. No sé si sería por eso que en la edad adulta tuvo un gran sentido de la orientación. No recuerdo donde leí que los niños que más gatean, se orientan mejor de adultos. Yo no debí gatear mucho, porque me oriento fatal. También empezó a pronunciar sus primeras palabras, que nos hacían mucha gracia, necesitábamos un traductor para entenderla. Más adelante, cuando ya hablaba más y se le entendía muy bien, se inventaba palabras, recuerdo que decía “las mulías” y “las pulías”. Había más palabras inventadas que ahora no recuerdo. Supongo que estas se me quedaron más grabadas porque nos llevó mucho tiempo descubrir su significado; se trataba de hormigas y pulseras, lo que no sé si era en este orden.

»Didac la quería mucho, nunca tuvo celos de ella se sentía mayor, cuando decía algo y no la entendíamos, si nos reíamos se enfadaba con nosotros y salía en su defensa.

»No os riáis de Laura, pobrecita es muy pequeña.

»Y se acercaba a ella y le decía.

»Ven Laura que yo te voy a enseñar a decirlo bien.

»Y le repetía la palabra una y otra vez. En él, tenía al mejor maestro. Sucede siempre que en los hogares donde hay varios niños, los más pequeños aprenden muchísimo de los mayores porque los admiran y los imitan.

»Se acercaban las fiestas navideñas, Pep y Mariona, su esposa, habían sido padres de una niña. Parecía como si Pep, Pepeta y el *avi* Joan, que habían muerto recientemente, lo hubieran hecho para dejar su espacio a las nuevas vidas que llegaban a la familia.

»Algún día también mis padres morirían, me entristecía mucho pensar en su ausencia y sabía que sería un durísimo golpe; pero es ley de vida que los hijos sobrevivamos a los padres, y acabas aceptando que unos mueran para que nazcan otros. Lo que va contra toda ley de vida es ver morir a los hijos, tenía que ser un dolor desgarrador.

»Ahora que yo era padre, no podía entender cómo se podía superar la muerte de un hijo. Con el tiempo me di cuenta de la resistencia del ser humano... que Dios no nos envíe todo lo que somos capaces de aguantar...»

A continuación, había unas letras que, aunque legibles, estaban un poco emborronadas; supongo que la emoción de tanto dolor le desbordó, haciéndole verter alguna lágrima, porque a continuación decía:

Perdone Luisa que, a veces, me desvíe de mi relato. Tuve tanta felicidad, tantas cosas bonitas que se fueron para siempre dejando tras de sí, tantos recuerdos, tanto vacío y tanto dolor, que me cuesta seguir el curso de los acontecimientos... como le iba diciendo, se aproximaban las Navidades, Laura, aunque todavía era muy pequeña, parecía invadida por el espíritu navideño. Aquel año pasaríamos el día de Navidad en la *masía*, mis hermanos, con sus mujeres, estarían con las familias de ellas y no queríamos dejar solos a mis padres. Era el primer año sin el *avi* Joan y la presencia de Laura, que estaba preciosísima, y las ocurrencias de Didac, llenarían un poco el vacío que había dejado el *avi*.

»Teresa tenía novio, estaba invitado a la comida de Navidad y, junto con Núria y nosotros, formábamos un grupo, si no muy numeroso, sí lo suficiente para que mis padres no se sintieran solos. Para San Esteban y Año Nuevo Teresa estaba invitada en casa de su novio y nosotros lo pasaríamos con la familia de Mercè. Vendrían Pep y Mariona con la niña, estarían también Sisco y Miquel con sus novias. Estas serían las últimas navidades que pasarían de solteros, pues tenían planeado casarse al año siguiente. Querían celebrar una boda doble; los chicos, muy prácticos, pensaron que con el gasto de una boda se podían celebrar las dos con el consiguiente ahorro. Pero ellas no estaban de acuerdo ya que la boda doble les quitaba protagonismo y entraban en rivalidad, con el vestido, el tocado y todo lo demás.

Didac como hermano mayor, aleccionaba a Laura para que se portara bien si quería que los Reyes le trajeran regalos. Ella le escuchaba con atención y le decía que sí a todo. Yo le hice una cunita de madera que le pinté de color rosa, con unas flores en el cabezal; la *iaia* Carmeta le hizo un colchón, las sabanitas y una colcha de croché para la cunita; también le hizo una muñeca de trapo, rellena de serrín, le hizo los ojos con hilo azul, la boca con hilo rojo y los cabellos de lana amarilla, así resultaba una muñequita rubia de ojos azules. También le hizo un bonito vestido y le puso un lacito en el pelo. Para Didac hice un patín, también una espada de madera para guerrear, su imaginación empezaba a desbordarse con las historias de caballeros que yo le leía, y él también quería ser un caballero. Así que la espada fue un gran acierto. En esta época del año era cuando mejor me iba el negocio, había cogido fama como artesano de juguetes.

Mi fama se extendió, venían de otros pueblos a hacerme encargos y, aunque durante el año los juguetes se vendían menos, solo para cumpleaños, en Reyes las ventas se disparaban.

El día de Reyes fuimos a la *masía*, a recoger los regalos que sus Majestades de Oriente les habían dejado a Didac y a Laura, y a llevar los que los Reyes habían dejado en casa, para mis sobrinos. A los niños de mis hermanos también les había hecho espadas para que pudieran guerrear entre ellos, y cunitas para las muñecas de las niñas. Las niñas estaban encantadas con sus cunitas, pero Montse, que había heredado la personalidad de Teresa, quería guerrear también. Como siempre, los niños le dijeron que eran cosas de chicos, que ella tenía que ir a jugar con la cocinita y las muñecas. Se fue hacia dentro muy enfadada, gritando que cuando fuera mayor no pensaba guisar para nadie. Con el paso de los años pude entender a Teresa y a Montse, ellas querían poder elegir lo que querían ser y que nadie les marcara un prototipo.

Pasaron las fiestas, y regresamos a la vida cotidiana. En mi negocio, dedicaba las mañanas al taller, trabajando en los encargos que recibía, reponiendo lo vendido y haciendo acopio de juguetes para que los próximos Reyes no me cogieran desabastecido. Por las tardes me gustaba estar en la tienda, seguía leyendo mucho, estaba al corriente de todas las novedades y podía aconsejar a mis clientes, si me lo pedían, este o aquel libro, que después comentábamos. Habíamos creado un club de lectura y seguía disfrutando de

las tertulias literarias. Mercè compaginaba con su madre el trabajo de la tienda y el cuidado de los niños. Su padre estaba bastante delicado de salud, y cada vez delegaba más en Pep, Sisco y Miquel, que se hacían cargo del negocio. Avanzaba el año y seguían sin ponerse de acuerdo sobre la boda. Aunque no se había fijado una fecha concreta, tenía que ser en primavera o a principios de verano, para poder celebrarla en el exterior. Dado el número de invitados era imposible hacer la celebración dentro, si no se quería excluir a parte de la familia o amigos.

Las novias iban haciendo los preparativos para que no se les echara el tiempo encima. Estaban seguras de que al final serían capaces de convencer a los chicos para que aceptaran hacer las bodas por separado, pero, antes, tenían que ponerse de acuerdo ellas. ¿Cuál de las dos se casaría primero? Las dos querían ser la primera, pero al final se llegó a un acuerdo. Lo echarían a suertes; a pesar de no gustarles demasiado la idea, no encontraron otra solución, y si querían tener cada una su propia boda, tendrían que pagar un precio por ello. Las dos esperaban ganar.

Una vez decididas a correr ese riesgo, tenían que convencer Sisco y a Miquel, prometiéndoles hacer algunos recortes en el gasto para compensar. No resultó demasiado difícil convencerles. Las chicas eran muy hábiles y persuasivas, y ellos estaban muy enamorados y no querían contrariarlas en un día tan especial. Así que decidieron reunirse aquel fin de semana en casa de los padres de Mercè para hablar del tema.

El domingo nos reunimos todos; también habían venido Pep y Mariona con la niña que crecía por momentos. Carmeta había preparado cordero al horno con patatitas y verduras y un pastel de crema, que era su especialidad, y estaba para chuparse los dedos. Sentados alrededor de la gran mesa del comedor, degustamos la deliciosa comida.

En la sobremesa, y con una copita de mistela, se empezaron a sentar las bases de las bodas. Tenían que dejar pasar unos meses entre una y otra, pero no demasiados para que no se echará encima el mal tiempo. Todos estuvieron de acuerdo en que una se celebraría en mayo, y la otra en septiembre. Le tocó hacer el sorteo a Pep porque era el mayor y no era parte implicada.

—Bueno chicos, ¿ya habéis decidido que sistema vamos a utilizar?

—Cara o cruz —dijo Miquel.

—Podéis coger un botón negro y otro blanco en cada mano y la que saque el blanco gana —dije yo.

—O el sistema de las pajitas, la que saque la pajita más larga gana —dijo Mercè.

—¿Y por qué no utilizamos el sistema de los números, y que gane la que saque el número más alto? —dijo el padre de Mercè.

Finalmente, no sé si sería por complacer a mi suegro o porque les pareció el mejor sistema, se eligió la última opción. Se pusieron diez papelitos con los números del uno al diez dentro de una bolsita de tela, en la que ellas meterían la mano y cogerían un número, de esa forma no sería el azar el que eligiera, ellas mismas tomarían parte en su suerte.

Pep cogió la bolsita y, una tras otra metieron la mano, dieron varias vueltas a los papelitos, y cogieron uno. Sisco y Isabel sacaron el cinco. La cosa estaba emocionante,

el cinco era justo la mitad, había un cincuenta por ciento de posibilidades de ganar. Con ansiedad, pero también con miedo, Miquel y Paquita sacaron el suyo y salió el siete. Habían ganado. Las dos parejas lo tomaron con deportividad, y sin rivalidades entre las chicas. Una vez resuelto el problema de quién se casaría primero, empezaron cada una con los preparativos. Era el mes de febrero, solo faltaban tres meses para la primera boda. Paquita y Miquel tendrían que darse prisa para tenerlo todo a punto. Isabel y Sisco casi estaban contentos de haber perdido, así tendrían más tiempo para hacer todos los preparativos sin agobiarse.

Los tres meses siguientes fueron de una actividad frenética para Mercè que, aparte de la casa, los niños y ayudar en la tienda, tenía que confeccionar los vestidos de su madre, de ella, de la niña y un traje para Didac; su padre y yo llevaríamos los de la boda de Pep y Mariona, pero a Didac el suyo se le había quedado pequeño. La ventaja que tenemos los hombres es que si repites traje casi no se nota, pero a las mujeres no les gusta repetir y si, a veces, se ven obligadas a hacerlo, hacen algunos cambios para que parezca diferente.

Las semanas previas a la boda, Mercè después de acostar a los niños, se quedaba hasta altas horas de la madrugada sentada al lado de la chimenea, cosiendo a la luz del candil. Yo me sentaba a su lado, cogía un libro y me quedaba leyendo hasta que ella acababa, ella agradecía este gesto mirándome con dulzura. Gracias a su habilidad con la aguja y a las horas robadas al sueño, el día de la boda Carmeta, lució muy elegante como madrina, con un vestido de dos piezas de brocado color malva. Mercè estaba guapísima con su vestido de seda verde esmeralda, la falda de godets le daba un elegante movimiento; lo llevaba entallado a la cintura con un ancho cinturón drapeado en seda verde agua, haciendo juego con una ancha pamea del mismo tono. Didac, con un traje de pantalón largo, camisa blanca y un lazo de terciopelo azul marino al cuello, a modo de corbata, parecía un hombre en miniatura. Él y Montse fueron los encargados de llevar las arras. Laura estaba hecha una princesita, con un vestido de organdí amarillo paja con un ancho lazo del mismo género, en color marrón chocolate en la cintura, y una corona de flores sobre sus dorados tirabuzones. Y, aunque la novia iba muy guapa, lo tuvo difícil para competir en belleza con mis dos mujeres.

Fue una boda muy bonita, en la que todos disfrutaron mucho. Se cantó, se bailó y, como en toda boda que se precie, se abusó de la mesa y también del alcohol. Sin llegar a la embriaguez total, algunos alcanzaron ese punto donde se pierde el sentido del ridículo, que resulta tan cómico, con el que todo el mundo se ríe y se lo pasa bien. Isabel tomaba nota de todo, al final, había resultado positivo que le tocara el segundo turno para su boda; esta le estaba sirviendo de ensayo para quedarse con lo mejor, y corregir algunos pequeños fallos que a todos habían pasado inadvertidos, pero no a la sagaz, observadora y perfeccionista Isabel. El tiempo era espléndido y la fiesta se alargó hasta bien entrada la noche, nosotros fuimos los primeros en abandonarla. Mercè no se encontraba muy bien, estaba mareada y tenía nauseas. Lo achacamos a que quizás había comido más de lo que estaba acostumbrada, y también al cansancio acumulado de los maratonianos últimos días, para poder acabar los vestidos a tiempo.

Más tarde, supimos que el motivo de su malestar no era otro que un nuevo embarazo. No se nos había ocurrido, ya que en los embarazos anteriores no tuvo ningún síntoma, solo la pesadez normal de los últimos meses. Claro está, que todos los embarazos no son iguales. De todas formas, esperábamos que después de los tres primeros meses se encontrara mejor, sino iba a ser muy duro seguir el ritmo de trabajo. Afortunadamente, Paquita sería de gran ayuda para Mercè. Eran amigas, se conocían desde siempre, y tenían muy buena relación. Ella y Miquel se habían quedado a vivir en casa de Carmeta y Jordi, al morir los abuelos, había quedado con mucho espacio libre y, como Miquel trabajaba en el negocio familiar, les iba muy bien quedarse vivir allí. La nueva pareja habían decorado a su gusto sus habitaciones privadas; luego, estaba la zona común que compartíamos las tres familias que convivíamos en la casa. Cuando Paquita supo que esperábamos otro bebé, se puso eufórica, parecía como si el bebé fuera suyo.

—¡Qué bien, otro bebé, anda que no voy a coger experiencia para cuándo vengan los míos! Y tú no te preocupes, yo me turnaré con Carmeta en la tienda hasta que te encuentres mejor. Luego ya tendremos tiempo de repartir el trabajo entre las tres. Ahora lo que importa es que tú descanses.

—Pues no sé si voy a poder descansar mucho, con estos dos diablillos, y, para postre, tendré que ir pensando en hacer vestidos nuevos para la próxima boda, que es dentro de tres meses. En principio, había pensando transformar un poco el que llevé para la vuestra, pensaba cambiar la falda ancha por una estrecha, quitarle las mangas y ribetear falda y sisas con color verde agua; y un cinturón ancho del mismo tono, con aplicaciones de flores, y llevarlo con un echarpe de gasa a juego. Pero dadas las circunstancias no va a ser posible, dentro de tres meses mi embarazo será tan evidente que necesitaré otra clase de vestido. Carmeta volverá a ser la madrina y el vestido de dos piezas malva no admite cambios; después, está el amarillo paja de Laura que tampoco los admite, aunque este es el que menos trabajo me dará por sus dimensiones. Confío poder salvar el traje Didac, le dejé bastante dobladillo y, en tres meses, no creo que crezca más de un centímetro o centímetro y medio, así que le soltaré lo que necesite del largo de los pantalones, y de las mangas de la chaqueta, lo mojaré bien para plancharlo, y no se notará nada.

—Yo no sé coser tanto cómo tú pero, si me enseñas, te podré echar una mano con los vestidos y, aparte de hacerte un favor, me lo hago a mí misma. Cuando tenga mis propios hijos les podré hacer su ropa. Con una maestra como tú, estoy segura que aprenderé rápido.

—Gracias Paquita, ha sido una suerte para mí que decidierais quedaros a vivir aquí, acepto tu ayuda; creo que la voy a necesitar.

Cuando se lo dijimos a Didac se puso tan contento que daba saltos de alegría.

—¡Olé, olé qué bien! —repetía una y otra vez.

Laura no sabía exactamente por qué su hermano estaba tan contento, pero se contagió de su alegría y decía: Olé, olé qué bien». Parecía un loro, repetía todo lo decía Didac.



—Olé, olé qué bien, yo quiero que sea un niño. ¿Se lo dirás a la cigüeña, papá?

—Sí, claro. Lo que ocurre es que, a veces, no hay niños y tienen que traer lo que tienen. ¿Quieres que le digamos a la cigüeña que si no hay niños, no la traigan?

—No, no le digas nada, que traigan lo que tengan y, si es niña podrá, jugar con Laura; y, cuando pidamos otro, esperaremos a que tengan niños.

Paquita era muy trabajadora, con su incorporación a la familia todos salimos ganando, las tres formaban un excelente equipo, y se ayudaban mutuamente aprendiendo las unas de las otras, enriqueciéndose a la vez. Yo no sé de dónde ha salido la falsa historia de que las mujeres no pueden vivir juntas sin pelearse, y que siempre se crean problemas entre ellas. No creo que el llevarse bien o mal sea cuestión de hombres o mujeres, más bien creo que es de la calidad humana de cada ser. No importa si es del género masculino o femenino.

La envidia, por ejemplo, que es uno de los peores defectos del ser humano, es también el mayor inconveniente para una relación sana y de buena convivencia, y no es patrimonio solo del género femenino. He visto comunidades de hombres en que bastaba que hubiera solo uno, poseedor de este gran y pernicioso defecto, para crear cizaña y malestar en todo el grupo. Supongo que con las mujeres debe ocurrir lo mismo pero, en igualdad de condiciones, y sin generalizar, las mujeres son más organizadas que los hombres y trabajan mejor en equipo. He querido hacer un inciso, para romper una lanza a favor de las mujeres, porque no es justo que se les cuelgue ese sambenito.

Se acercaba la boda y gracias a la buena y estrecha colaboración de las tres, los vestidos estaban terminados. Paquita resultó tan buena alumna que casi superaba a la maestra; Mercè se empezaba a encontrar mejor y el tiempo era magnífico. Todo eran buenos augurios, pero una semana antes del enlace el tiempo cambió bruscamente, bajando las temperaturas en picado y lloviendo a cántaros. Isabel, que era una perfeccionista, estaba de los nervios. Lo había preparado todo meticulosamente para que en el gran día no fallara nada. No podía dejar nada al azar y esperar a que el tiempo mejorara, porque ¿y si no lo hacía? No podía arriesgarse a que todo lo que había estado preparando durante meses se estropeará por falta de previsión.

Tenía que hacer algo. Y lo hizo. En casa de sus padres tenían unas naves enormes que en el pasado habían servido para almacenar cereales y frutos secos, pero que hacía años que no se utilizaban y estaban ennegrecidas, sucias y llenas de telarañas. Movilizó a todas sus amigas y se pusieron manos a la obra. Unas, blanqueando las paredes con cal, otras, haciendo cortinas de arpillera para las ventanas; otra, que era muy hábil en dibujo, hizo una preciosa cenefa de hojas de parra y racimos de uvas que parecía tan real que casi apetecía cogerlas. Con el fin de que no se marchitaran, dejarían para el último día unas guirnaldas con hojas y flores frescas que querían confeccionar para colgarlas en las vigas del techo y, que a parte de aportar el aroma natural de las flores, haría el ambiente lo más parecido posible a una fiesta exterior. Imitando así el escenario natural donde, en principio, se iba a celebrar la boda, y que era, justamente, en los grandes porches por los

que trepaban rosales de pitiminí, jazmines perfumados y enormes macetas de petunias de vistosos colores que lo inundaban todo de fragancia y color. Las enormes y viejísimas parras que cubrían los porches estaban cargadas con grandes racimos de uvas, ya maduras, que no se habían recolectado aún, y esperaban hacerlo después del enlace.

Fueron cinco días de vértigo, pero el resultado había valido la pena. Había quedado todo precioso. Ahora solo faltaban las guirnaldas que las harían la noche anterior, para que se mantuvieran frescas. De repente, el tiempo empezó a cambiar, cesó la lluvia, volvió a lucir un sol radiante y, todo el trabajo que habían hecho, no sirvió para la boda; pero al menos los grandes almacenes, llenos de polvo y telarañas, habían quedado limpios y listos para celebrar alguna otra fiestas cuando hiciera mal tiempo.

Las adversidades sirven para crecer como seres humanos. Esta anécdota hubiera podido pasar desapercibida a gente con menos sensibilidad, pero no a Isabel; le enseñó que tenía las mejores amigas, que podía contar con ellas, y se demostró a sí misma que tenía recursos para solucionar problemas y resolverlos con eficacia. La recompensa al trabajo frenético de sus amigas fue el poder demostrar a Isabel su amistad incondicional. Nada pasa por casualidad, incluso a las cosas que nos parecen negativas, se les puede dar la vuelta. Lo que al principio parecía que iba a ser un desastre resultó ser positivo. Al llover se había limpiado la atmósfera, las hojas limpias del polvo del verano brillaban al tibio sol de septiembre, y la tierra desprendía un agradable olor a mojado.

Después de la boda, Sisco se trasladó a vivir a casa de los padres de Isabel, ella era hija única. En casa de Carmeta y Jordi ya vivíamos tres familias, con dos niños que pronto serían tres, y era de suponer que pronto Miquel y Paquita también contribuirían al crecimiento de la familia. Mi suegro, cada día, se encontraba peor, parecía como una vela que se iba consumiendo lentamente, ya no iba por la tienda y apenas salía a la calle; su deterioro era más que evidente, y todos nos temíamos que no llegara a Navidad. Contra todo pronostico pasó Navidad, Año Nuevo y Reyes, y permanecía entre nosotros».

## CAPÍTULO 8

«Aquel año traería muchos cambios a la familia. Mercè estaba en la recta final de su embarazo, a Didac no le pasaba inadvertido el cambio que se había operado en el cuerpo de Mercè.

—¿Por qué está tan gorda mamá? —nos preguntaba.

—Verás, mamá ahora tiene que comer mucho para poder alimentar al bebé cuando llegue; luego, cuando mamá empiece a alimentar al bebé, se volverá a quedar delgada otra vez.

—¿Cuándo yo era pequeño también tomaba leche de mamá?

—Pues claro, los bebés no pueden comer porque no tienen dientes, y las mamás tienen que alimentarlos.

—Ah, ¿por eso ya no alimenta a Laura, porque ella ya tiene dientes?

—Claro, cuando el bebé crezca, comerá como tú y Laura, y se hará grande.

—Sí, pero yo seré más grande, porque yo como mucho.

—Claro, tú siempre serás el más grande y tendrás que cuidar de tus hermanos.

—Yo los cuidaré mucho, papá, te lo prometo.

Me encantaban aquellas charlas con Didac, hablaba por los codos, con esa espontaneidad y frescura que tienen los niños; lástima que crezcan tan deprisa. Llegó el momento del parto y fue una niña, a la que llamaríamos Elena. Didac estaba un poco decepcionado porque esperaba que fuera un niño.

—Qué lástima que no tuvieran niños. Cuando tenga que venir otra vez la cigüeña esperaremos hasta que tengan niños, ¿verdad papá? Pero esta nos la quedamos porque es muy guapa, y Laura está muy contenta de tener una hermanita.

A la semana de nacer Elena, murió mi suegro. Parecía como si estuviera esperando que viniera el nuevo miembro de la familia para dejarle su lugar. Fueron días muy contradictorios, donde se mezclaban el dolor de una pérdida con la alegría de una nueva vida. Es curioso que la felicidad nunca es completa, cuando acontece un evento feliz casi siempre sucede algo que empaña esa felicidad. Y, al contrario, también los acontecimientos tristes suelen venir precedidos de algo que suavice el desgarramiento del inmenso dolor que causan. Jordi ocupaba un gran espacio, era de esas personas que dejan huella, buen marido, buen padre y un cariñosísimo abuelo; se le caía la baba con los niños y, aunque ellos no eran muy conscientes de lo que ocurría, sabíamos que le iban a echar de menos. Todos le echaríamos de menos. Dejaba un gran vacío, pues estaba tan presente en todos los rincones de la casa y en nuestras vidas que iba a ser difícil acostumbrarse a su ausencia.

Mercè estaba especialmente unida a su padre, era su ojito derecho; al ser la única chica sentía por ella una ternura y sensibilidad distinta a la que sentía por los chicos. Siempre decía que con los chicos había que tener más mano dura para hacerles hombres fuertes, prepararlos para el trabajo duro y para la vida, para que fueran capaces de tomar decisiones y fueran responsables el día que decidieran formar una familia. Con Mercè se comportaba de una forma más protectora, la veía como si aún fuera una niña; quizás era una actitud algo

machista. Fuera como fuera, Mercè adoraba a su padre, e iba a ser muy duro para ella superar su pérdida. Afortunadamente, los tres niños y, en especial, Elena, que era la que más reclamaba su atención en aquellos momentos, la ayudarían a salir de la profunda tristeza en la que se hallaba inmersa. Luego, el tiempo se encargaría de ir cicatrizando las heridas. El tiempo es el mejor bálsamo para todas las heridas, especialmente las del alma. Para Carmeta, los niños también fueron de gran ayuda para superar la pérdida de Jordi. Era imposible estar triste estando rodeado de niños, sus risas y sus ocurrencias les hacían salir de su pena.

Supongo que en los momentos de soledad, la tristeza volvía a hacer acto de presencia, por eso tanto Mercè como Paquita procuraban no dejarla demasiado tiempo sola, e intentaban mantenerla ocupada el máximo posible con tareas como cuidar a los niños, hacer la comida... con lo que, además, la hacían sentir útil y necesaria. Con la excusa de no despertar a Didac durante la noche, cuando Mercè tenía que amamantar a Elena, le dijimos si quería que el niño durmiera con ella, lo que aceptó encantada; A Didac, le dijimos que ahora que el *avi* no estaba, le tocaba a él cuidar de *l'avia* y que podía dormir con ella para que no se sintiera sola. Él se sintió muy importante cuando le encargamos esta responsabilidad. Así Carmeta no estaría sola por las noches, que es cuando acuden a la mente los pensamientos más sombríos, sobre todo a las personas mayores. Con Didac no tendría este problema, pues hablaba por los codos y la mantendría distraída y, cuando al fin cayera dormido, podría abrazarse a él, sentir el latido de su corazón y la dulce calidez de su cuerpo.

Antes de finalizar el año, Paquita nos anunció que esperaba un bebé, noticia que nos llenó a todos de alegría, especialmente a Didac.

—*Tieta*, ¿le puedes pedir a la cigüeña que te traiga un niño? Laura ya tiene a Elena para jugar y yo no tengo a nadie, como tú no tienes ninguno te da igual lo que sea; en cambio, si traen otra niña, yo voy a estar muy solo rodeado de niñas.

—Claro, cariño. No te preocupes, les pediré un niño y seguro que me lo traerán, así podrás jugar con él, enseñarle todos tus juguetes, regalarle la ropa y los zapatos que a ti se te queden pequeños, y él estará muy contento.

—¡Qué bien! ¿Sabes, *tieta*? ¡Voy a decirle a papá que ya no necesita escribir a la cigüeña para que nos traiga un niño, que te lo va a traer a ti! —.Se fue corriendo a buscar a su padre para decírselo.

El tiempo iba pasando inexorablemente, también Teresa tenía planes de boda para el próximo año y Núria tenía novio. Mis padres estaban envejeciendo, todos se estaban haciendo mayores, menos yo; por mí no pasaban los años. Mercè, poco a poco, iba asumiendo la pérdida de su padre al igual que Carmeta. Todos estábamos ilusionados con la venida del próximo bebé y con la boda de Teresa. Seguro que no sería una boda convencional; dada su personalidad, todos estábamos a la expectativa de ver con qué nos iba a sorprender.

Mi negocio iba muy bien, había comprado los dos locales, el de los libros y el de la artesanía, y había ahorrado algo de dinero. Como no daba abasto yo solo para atender todos los encargos que tenía, ni para surtir a la clientela local, cogí un ayudante; un chico muy trabajador y creativo que, con el tiempo, se convertiría en mi cuñado, ya que él y Núria se hicieron novios; él aprendió pronto el oficio y lo mejoró con su creatividad.

Puse un dependiente en la tienda de artesanía, ya contaba con otro en la librería y, como Enric, el novio de Núria, cada vez cogía más responsabilidades en la fabricación de la artesanía, yo empecé a salir fuera dos o tres días a la semana, dependiendo de la época del año, a ofrecer nuestra producción a los comercios de los pueblos de la comarca. Con la ayuda de Enric, fui ampliando mi negocio. Ahora, también fabricábamos pequeños muebles auxiliares que, aunque ya existían, nosotros les dábamos un toque especial. Hacíamos cunas para recién nacidos, distintas de las que se habían hecho hasta entonces, con un mecanismo de muelles para poderlas mecer y subir y bajar las barandillas, con distintos y alegres colores; unas lisas, otras con dibujos de flores, mariposas, pájaros, caballitos... diseños para niños y niñas. La amiga de Isabel con talento artístico, que para su boda y en prevención de la lluvia, había pintado una cenefa de hojas de parra y racimos de uvas en el antiguo granero, pasó a ser nuestra colaboradora encargándose de los trabajos de pintura y decoración, de las cunitas y otros auxiliares, como tocadores exclusivos con acabados de altísima calidad, para las hijas de los terratenientes y familias ricas, ya que por su laboriosidad no resultaban asequibles para las clases trabajadoras. Cada día tenía una clientela más selecta. También hacíamos cosas más modestas al alcance de todos los bolsillos, pero sin olvidar de darles ese toque personal de buen gusto que nos caracterizaba.

Nuestros productos estrellas eran unas cajas para guardar el pan. En aquella época, el pan lo hacía cada familia en su domicilio y no se amasaba cada día; se solía hacer una o dos veces por semana, y se guardaba en grandes arcones de madera hechos con ese fin. Solían ser unas cajas grandes cuadradas, muy rústicas, con un gran pestillo de madera. Nosotros les dimos un aire nuevo a estos arcones, con unos pestillos dorados y unos dibujos de espigas y amapolas, o barras de pan y panes redondos grabados en la madera. También teníamos las estanterías de las alacenas a juego, con lo que, además de su uso práctico, daba un toque bonito y de buen gusto al rincón de cualquier cocina. Habíamos revolucionado las cocinas dándoles un aire más acogedor, y nuestras clientas nos lo agradecían, ya que pasaban gran parte del día en ellas. Las cocinas eran una de las estancias más importante de las casas, era dónde transcurría la vida familiar y social; ya que cuando venían visitas de familiares o amigos se solían recibir en ellas. El salón comedor estaba reservado para las grandes ocasiones y a visitas de mucha categoría o compromiso. De ahí nuestro éxito, al dedicarle a esta pieza de la casa una especial atención, la convertimos en la protagonista; y, las amas de casa, competían por tener la cocina más bonita y acogedora, e invitaban a sus amigas y vecinas a tomar café y pastas para poder lucirlas.

A Teresa, como regalo de boda, le hicimos un precioso arcón de nogal, con unos dibujos que diseñó la amiga de la Isabel y grabó Enric, de espigas, amapolas y panes,

con las estanterías de la alacenas a juego. Esto nos reportó una gran demanda, pues todas las amigas de Teresa que las vieron, y tenían planes de boda, nos hicieron encargos. También hicimos una preciosa cuna para el bebé de Paquita; no la pintaríamos, ni haríamos ningún dibujo hasta que hubiera nacido, pues el color y el dibujo dependerían de si era niño o niña.

Pintamos la cunita de azul, con un prado verde y caballitos pastando. A la derecha del cabezal, y enmarcado en unos pajaritos revoloteando, el nombre de JORDI, porque el bebé de Paquita resultó ser niño, y quisieron llamarle así en honor del abuelo recién fallecido. No veas cómo estaba Didac, no cabía en sí de contento.

—Ven, ven Laura, mira, la cigüeña le ha traído a *tieta* Paquita un niño. Es muy pequeñito, pero cuando su mamá lo alimente se hará grande como la Elena, y cuando tenga dientes y coma de todo, se hará más grande, como tú, y luego como yo, y podré jugar con él.

—Vale, pero es muy pequeñito.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Es que no te enteras, ya te he dicho que crecerá!

—Sí, pero no mañana. Tardará muchos días. Si quieres puedes jugar con la Elena y conmigo hasta que el bebé se haga grande.

—Bueno, pero no jugaré con las muñecas, que eso es de niñas.

Elena se acercó gateando.

—¿Elena quieres ver al niño de la *tieta*? —le preguntó el Didac.

—Sí —contestó ella.

Didac la levantó en brazos y la acercó a la cuna.

—Mira que nene más guapo.

—Apo, apo nene apo.

—¿Ves, Laura?, Elena dice que el niño es guapo.

—Sí, pero tú eres más guapo y más grande.

La imaginación de los niños no tiene límite, se pasaron un buen rato fantaseando sobre Jordi y haciendo grandes planes de futuro. El nombre fue un gran acierto porque, con el paso de los años, cada día se parecía más al abuelo; Carmeta lo adoraba, llegó a ser su ojito derecho. A pesar de que ella lo disimulaba, e intentaba no hacer diferencias entre ellos, sus ojos la delataban. solo había que ver el brillo especial de sus ojos al mirarle cuando le tenía en brazos y, más adelante, cuando le llevaba con ella a darle de comer a las gallinas, recoger los huevos... Era la imagen viva de la felicidad. Menos mal que en la vejez, cuando lo vas perdiendo todo, te llegan los nietos. Esos minúsculos seres que todo lo llenan y, cuando las mamás están tan ocupadas en otros menesteres, ahí están las abuelas, "*iaia*, vamos a buscar moras" o "vamos a coger higos" o "*iaia*, cuéntame un cuento" o "Hazme un vestido para mi muñeca", y la abuela nunca les decía que no.

Más tarde, cuando empezaron a ir al colegio, era la abuela quien les llevaba y les traía. Mercè y Paquita estaban inmersas en las tareas de la casa, atendiendo en la tienda y cuidando

de los más pequeños. Ahora Carmenta se sentía plena, útil y feliz, ya había superado la pérdida de su marido».

Aunque era muy tarde y ya empezaba a tener sueño, quería terminar de leer las páginas que me había entregado Adrián, a fin de que al día siguiente pudiera retomar la narración. Con el propósito de despejarme un poco, me levanté, fui hasta la cocina, cogí un trozo de chocolate negro con almendras y me volví a la cama. Como el chocolate tiene propiedades estimulantes, confiaba en que me mantuviera despierta el tiempo suficiente para terminar la parte del relato que me faltaba:

«La boda de Teresa no dejó indiferente a nadie. Ella amaba la naturaleza, siempre huía de las de las grandes fiestas y el boato de las típicas bodas. Sobre todo en los pueblos, dónde todo el mundo se conocía y tanto las familias como las mismas novias competían a ver cuál era la mejor boda, la mejor novia, los invitados mejor vestidos... En su invitación de boda, advertía a los invitados de no llevar ropa de fiesta, quería celebrarlo reuniendo a la familia y sus amigos más íntimos en una fiesta campestre, tipo picnic, que preparó con ayuda de sus amigas. Compró unas cestas de mimbre y unos cuadrados de tela, una especie loneta de dimensiones para cuatro personas que colocarían en el suelo para sentarse. En cada cesta se puso avituallamiento para cuatro personas, pan, variación de embutidos artesanos de la mejor calidad, diferentes clases de quesos producidos en la zona, huevos de codorniz, aceitunas, fruta fresca de la temporada... Cada cesta, además, contenía vino y una pequeña botella de aceite para el pan. Se transportó todo con un carro hasta el prado, elegido para la ocasión; los invitados fueron a pie. Teresa lucía un vaporoso vestido de algodón blanco roto, unas sandalias con cintas que se anudaban al tobillo, y unas flores frescas en su bonito pelo negro. Sus amigas llevaban vestidos de algodón de vistosos colores. La pradera se llenó de luz, de color, de alegría, de risas juveniles y, también, de música, no hay fiesta que se precie en la que falte la música. Núria, como siempre, con su bonita voz y acompañada por una guitarra, amenizó la fiesta. Voy a intentar resumir un poco todos los acontecimientos ocurridos durante estos doscientos años porque, aunque para mí todos los detalles cuentan, ellos forman parte de mi larga vida. Para una persona ajena, puede resultar tedioso». Sentía que no estuviera presente para decirle que no resumiera nada, me encantaba las descripciones que hacía de la vida en aquella época. Mañana cuando le vea, le diré que por favor no omita nada, que aunque el resultado final fuera el mismo los detalles enriquecían la historia.

«Después de la boda de Teresa, le siguió la de Núria más tradicional. Enric quiso sorprender su a prometida, haciendo para ella pequeñas obras de arte para su hogar. Un precioso tocador con dibujos incrustados en diferentes maderas, un mueble para colocar la palangana, la jarra de agua y las toallas que también disponía de espejo, un arcón para guardar el pan, con los dibujos que además de grabados en la madera, también iban pintados, con amapolas rojas y manojos de espigas verdes y las estanterías a juego. Fueron momentos felices, mientras nuestros hijos crecían iban llegando más niños, los de mis cuñados, los de mis hermanas, siempre había bebés en la familia. Antiguamente las familias eran muy numerosas, algunas tenían siete u ocho hijos, aunque no todos llegaban a la edad adulta. La medicina no estaba tan adelantada como ahora y la mortalidad infantil era alta; algunas enfermedades ni siquiera estaban diagnosticadas. Así que también era muy triste cada vez

que moría algún niño. Tampoco los adultos eran tan longevos como en la actualidad, y a los cuarenta años una persona era considerada vieja. Por eso sorprendía a todos mi aspecto joven, parecía como si por mí no pasara el tiempo.

Murieron mis padres con solo dos meses de diferencia. Cuando unas vidas florecen, otras se apagan. Mis hijos empezaban a ser adolescentes. Didac me acompañaba; cuando salía a vender nuestros productos artesanos a los pueblos vecinos, quería aprender el oficio para tomar el relevo y seguir algún día con el negocio. El primer día que me acompañó, al entrar en el comercio el dependiente que estaba atendiendo a un cliente, llamó al dueño anunciándole mi llegada y salió con su acostumbrada jovialidad.

—¡Hola señor Adrián! Qué bien acompañado viene hoy, ¿su hermano pequeño quiere seguir sus pasos?

—Sí, quiere aprender el oficio, y cuanto antes empiece mejor. Cuando le presente a todos los clientes podrá coger el relevo, él llevará la parte comercial, que es lo que más le gusta, y yo me dedicaré más a la artesanal, que es en lo que realmente me siento bien. Esto de viajar cada día se me hace más pesado.

—Normal, cuando uno tiene familia se acomoda más, y prefieres pasar más tiempo en casa. En cambio a los jóvenes les va más ir arriba y abajo y conocer a las dependientas guapas de las tiendas que visitan, ¿no es así muchacho?

—Bueno, es un aliciente más pero lo que a mí me gusta, realmente, es ser visitador comercial. No valgo para estar encerrado en un taller o detrás de un mostrador.

—Muy bien chico, si eres tan buen comercial como tu hermano te auguro un buen futuro.

—Gracias señor, espero no defraudarle.

Con el segundo cliente que visitamos, se repitió la escena.

—¿Qué, señor Adrián, hoy trae a su joven hermano de ayudante?

—Sí, le traigo para que vaya aprendiendo el oficio, y se haga cargo de la parte comercial.

Y así sucedió con todos los clientes que visitamos.

—¿Papá, por qué no les has dicho que soy tu hijo?

—Porque no tenemos que dar explicaciones a nadie, son clientes y lo único que nos interesa es que nos compren. Si ellos creen que eres mi hermano, pues serás mi hermano.

—La verdad papá, es que parecemos más hermanos que padre e hijo. Ya me dirás qué haces para mantenerte tan joven, a mamá se le van notando el paso de los años, pero tú permaneces igual.

—Buena genética.

Bromeaba quitándole importancia, pero la verdad es que el tema empezaba a preocuparme; de seguir así, pronto mis hijos parecerían mayores que yo. En cuanto Didac conoció a todos nuestros clientes, dejé de acompañarle. Cada día me recluía más en casa o en el taller, no me apetecía salir y oír siempre los mismos comentarios.

—¿Qué?, ¿has hecho un pacto con el demonio? —me decían unos y otros en son de broma me preguntaban.



—¿Es que has descubierto la fuente de la eterna juventud?

Y añadían:

—No seas egoísta Adrián, si has encontrado la fórmula mágica para mantenerte así, tendrías que compartirla con los amigos.

Hasta Mercè me decía que pronto iba a parecer mi madre.

—No seas exagerada, es normal que con los embarazos y la lactancia las mujeres os estropeéis más. Además tu trabajo es más duro que el mío. Yo no voy al río a lavar la ropa, con el sol que te quema en verano y el aire helado que te corta la piel en invierno...

Y otras razones por el estilo que, al final, parecía aceptar.

Laura ya tenía novio. ¡Madre mía cómo pasan los años! Parecía que era ayer cuando se pasaba el día detrás de Didac, repitiendo como un loro todo lo que él decía. El día menos pensado, se nos aparecería Elena diciendo que fulanita quería venir a pedirnos su mano. Didac aún no tenía novia, aunque coqueteaba con una amiga de Elena; suponíamos que al ser ella aún muy joven, quería esperar para formalizar la relación. Ya veríamos en que acababa todo. Suponía que las chicas son más precoces en iniciar una relación. Por entonces, se las educaba exclusivamente para el matrimonio, se les enseñaba a coser, a bordar, a tejer, a cocinar y las labores del hogar. En definitiva, para que fueran buenas esposas y madres; el mayor activo que tenía una chica era ser limpia y hacendosa.

Contraria a toda regla, la primera en casarse fue Elena, con solo diecisiete años. Fue algo precoz, pero en el pasado la gente se casaba más joven. Era normal que las chicas se casaran antes de los veinte años, algunas a esa edad ya eran madres. Pero yo a Elena la veía como una niña, para mí era una niña; no hacía tanto tiempo que aún la subía a mis hombros, la llevaba de paseo y me machacaba a preguntas:

—¿Papá, por qué después de la lluvia sale el Arco iris?

—¿Papá, por qué en invierno, cuando hace tanto frío, los árboles se desnudan?

¿Papá, por qué? ¿papá, por qué?

El día de la boda no fue precisamente un día feliz para mí, fingí delante de todos, sobre todo por ella. No quería que notara la más mínima tristeza en mí. Elena nos adoraba a su madre y a mí, y esto le hubiera arruinado el día. Estaba radiante, era feliz, estaba enamorada, había cumplido su sueño de casarse con el hombre que amaba. Él también la amaba profundamente, sabía que sería un buen marido y la cuidaría con ternura. Pero yo, en cierto modo, la perdía; se iban a vivir a Marçà, un pueblo vecino de donde era el novio; la iba a echar mucho de menos; la casa estaría vacía sin su alegría, sus risas, sus zalamerías, sus abrazos cada noche cuando llegaba a casa y se me echaba al cuello diciéndome:

—¿Quién es el papá más guapo del todo el pueblo?

Dejaba un gran vacío imposible de llenar; me preguntaba, ¿por qué la felicidad de unos tiene que estar cimentada en la tristeza de otros?».

Había acabado de leer los folios que me había dado Adrián, apagué la luz y traté de dormir. Me había desvelado un poco y, con un poco de suerte, podría dormir cinco horas. Afortunadamente eran suficiente para mí.